MILTON SCHINCA

Boulevard Sarandí

MEMORIA ANECDOTICA DE MONTEVIDEO

5

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
MONTEVIDEO

Carátula:
Pintura de Federico Reilly, 1971
(Tomada del “Almanaque del Banco de Seguros”)

Diseño: Alejandro Schinca

©
EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
Gaboto 1582 - Montevideo - 11.200
Tel. 48 32 06 - Fax 49 81 38
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - 1997

Este Tomo 5 de "Boulevard Sarandí"

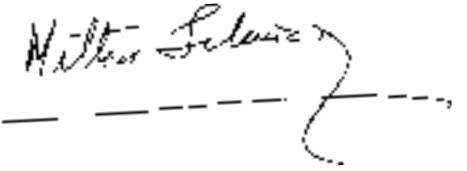
En 1996 se cumplieron veinte años de la primera aparición de "Boulevard Sarandí" (Memoria anecdótica de Montevideo), inicialmente como audición radial en la emisora CX-30 –entonces llamada obligadamente La Radio–, y luego como libro publicado ese mismo año por Ediciones de la Banda Oriental.

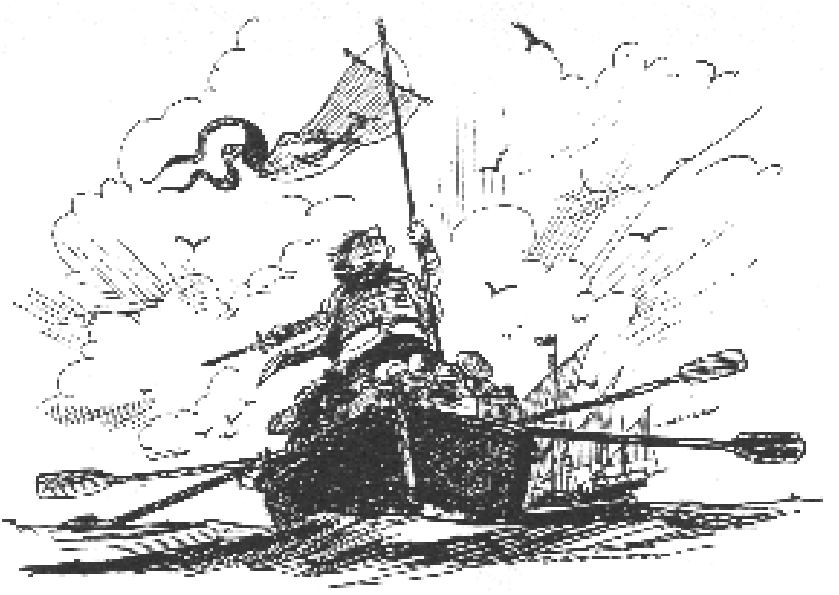
En ocasión de este XX aniversario, aquella emisora, ahora denominada –como siempre había sido– Radio Nacional, me invitó a realizar un ciclo conmemorativo donde utilizara exclusivamente anécdotas no incluidas en ninguno de los cuatro tomos de que se compone hoy "Boulevard Sarandí".

Por su parte, completado dicho ciclo radial, Ediciones de la Banda Oriental me propuso publicar un volumen nuevo, que recogiera dichos materiales desconocidos para los lectores de los cuatro tomos anteriores.

Como se comprende, estos artículos –que abarcan todas las épocas de Montevideo– son por fuerza complementarios de los existentes en los cuatro tomos anteriores, y están destinados a incorporarse a ellos en alguna reedición futura, en la que irán a ocupar el lugar que les corresponda en los sucesivos grupos cronológicos.

Agradezco a Radio Nacional y a Ediciones de la Banda Oriental su voluntad de conmemorar este aniversario de mi obra, permitiéndome reconstruir –mediante la palabra hablada y escrita– aquel intento emocionado de hace veinte años, cuando procuré contar entera la historia de nuestra ciudad a través de anécdotas que reprodujeran la atmósfera y el perfume de las sucesivas épocas que componen el ser y el acontecer montevideanos.





Por los días de la Fundación y la Colonia

Montevideo ¿se habrá llamado Montevideo?

No es imposible que todos estemos equivocados cuando afirmamos que la capital de nuestro país es Montevideo. Acaso sea, más bien, "Montem Video", las dos palabras separadas y con acentos en la "o" y en la "i": móntem vídeo, por chocante que nos resulte hoy esta grafía, después de 270 años de pronunciar el nombre de nuestra ciudad de la manera que nos es familiar.

Todos sabemos cuánto se ha discutido el origen del curioso término "Montevideo", y cómo se han propuesto diferentes hipótesis, ninguna concluyente a esta altura, ninguna demasiado convincente a decir verdad.

La que postula el nombre "Montem Video" apareció en un libro de Carlos Travieso, publicado en 1923, y es sin duda de las más peregrinas, pues se sustenta en una argumentación que parece harto rebuscada, como enseguida se verá; pero no estará demás repasarla, entre otras razones porque su autor revisa e intenta refutar algunas propuestas anteriores, con lo cual nos acercamos a una visión de conjunto de lo que ha sido esta antigua y bastante infructuosa polémica acerca de cómo hemos sido bautizados y por qué.

Es sabido que la tradición más arraigada acerca del origen de la palabra "Montevideo" la hace provenir de una exclamación que habría lanzado el vigía que venía trepado en el palo mayor de la nave de Magallanes, al divisar nuestro Cerro. ¿Pero qué habría gritado, exactamente? Aquí mismo, en el grito, se centran las primeras observaciones que formula Carlos Travieso.

Para los más, el grito del vigía debe de haber sido: "¡Monte vide eu!", queriendo decir, claro está, "veo un monte": y de "Monte vide eu" habría derivado, en traslación casi literal, "Montevideo". Sin embargo, Travieso hace notar algunos aspectos idiomáticos de la frase lanzada por el vigía.

La expedición de Magallanes –alega– traía en su tripulación a numerosos portugueses y gallegos; y las palabras "monte" y "eu" son indistintamente gallegas o portuguesas. Pero no ocurre lo mismo con el verbo "vide" en la forma que está inserto en la frase. En efecto, la traducción literal de "monte

vide eu” tendría que ser “monte ve yo” o “monte mira yo”, o aún “monte véase yo”, expresiones éstas que es imposible suponer que las dijera un marinero portugués o gallego.

¿Y si el vigía, en cambio, fuese de origen castellano, ya que en una expedición tan nutrida venía gente de diferentes procedencias hispánicas?

Imposible, vuelve a señalar Travieso: ningún vigía de habla castellana gritaría “monte veo” o “monte vi”, o “monte vide” (en castellano antiguo). Lo natural es que hubiera exclamado “veo un monte”, o “vi un monte”, o en todo caso “he visto un monte”; pero de ninguna de esas expresiones surgiría con naturalidad la palabra “Montevideo” por más que la forcemos.

Desechadas estas hipótesis, Travieso se lanza a exponer la suya propia, que nos depara unas cuantas sorpresas: la primera, que la palabra “Montevideo” no provendría, según él, de ninguna de las lenguas ibéricas, sino del latín; y la pretensión no parece demasiado descabellada si pensamos que “veo un monte” se diría en latín exactamente “montem video”; y de ahí a nuestro nombre no hay más que... una “m” sobrante.

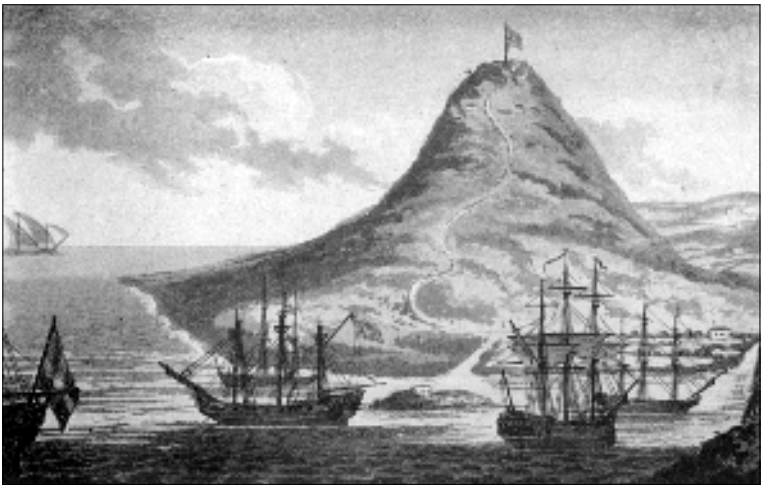
En algún momento –reconoce Travieso– se manejó una variante muy próxima, y la expuso nada menos que un testigo presencial, lo que parece darle una fuerza irrefutable. Fue sostenida por Francisco Albo, integrante de la expedición de Magallanes, en su “Diario de Viaje”. Según él, lo que exclamó el vigía fue “Montem vidi” (y no habla para nada de “montem video”).

Pero –retruca Travieso– para aceptar “Montem vidi” habría que suponer que el vigía lo dijo en tiempo pasado: “Yo vi un monte”, o “yo he visto un monte”, lo que no parece lógico si lo estaba viendo en ese mismo momento. De modo que lo recto, lo natural, es que haya exclamado “yo veo un monte”, es decir “montem video”.

De todos modos, en esta argumentación de Travieso queda el rabo por desollar: ¿cómo podemos suponer que un simple vigía de la expedición de Magallanes, casi seguramente un marinero sin mayor ilustración, iba a lanzar aquella expresión en latín, y no en su lengua habitual, ya fuera castellano, portugués o gallego? Es entretenido ver cómo se las arregla Travieso para sortear este escollo nada menor.

Comienza aduciendo que no debía ser un marinero vulgar el que venía oficiando de vigía en ese momento. En efecto, era disposición obligatoria en las navegaciones de la época la de que, cuando se llegaba a zonas costeras peligrosas, o habiendo tormenta, la vigilancia debía ejercerla alguien con co-

Montevideo y su Cerro ¿fueron bautizados en latín?



nocimientos especiales de náutica, no un marinero común. Y en la expedición de Magallanes venían por lo menos siete hombres de aceptable nivel de instrucción, lo que en la época implicaba un buen dominio del latín, idioma obligatorio en la educación corriente de aquellos días.

Convenido, ¿pero por qué, aunque aquellos pocos hombres supieran latín, iban a lanzar en este idioma su exclamación en un momento como aquél? La respuesta que intenta darle Travieso a esta pregunta por demás procedente, parece demasiado retorcida y por lo mismo se nos hace endeble: según él, ello se explicaría como una forma algo bromista, juguetona, de anunciar la novedad. ¿Por qué bromista?

Para explicarlo, Travieso apela a una observación psicológica que puede no ser disparatada del todo: si el vigía hubiese lanzado una expresión corriente en idioma corriente, difícilmente la misma habría quedado grabada en los demás compañeros, ni servido como denominación definitiva del lugar que habían avistado. ¿A quién le iba a llamar la atención? En cambio, por ese mismo rasgo insólito de haberse gritado en latín y no en español ni en portugués, a los tripulantes les sorprendió la ocurrencia, les hizo gracia, y por eso mismo no se les borró y adoptaron el término como nombre definitivo del espacio geográfico que acababan de encontrar.

Más allá de lo peregrino o dudoso de esta explicación, es justo reconocer que Carlos Travieso agrega, en cambio, otros argumentos más sólidos en abo-

no de su aventurada hipótesis. Aduce, por ejemplo, que la expresión "Montem Video" aparece más de una vez en documentos relativos al Cerro, y aún –después– a nuestra ciudad (que es llamada en un momento "Ciudad de San Felipe de Montem Video"). El término lo utiliza en alguna ocasión el propio Zabala, nuestro fundador; y aparece también en documentos del Consejo de Indias; en algunos de los decretos del mismo Rey; en crónicas de viajeros; en escritos de ingenieros militares; en planos de fortificaciones, etc.

En un principio, la palabra se escribía separada en sus dos términos, "Montem" y "Video"; más adelante se las unió con un guión; hasta que mucho más tarde los dos términos se fusionaron y desapareció el acento de "video".

En suma, más allá de que pueda seducirnos o hacernos sonreír la hipótesis de Carlos Travieso, quede constancia de que su libro abunda en citas y documentos, que era imposible, por cierto, resumir aquí; sin contar con que sus argumentos han tenido que ser esquematizados por demás.

En cualquier caso, tampoco ese libro resuelve el enigma del extraño nombre de nuestra ciudad, y con él tendremos que cargar hasta el fin de los tiempos: Montevideo o Montem Video, o...

Un buen guarapo encima de la salvilla

No es nada fácil decidirse. ¿Qué preferir?: ¿una angaripola, un coleto, una griseta, una sempiterna o un tripe? ¿Cuál irá mejor con la chupa que me voy a mandar a hacer?

Quizás deba inclinarme por la angaripola, tela algo basta, es cierto, pero probadamente práctica, y bastante vistosa con sus franjas estampadas a lo largo, de varios colores. Sin embargo, no deja de atraerme también el coleto, que muchos llaman «coletón»; pero a mí me resulta demasiado parecido a la arpillera.

¿No será más apropiada la griseta, semejante por tantos conceptos a la seda y con dibujos de flores realizados en labor menuda? Pero si lo que busco es duración, lo mejor será la sempiterna, cuyo nombre lo dice todo, preferida por la gente económica a causa de su fortaleza y duración. Aunque también me tienta el tripe, semejante al terciopelo, con la ventaja de ser mucho más barato que éste.

Ya se ve qué difícil resulta elegir, una vez que uno se resuelve a hacerse una chupa como Dios manda; que aunque se lleve debajo de la casaca, al modo de camisa o chaleco interior, está indicando también nuestro buen gusto y calidad en el vestir.

Porque no es cuestión de que al final me mande a hacer una chupa que parezca de dómine y me confundan con éstos, los deslucidos profesores de latín que, como todos los profesores de éste y otros mundos, ganan tal miseria que ni siquiera pueden comprarse una chupa como la gente.

(Seguramente que los pobrecillos, para consolarse de su desdicha, se sentarán junto a alguna salvilla de tres patas, encima de la cual pondrán un botellón de buen carló o de guarapo, y se mandarán unos cuantos tragos para solaz de su indigencia).

Todos los términos que acaban de leerse y que hoy nos resultan incomprensibles, por no decir estrafalarios, integraban sin embargo el vocabulario común y corriente de los montevideanos fundadores y habitantes primeros de nuestra ciudad. Estos eran en su gran mayoría analfabetos, o casi; pero es que los vocablos incluidos no formaban parte de un lenguaje culto o rebuscado, sino del habla con que todos se manejaban a diario en cualquier circunstancia.

Volviendo a las dudas que me asaltan y no me dejan dormir en este asunto de la chupa: lo mejor será consultar a algún entendido. Así que agarro la faltriquera en una mano, la botijuela en la otra, y después de envolverme con el ceñidor, voy a su encuentro con el calamaco al hombro.

La angaripola o el tripe del caballero montevideano.

Un Montevideo con prejuicios sociales... y raciales

Los primeros tres años de la vida montevideana transcurrieron sin ninguna autoridad civil que rigiera su existencia. Ya se dijo en el tomo I de "Boulevard Sarandí" que nuestra ciudad no pasaba de ser entonces una precaria aglomeración de casuchas rudimentarias y endebles, con algo de campamento. Los rústicos pobladores de aquellos inicios llevaban una vida por demás sencilla y muy escasamente atenida a normas prestablecidas de convivencia y sociabilidad.

Fue el fundador, don Bruno Mauricio de Zabala, quien consideró que aquel estado de cosas no era el más deseable para el poblamiento que él mismo echara a andar tres años antes, cuando debió fundar Montevideo acatando sin nuevas dilaciones las perentorias exigencias del rey de España.

Pero se diría que Zabala, por más que demoró tanto la fundación, se sintió después apegado a los destinos del incipiente poblado que había dado a la vida, y procuró velar por él y por el bienestar de sus habitantes. Su primera preocupación fue entonces dar nacimiento a alguna forma de órgano público que rigiera los destinos del núcleo radicado en nuestra península; y entendió que debían ser los propios pobladores quienes lo integraran, haciéndose ellos mismos responsables de la marcha de los asuntos de interés común.

Así, el 20 de diciembre de 1729 Zabala labra un acta creando un Cabildo, que sería, pues, histórico por ser la primera autoridad oficial que rigió los destinos de Montevideo.

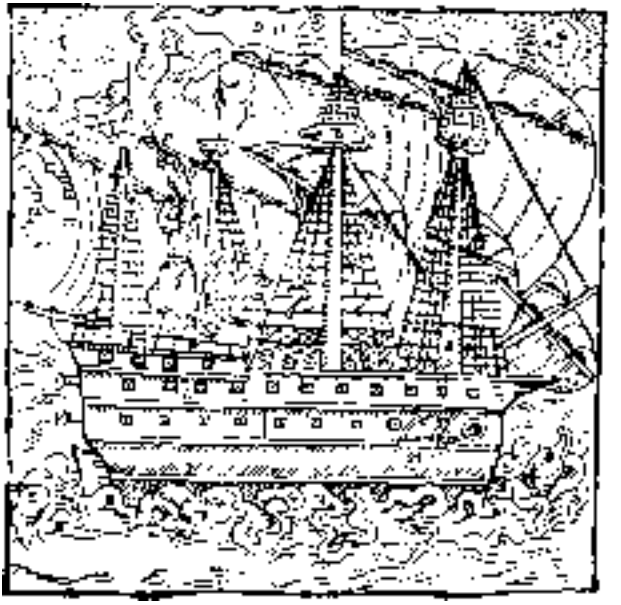
Pero Zabala entendió que no cualquiera podía ser llamado a formar parte de aquel órgano de tanta significación: los candidatos debían reunir varios requisitos, algunos de los cuales hoy nos chocan, ciertamente.

En efecto, los vecinos que integraran aquel primer Cabildo debían ser –establece textualmente el acta– "personas las más beneméritas, de buenas costumbres, opinión y fama, que no fueran inferiores ni tuvieran raza alguna de morisco, judío ni mulato". Como se ve, en tan escasos tres renglones aparecen estampados dos conceptos fuertemente discriminatorios: el de discriminación social ("que no fueran inferiores"), y el de discriminación racial ("ni tuvieran raza alguna de morisco, judío ni mulato"). En cuanto a estos prejuicios raciales, no podemos dejar de asombrarnos de su persistencia, si pensamos que habían transcurrido cerca de tres siglos de las persecuciones a moros y judíos en la España de la Reconquista...

Pocos días después, el 1ro. de enero de 1730, el mismo Zabala inviste de su autoridad a los nuevos cabildantes recién elegidos. El importante cargo de Alcalde de Primer Voto le fue adjudicado a uno de los vecinos llegados de las islas Canarias: José de Vera Perdomo. Otros tres también canarios fueron nombrados Alcalde de Segundo Voto, Alguacil Mayor y Alférez Real. Pero hubo también algunos fundadores provenientes de Buenos Aires: el Alcalde Provincial, el Regidor y Depositario General, el Regidor Fiel Ejecutor y el Alcalde de la Santa Hermandad. (Este último nos toca mucho más de cerca, por cuanto fue ocupado por el soldado zaragozano Juan Antonio Artigas, abuelo de nuestro prócer).

Zabala en persona les tomó a los elegidos el juramento de rigor y les dio posesión de sus cargos con la mayor solemnidad. Y tuvo, además, un rasgo de generosidad que acaso obedezca a un sentimiento paternalista: vista la pobreza de nuestra ciudad recién creada, Zabala eximió provisoriamente a Montevideo de pagarle a la Corona contribuciones ni cargos de ningún tipo.

Y así se echó a andar este primer gobierno que tuvo Montevideo, impoluto para los prejuicios de la época, en cuanto estuvo integrado por vecinos no inferiores socialmente, y sin gota de moro, judío o mulato...



Chorros en la noche colonial (y otras acechanzas)

Había que ser muy temerario para aventurarse fuera de las casas durante las noches montevideanas de comienzos de la Colonia. Si la esquiva Luna no tenía a bien asomarse aunque fuera entre nubes, la oscuridad era completa y sepulcral, por cuanto no existía el más mínimo sistema de iluminación por rudimentario que fuera.

Aquél que se atreviera a salir a la calle en medio de tamañas tinieblas, se arriesgaba, como es natural, a un sinnúmero de contratiempos, que a veces le caían encima sumados y como en rosario.

La primera desventura, y la de menor cuantía, era el vulgar tropezón, en aquellas veredas que no eran tales, sino una sucesión de zanjas, baches, charcos, barreales, dispuestos desordenadamente y sin señalización alguna.

Pero si llegara a haber algún viandante que tuviera la suerte de no tropezar, era casi seguro que en cambio resbalaría, cayendo de lleno sobre un charco fétido o un barreal infecto, con lo cual quedaba inhabilitado para presentarse con semejante facha en la tertulia a la que se dirigía, invitado por alguna familia copetuda a la que había pensado deslumbrar con su porte y elegancia intachables... (si es que el desdichado no se encaminaba más bien a su visita semanal de novio flamante, desventura que ocurría con pérfida frecuencia).

A veces se tenía la suerte de contar con la colaboración de los oficiosos pulperos, que para facilitar los desplazamientos de sus eventuales clientes, colocaban de tanto en tanto pedazos de tablones, ladrillos o voluminosos bloques de piedras, con los que lograban construir lo que se llamaba un “paso”, esto es, una especie de puente precario y casi siempre movedizo, donde podía aventurar su pie y hacer equilibrio el que tuviera necesidad de avanzar a pesar de las tinieblas.

Pero supongamos que teníamos la suerte de no tropezar ni de resbalar ni de rodar ni de encharcarnos (lo que es mucho suponer). No por eso ganábamos mucho, porque bien podía ocurrir que en lo mejor de nuestro recorrido, nos cayera una lluvia formal desde el techo de alguna casa: un grueso chorro nos dejaba bañados y otra vez impresentables. Es que el desagüe de los techos caía sin ningún miramiento sobre las veredas desde tres metros de altura, con lo cual nuestra bella figura quedaba otra vez arruinada con aquella ducha inclemente con la que por cierto no habíamos contado.

Pero no terminaban aquí las vicisitudes del sobresaltado caminar en la noche. También podía ocurrirnos que, por no ver por dónde andábamos, chocáramos de lleno con alguna reja saliente que nos estropeaba la figura, cuando no la anatomía. Y ello porque los constructores de casas habían puesto de moda unas rejas sobresalientes que eran verdaderos armatostes, y que solían llevarse hasta 30 centímetros fuera de la línea de edificación.

Y no se piense que el impacto de aquellas colisiones era de poca monta. A un montevideano, un golpe de éstos lo dejó manco para toda la vida. Y a una bella vecina le sacó un ojo que era un primor. El manco y la tuerta, coaligados, se presentaron ante el Cabildo reclamando una indemnización por su desdicha, y exigiendo una fuerte multa como sanción a los propietarios; demandas que les fueron concedidas (aunque se ignora si estas rejas asesinas fueron prohibidas en lo sucesivo).

Para completar el cuadro de aquellas idílicas noches coloniales, debe agregarse la posibilidad perfectamente cierta de que algún maleante nos saliera al cruce y nos robara todo lo que llevábamos encima, amén de obsequiarnos con una soberana paliza. ¿Pero es que no había policía en aquellos tiempos? No, justamente: ni la sombra de un policía o de un sereno que brindaran la más mínima protección al vecindario. Pero téngase en cuenta que hablamos de los días coloniales de los comienzos: no pasará demasiado tiempo antes de que alguna autoridad organizada tome cartas en el asunto.

Así que en aquel principio lo único sensato era recogerse en casita no bien se escondía el sol, vistas las tantas malandanzas que nos aguardaban puertas afuera.

Profesión de hidalgos: dormir la siesta y reñir

Uno pensaría con razón que los primeros montevideanos convivirían en paz y en armonía, enfrentados como estaban a una situación que no se caracterizaba por lo segura y tranquilizadora. No era pequeña la aventura de poblar una región solitaria e inhóspita, con cercanía de indios, amenaza de portugueses, vecindad con maleantes sueltos y animales indóciles: ¿no era natural que las adversidades y acechanzas comunes despertaran en los vecinos sentimientos de solidaridad y apoyo mutuo?

Sin embargo, las crónicas primerísimas nos pintan un cuadro bien diferente, por cierto. Menudearon entre los montevideanos las reyertas y los enfrentamientos por los más variados motivos, a veces baladíes. Pero no se piense que esto ocurrió sólo entre los hombres del común: como para dar el ejemplo, los mismísimos cabildantes tuvieron más de una vez disputas fieras que llegaron a los más condenables extremos.

Se cuenta, por ejemplo, el caso de las feroces desavenencias entre un Alcalde de Primer Voto y el Procurador General de uno de los primeros Cabildos montevideanos, gobernantes éstos que tuvieron altercados de tan extrema violencia que sus ecos llegaron hasta la propia Buenos Aires y obligaron a la intervención del mismísimo Zabala, quien dispuso sustituirlos. Llegó el oficio de destitución al Cabildo, y el mismo Alcalde incriminado tuvo que abrirlo y darle lectura. Parece que el hombre, despechado, arrojó su vara de Alcalde sobre la Mesa, se dio media vuelta y se retiró con gesto altanero sin decir palabra.

Otro conflicto hubo después con el Alférez Real, quien enojado con sus compañeros dejó de asistir a las reuniones. Los cabildantes, irritados con aquella actitud, lo conminaron a que volviera; pero el hombre, sin hacer el menor

caso, se limitó a replicarles secamente por nota: “Puede el Cabildo multarme si lo desea, y rematar mi casa para pagar la multa, pero en cuanto a ese cargo, yo no lo quiero desempeñar más”. Y quedó mal avenido con todos.

Ocasiones hubo en que se llegó al uso de armas. Así ocurrió con un Alguacil Menor y el Alcalde de Segundo Voto de uno de los primeros Cabildos, quienes mantuvieron terribles disputas verbales en plenas sesiones. Y cuando la enemistad estaba en su ápice, tuvieron la mala suerte de encontrarse por la noche en plena calle y allí, sin más, se provocan, se desafían, sacan espadas y se acometen con alma y vida, pero fueron separados a duras penas antes de que pudieran ensartarse.

Vale la pena oír el comentario sarcástico de un testigo presencial del incidente: “*Es que no serían hidalgos españoles aquéllos, si no dedicaran sus ocios a dormir la siesta y a reñir, dos operaciones de tanta importancia para el buen tono en la vida de los hombres bien nacidos*”...

Enterramientos en las noches montevideanas

No suele recordarse esta sobrecogedora costumbre que imperó en Montevideo en los primeros tiempos coloniales: trasladar a los muertos en su ataúd durante la noche.

Sus deudos lo cargaban al hombro, y allegados y amigos del difunto marchaban en procesión portando faroles y antorchas encendidos. Así, en terrible silencio, iban recorriendo las calles desiertas, saludados por los escasos transeúntes, que con la mayor reverencia se hacían la señal de la cruz al paso del solemne cortejo.

Se encaminaba éste hasta la Iglesia Matriz, y allí tenían lugar los oficios fúnebres y la misa de cuerpo presente. Luego el ataúd quedaba en el depósito de la Matriz, donde recibía sepultura religiosa. Cuatro reales costaba el permiso de enterramiento.

Concluida la ceremonia, nos topamos con otra costumbre que tampoco aceptará fácilmente nuestra sensibilidad: el cortejo retornaba en procesión a la casa mortuoria, para hacer lo que se llamaba “despedir el duelo”. Consistía éste en pasar reunidos los concurrentes hasta las más altas horas de la noche, en torno a un rico chocolate con bizcochos...

De cómo la música traspuso las puertas de Montevideo

Escasamente musical fue nuestro Montevideo en sus primeros tiempos. Es que eran demasiado rústicos los pobladores que la fundaron, y contados los instrumentos que alguno de ellos pudiera haber traído consigo: una guitarra que otra en el mejor de los casos, o con suerte un mandolino aislado; ni pensar en el refinamiento que, comparativamente, representaba un laúd, o una tiorba...

Así, sólo resonarían, muy de cuando en cuando, motivos y tonadas populares que –con canto o sin él– les traerían a nuestros pobladores reminiscencias de la tierra que habían dejado lejos. Ni atisbos, ciertamente, de algo que pudiera emparentarse con eso que, con propiedad dudosa, se ha llamado música culta o música clásica, ajena por completo a los conocimientos e inquietudes de aquellos hombres y mujeres desprovistos de instrucción.

Pero las primeras décadas van corriendo, se ha establecido un contacto regular con España y llegan de allá expresiones que van enriqueciendo la existencia de nuestros pobladores. De a poco éstos van conociendo e incorporando maneras de la sociabilidad y el gusto que revisten de mayor refinamiento sus prácticas diarias, sus costumbres e inclinaciones.

Un día, en los alrededores del 800, ocurre un hecho que cambiará por completo la fisonomía musical de aquel Montevideo todavía primitivo: llega a nuestro puerto, no se sabe bien cómo ni por qué, un primer clavicordio. (Antes, alrededor de 1750, había llegado el órgano a Montevideo, pero con el exclusivo fin de servir a los oficios religiosos).

Quizás hoy no podamos ni imaginar siquiera el impacto que la novedad del clavicordio trajo aparejado en los gustos y aficiones musicales de nuestra gente. Hay testimonios precisos del asombro que provocó el nuevo sonido, tan diferente al de la guitarra, y cómo se abrió para nuestros montevideanos un horizonte de sensaciones sonoras no experimentadas hasta entonces. No para todos, ciertamente: sólo alguna que otra familia pudiente estuvo en condiciones de darse el lujo de instalar en su sala un aparato tan costoso como aquél.

Se sabe igualmente que las familias acudían, muy noveleras, a las casas cuyos dueños poseían aquella maravilla musical nunca vista. Tenemos que suponer, aunque no hay documentos que lo prueben, que junto con el clavicordio habrá llegado también alguien que supiera tocarlo y enseñarlo. Y suponer

asimismo que quizás fue la señora o señorita de la casa la primera en sentarse, nos imaginamos con cuánta emoción, frente al teclado que les parecería poco menos que mágico.

Lo que sí se sabe de modo fehaciente es que, con el correr del tiempo, aparecieron otros montevideanos dispuestos a aprender el complicado instrumento y se volvió bastante común organizar tertulias familiares con el propósito expreso de escuchar pequeños recitales con sonido de clave.

Pero el ingreso del clavicordio aportó otra novedad no menos removedora para el incipiente ambiente musical de Montevideo: por primera vez –si exceptuamos las contadas composiciones religiosas que se interpretaban en órgano en algunas iglesias– se escucharon entre nosotros temas de música "culta" (sigamos con la denominación habitual); y de ese modo el gusto musical de los montevideanos se fue depurando, las exigencias se hicieron mayores, se reclamaron nuevas partituras, de suerte que se desató todo un movimiento de vivo interés en torno a la música clásica, desconocida hasta entonces entre nosotros.

Pero el clavicordio era un instrumento costoso, al igual que su traslado a nuestro puerto. Por eso no fueron muchas las familias que estuvieron en condiciones de alimentar esta nueva afición, y así el núcleo de interesados quedó reducido a una estricta minoría.

La situación cambiará recién en 1824, en vísperas de liberarse Montevideo del dominio cisplatino. En ese momento ocurren dos hechos que le dan nuevo impulso a la difusión musical entre nosotros. El primero es que, como antes el clavicordio, llega ahora a nuestra ciudad el piano, hacía poco impuesto en las salas de concierto europeas. Y al igual que en el Viejo Mundo, el sonido del piano, sus posibilidades expresivas, sedujeron y encantaron a escuchas e intérpretes de nuestro ambiente.

Por lo demás, el costo del novísimo instrumento era más accesible que el del anterior clavicordio, facilitando así su paulatina difusión entre nosotros. Su reinado en el ámbito musical montevideano se hizo en poco tiempo incontestable.

El segundo hecho que tiene lugar en ese 1824 es la fundación de un teatro, la Casa de Comedias, cuya sala resulta muy apropiada para realizar conciertos y recitales, que pronto se convierten en actividad más o menos regular. Obsérvese que era la primera vez que podían organizarse veladas musicales públicas, no ya sólo familiares; hecho que amplificó extraordinariamente el ámbito de difusión del arte musical entre nosotros.

Miguel Vaccani, un tenor italiano, acompañado por un pianista de nombre Sáenz, cantó arias de Rossini en la Casa de Comedias, en la que fue la primera velada lírica que tuvo Montevideo, con la conmoción que es de imaginar en nuestro todavía reducido ambiente musical.

¡Que no nos saquen con cajas destempladas!

La bien conocida expresión "sacar con cajas destempladas" –de origen español, ciertamente– no es del todo ajena a la vida pasada de nuestro Montevideo, ya que en los tiempos coloniales se sacó a alguna gente con cajas destempladas, literalmente hablando.

Se trata de una pena muy dolorosa y humillante que solía aplicarse en el ámbito militar como castigo por alguna inconducta grave. Consistía en aplicarles puntapiés nada misericordes al sancionado, hasta sacarlo fuera del cuartel o fortaleza o recinto militar donde cumplía funciones. Para decirlo sin rodeos: lo sacaban a patadas; y patadas reales, nada metafóricas, y extraordinariamente dolorosas.

La tropa se formaba en círculo y en dos filas. En el medio, el culpable. A una señal, cada soldado salía de su posición, iba hasta la víctima y le asestaba un formidable puntapié. De este modo se lo expulsaba primero de la rueda y después del recinto mismo.

¿Y por qué lo de "cajas destempladas"? Este nombre obedece a que, en el momento de iniciarse el castigo, sonaba un clarín y a la vez se ponían a redoblar furiosamente los tambores (o cajas), cuyas membranas habían sido previamente destempladas, esto es aflojadas, casi sueltas, lo que producía un sonido extraño y desagradable, que servía de fondo siniestro a la andanada tremenda de puntapiés que caían sobre el condenado.

El ser echado con cajas destempladas constituía una pena intermedia: ni de las más leves, como podía ser un mero plantón; ni de las más severas, como el destierro o los trabajos forzados.

Hay constancia de que en Montevideo se aplicó más de una vez este temible castigo. Lo inauguró en 1750 un soldado cuyo nombre no se conserva, que fue expulsado con cajas destempladas de nuestra Ciudadela. Tampoco se sabe

cuál fue la acción condenable que el desdichado debió purgar por ese medio brutal y vergonzoso.

Anticipando el cambalache

Ante este aviso que vamos a leer, ¿cómo no traer a cuento la Biblia junto al calefón, esa impresionante metáfora que acuñara Discépolo en su celebérrimo tango, para representar con cruel cinismo el entreverete valorativo en que chapaleamos todos (cada vez más)?

Ocurre que en los alrededores del 800 se pudo leer el siguiente aviso, que parece preanunciar la descarada mescolanza de nuestro siglo: “Se vende: una negrita de 15 años, medio bozal y sin vicio alguno. Sabe lavar bien y tiene buenos principios de costura y de cocina. Su precio, 400 pesos cobre. También se vende un tacho grande, propio para cualquier fabricación. Calle San Miguel Nro. 91”.

Ya se ve: una negrita y un tacho, todo junto. Cambalache puro. A Discépolo se le habría hecho agua la boca.

Jinetes en la Calle de los Judíos

Así se llamó una de las calles montevideanas en los comienzos de la Colonia. Después, cuando todas nuestras calles se "cristianaron" y adoptaron nombres de santos, pasó a ser calle de San Fernando; mucho más tarde su denominación fue Cámaras, por encontrarse allí la primera sede de nuestro Poder Legislativo, que funcionó en el Cabildo; y por último se la bautizó, hasta hoy, con el nombre de un personaje público de perfiles románticos, Juan Carlos Gómez.

Así como había una Calle de los Judíos, existía también, por esos días, una calle de los Pescadores, una calle de las Tiendas, otra de la Fuente, de las Bóvedas, del Muelle, de la Iglesia, y tantas otras denominaciones que cabe añorar en su deliciosa ingenuidad, y que se relacionaban con actividades o lugares.

Pero entonces, ¿por qué "Calle de los Judíos"? ¿Había judíos en aquel Montevideo? No se trata de eso, sino, nuevamente, del prejuicio antijudío heredado de la España intolerante que casi tres siglos antes los había expulsado de la Península, y que subsistía entre nosotros (como vimos en el acta constitutiva del primer Cabildo que tuvo nuestra ciudad).

La explicación viene por acá: la tal Calle de los Judíos se hallaba muy cerca del Portón de San Pedro, que comunicaba con el campo abierto; y por allí llegaban los paisanos a hacer sus compras en la ciudad. Era una calle sembrada de tiendas y mínimos comercios donde se vendía todo lo necesario para la actividad de la gente de a caballo: monturas, frenos, estribos, cinchas, rebenques, riendas, bozales, etc. Pero nuestros jinetes se quejaban de que los precios eran demasiado altos, y no había forma de que los tenderos rebajasen ni medio real. Con despecho, los paisanos empezaron a tratar a los comerciantes de "judíos", y así quedó bautizada la calle.

Hasta que tiempo después vino en su auxilio el bueno de San Fernando, que la relevó de aquel tratamiento que quería ser infamante y vengativo.

Multas por amancebarse

Es interesante rastrear aspectos no muy difundidos del vivir en nuestros días coloniales, a partir de las disposiciones adoptadas por uno de los primeros cabildos que tuvo Montevideo.

Así, nos enteramos de que se multaba con cuatro pesos (no era cantidad despreciable, comparativamente) a los vecinos que circularan por las noches sin farol o candil, cosa de obligarlos a darse a conocer en aquellas tinieblas de las que hablamos en otro apartado.

Pero mucho más fuerte era la multa para quienes viviesen "amancebados", esto es, en pareja sin estar debidamente casados: cincuenta pesos o cuatro meses de trabajo obligatorio.

Los que llevaban cuchillo encima debían abonar 25 pesos de multa o cumplir dos meses de trabajo.

Como el estado de las calles era desastroso, se creó un impuesto que debían pagar todos los vecinos en proporción a sus ingresos; lo que resultaba muy fácil de calcular tratándose de un núcleo de habitantes todavía reducido, cuyas actividades eran perfectamente conocidas por todos. Los carreros, por su parte, tenían que contribuir con un viaje gratis de acarreo de piedras, y por último, los que se hallaban presos en ese momento debían trabajar como peones en la construcción y arreglo del pavimento.

Este Cabildo creó, por primera vez en Montevideo, un lugar de aislamiento para los enfermos infecciosos; y también dispuso alejar a los muertos del centro de la ciudad. Hasta entonces, se los enterraba junto a las iglesias, conventos u hospitales. Pero el Cabildo consultó a los médicos de la época (vayan como curiosidad(sus nombres: José Giró, Cristóbal Martín Montúfar, Juan Giménez y Francisco Jurado), quienes coincidieron en recomendar el traslado de los lugares de enterramiento a un sitio bien alejado de la ciudad. Así lo hizo el Cabildo, quien eligió, como "lugar bien alejado", las actuales Andes y Durazno, que entonces era un punto solitario de extramuros...

Otras dos medidas que adoptaron aquellos cabildantes: comenzar las obras de la iglesia principal, que sería nuestra Matriz: y reglamentar el precio del pan, inaugurando una pelea que se hizo proverbial y que se prolongará durante toda la Colonia, tratando de ponerle coto a los abusos de los panaderos.

Y una última práctica que nos es revelada por los actos de aquel Cabildo: se procuró dar amparo a los más indigentes mediante una medida que hoy nos

parece insólita, dispendiosa... y por cierto envidiable. Se creó la obligación de suministrarle diariamente carne gratuita al pobrerío; pero además en cantidades que hoy resultarían casi pantagruélicas. No se olvide que la carne era por entonces el alimento más barato: con un real, comía pulpa toda una familia, mientras que no alcanzaban ni cuatro ni cinco reales para comprar pescado, lujo de rico o poco menos...

Damas en la tienda de don Doroteo

La casa de comercio de este tendero fue punto obligado de cita elegante para las señoras y señoritas montevideanas del 800, que encontraban allí cuanto podían ambicionar para su arreglo y vestimenta a la moda. Y algo a destacar con especial énfasis: las distinguidas concurrentes no sólo podían probarse modelos y prendas provenientes de España, sino también de otros países europeos (lo que parece difícil de explicar dado el férreo monopolio impuesto por los españoles). Pero don Doroteo García se las arreglaba, vaya a saberse cómo, y era un placer acercarse hasta su tienda céntrica y bastante cosmopolita.

Es que las tentaciones resultaban allí irresistibles: finas faldas con volado hasta el tobillo; soberbias mantillas, que eran, o bien negras, o de colores muy novedosos; también medias blancas de seda, que ahora están muy de moda en el Viejo Mundo. Y no hablemos de los corsetines con ballenas interiores, que los hace comodísimos; o de los jubones de muselina o de seda, que van desde los hombros a la cintura; o de los ropones de lana para vestir, que resultan de lo más abrigados.

Agreguen ustedes, señoras mías, los corpiños que son un verdadero primor (como dicen en Madrid), o las enaguas bien armadas, como se llevan ahora. Y en cuanto al calzado, don Doroteo les ofrece unos zapatos con grandes tacones, negros, con o sin hebillas; o bien unas botitas llamadas polonesas, apropiadas para toda ocasión y hora del día.

Pero tampoco ha olvidado este exigente tendero los infaltables abanicos, que no hay montevideana que no los quiera lucir como si fuera la más elegante madrileña. Y en esta tienda benemérita encontrarán ustedes los más caros y ostentosos que se pavonean por los más distinguidos salones de toda Europa: ¡con cuál quedarse cuando los hay con incrustaciones de topacio, esmeraldas,

diamantes o rubíes! Verdaderas joyas, sí, para opacar a las damas rivales en las ocasiones de más lustre (aunque no las hubiera muchas en este más que discreto Montevideo mercantil del 800...).

De todos modos, sobran motivos para que nuestras señoras y señoritas no pasen de largo frente al tentador comercio de don Doroteo García, bien a mano de todas, como que está allí nomás, en plena calle de San Carlos, hoy Boulevard Sarandí.

Un ahorcado y fracción cada dos años...

Un Montevideo lúgubre se aparecía de golpe ante el vecino desprevenido, cuando se topaba de buenas a primeras con el perfil tétrico de una tétrica horca implantada en medio de la ciudad.

Es cierto que al llegar el 800, la presencia del terrible instrumento ya resultaba familiar para todo el vecindario, desde que hacía treinta y ocho años largos que se encontraba en el mismo sitio. Recién en 1802 se lo retiró para siempre.

Lo había mandado construir el gobernador don Agustín de la Rosa cuando Montevideo no tenía todavía cuarenta años de fundada (1764), y se la erigió con el objeto –según rezaba la resolución– de "precaver los delitos enormes de los malvados y malhechores". (En ese verbo "precaver" ya encontramos el concepto –que todavía hoy circula– de que la pena de muerte sirve para desalentar y prevenir futuros delitos).

Debe entenderse que antes de la fecha indicada ya habían ocurrido ahorcamientos en Montevideo; pero la horca empleada en esas ocasiones había sido construida *ex profeso* y desarmada luego. En cambio ahora, la novedad que trajo el gobernador De la Rosa fue que el artefacto estaba llamado a permanecer siempre en su sitio, pronto para entrar en acción no bien apareciese un "malvado o malhechor" que justificase su uso. De todos modos –habrá pensado De la Rosa–, si ningún delincuente hacía méritos para que la horca funcionase, ésta cumpliría lo mismo la función intimidatoria que él le atribuía.

Afortunadamente, aquella horca permanente no tuvo una existencia muy activa que digamos. Se la estrenó recién catorce años después de instalada (1778), en la persona de un marinero español de la fragata "Nuestra Señora de

la O", llamado Francisco Roa. Y después de él, sólo quince veces más entró en funciones el instrumento, hasta su supresión en 1802, lo que supone un promedio de un ahorcado cada dos años y algo, nada del otro mundo en realidad.

Es bastante penoso reconocer que, para los montevideanos de entonces, el ahorcamiento de un hombre constituyó un verdadero espectáculo al que asistía el vecindario con fruición macabra (lo mismo ocurrirá décadas después con los fusilamientos en pleno Centro, como se puede ver en otra parte de "Boulevard Sarandí").

Para describir lo que eran estas ceremonias sobrecogedoras, hay que traer a colación a una entidad religiosa que se fundó en Montevideo por aquellos días coloniales: la Cofradía de San José y Caridad. Precisamente, una de las finalidades que le dio nacimiento y razón, fue la de asistir a los reos condenados a sufrir pena de horca.

En efecto, una vez pronunciada la sentencia condenatoria, era práctica habitual mantener al reo tres días aislado y en capilla, aguardando la ejecución. Como es de imaginar, eran horas interminables y torturantes para quien debía morir. Y aquí entraba en funciones la tal Cofradía de San José y Caridad: durante los tres días, sus integrantes asistían día y noche al sentenciado, turnándose de dos en dos para llevarle alguna consolación y serenidad ante el terrible trance que iba a afrontar.

Mientras, otros miembros de la Cofradía salían a recorrer calles y plazas llevando una taza de plata, símbolo de la caridad, para pedir limosna de puerta en puerta. Su ruego decía: "Para bien del alma del pobre que van a ajusticiar"; y el producto recaudado se destinaba a pagar los gastos del entierro.

Llegado el día fatídico, una hora antes de la ejecución se reunía la Hermandad en la Iglesia Parroquial de la Matriz Vieja, y de allí partía en procesión, llevando en alto, uno de los hermanos sacerdotes, el crucifijo que sería colocado en el altar de la capilla donde penaba el condenado.

Luego, en el momento de partir el reo hacia la horca, la Cofradía avanzaba en cortejo delante de la tropa que lo conducía, e iba rezando en voz alta el Padrenuestro. Pero los cofrades no llegaban hasta el patíbulo mismo, sino que antes regresaban a la iglesia a prosternarse ante el Señor de las Misericordias para rogarle que le concediese al sentenciado una buena muerte (si de buena muerte puede hablarse en un caso así...).

Mientras, el condenado seguía su marcha con desesperante lentitud hacia el banquillo, arrastrando una pesada barra de grillos en los pies, y sostenido

por un sacerdote que lo asistía con un crucifijo en la mano. Llegado al lugar trágico, el reo era preparado y asegurado por el verdugo, que con movimientos ejecutivos procedía a ahorcarlo sin demasiadas dilaciones.

Ya se dijo que el lugar se llenaba de multitud de curiosos, ávidos por no perderse el tremendo espectáculo. “Dios lo haya perdonado!”, era la fórmula que murmuraban todos, no se sabe si con acento piadoso o vengativo; mientras que las campanas lúgubres de las iglesias anunciaban al vecindario todo que la ejecución se había consumado por fin.

Era común que estos actos se llevaran a cabo sobre las diez de la mañana; pero la costumbre –siniestra costumbre– pedía que el cuerpo se dejara colgando durante varias horas para advertencia y disuasión ejemplarizante de los demás.

Y aquí entra en escena nuevamente la Cofradía de San José y Caridad: a eso de las tres o cuatro de la tarde, la Hermandad volvía a congregarse en la Iglesia Matriz, de donde salía en procesión en dirección a la horca. Allí recibían el cadáver, lo colocaban en un ataúd al que recubrían con un paño negro, y se lo llevaban en andas hasta el camposanto, donde lo sepultaban con ceremonias religiosas.

Enterrado el reo, ya podemos darle término a este relato de atmósfera y tonalidad pesadillescos. A la verdad que nos cuesta reconocer a nuestro Montevideo en estas acciones y decorados tan lúgubres como sobrecogedores, que nos revelan una sensibilidad de la que no podemos sentirnos más alejados.

Montevideo timbero

Parece que nuestra gente fue siempre muy afecta a los juegos de toda clase –no sólo hoy–; ya fuera que se jugase por dinero o por mero pasatiempo, aunque predominaba la timba pura y simple (también como hoy). Y eso ocurrió desde la primera hora, desde los tiempos fundadores mismos; y así siguió siendo durante toda la Colonia, y luego en la vida independiente, y...

Empezando por las barajas, vale la pena enumerar todos los juegos de cartas con que se entretenían los montevideanos en los dichosos tiempos coloniales: el tres siete (o tresiete): el truque (que no es lo mismo que el truco, aunque tienen elementos comunes); el treinta y una; el paro; la banca; el peca-

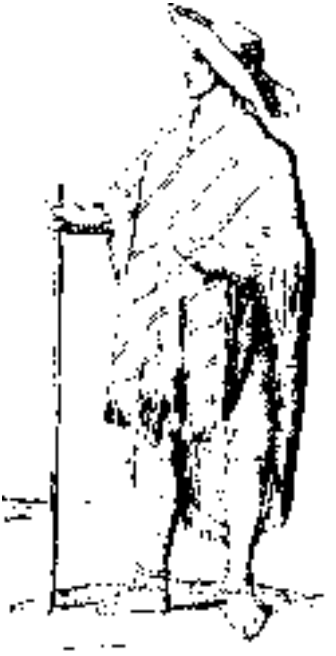
do; la primera; la biscambra; y –por cierto– el truco propiamente dicho; etc.

Es muy de lamentar que no haya aparecido ningún erudito capaz de ilustrarnos acerca de la naturaleza de cada uno de estos juegos, sus reglas y leyes, sus requerimientos psicológicos, sus “rendimientos económicos”... Los cultores (y los de afuera, que son de palo) se congregaban en nuestros cafés, o en tertulias familiares, o en alguna pulpería de extramuros, o en recintos de catadura dudosa... según la calidad y condición de quienes participaran en estos benditos encuentros.

Pero aparte de los juegos de naipes, enormemente populares, en el Montevideo colonial tenían no menor aceptación las bochas, la pelota de mano (había una cancha cerca del Portón de la Ciudadela), las carreras de caballos, los bolos y, por supuesto, el billar, que llegó a nuestras costas muy temprano.

Pero quizás el juego más difundido fue la lotería de cartones, que congregaba por las noches a las familias y amistades en tertulias interminables; pero que también fue timba admitida públicamente, que se jugaba en bien conocidos lugares céntricos adonde acudían en tropel los apostadores...

Y se jugó a las damas, y al dominó, y a la rayuela, y a.... Se ve que ocio era lo que sobraba en aquel Montevideo donde todavía no se conocían los trabajos dobles o triples.



Aquellos actos del 1ro. de Mayo

Los montevideanos, por cierto, lo hemos olvidado, pero desde los tiempos iniciales de nuestra ciudad, el 1ro. de Mayo fue una fecha que dio lugar a actos de extraordinario brillo, de los que participaban, con fervor y algarabía, vecinos de todas las condiciones sociales, sin distingo alguno de estatus.

Es obvio que aquellos 1ros. de Mayo no conmemoraban el Día de los Trabajadores, festividad que sólo cuenta con unas pocas décadas de existencia; ni era tampoco, como ahora, una celebración internacional. El 1ro. de Mayo de nuestros tiempos coloniales era una fiesta rigurosa y exclusivamente montevideana.

Es que en ese día fausto, nuestra ciudad honraba año a año nada menos que a sus santos patronos, los apóstoles Felipe y Santiago. Y ello daba ocasión para que Montevideo y su vecindario tiraran literalmente la casa por la ventana; lo que es más sorprendente si pensamos que era el nuestro un poblado muy pobre, compuesto más que nada por mercaderes en su mayoría de poca monta, gente nada amiga del boato, cuyas costumbres no podían ser más sencillas, sin ínfulas nobiliarias de ningún género. Pero ese día parecía cambiar como por arte de magia su idiosincrasia, y también, a compás, su apariencia exterior.

Para empezar, la autoridad representativa del Cabildo, el Alférez Real, aparecía vistiendo su traje de terciopelo y su sombrero de pico. Montaba en una vistosa cabalgadura, desde la que empuñaba el pendón real de la ciudad, bordado lujosamente de oro y plata.

Pero no era el único en lucir de ese modo: también los demás cabildantes parecían otros; todos de rigurosa gala, con casacón, medias largas, zapatos con hebillas de plata, sombrero tricornio, espadín y hasta coleta empolvada, ¡quién diría!

Y allá marchaban todos, muy ufanos: el Alférez Real al frente con su estandarte, y atrás los cabildantes, los jefes y oficiales de la guarnición, seguidos por un océano emocionado de vecinos, vestidos todos lo mejor que podían para no desentonar con la ocasión. Los principales iban, claro está, de a caballo, ostentando las cabalgaduras los más lujosos arreos, reservados para las ocasiones de mayor relumbre, como aquélla.

Primero debían encaminarse en procesión hacia la iglesia Matriz, pero antes se dirigían hacia el Fuerte (hoy Plaza Zabala), donde hacían un alto con gran ceremonia porque allí los aguardaba majestuoso el Gobernador, con su

traje de gran gala recargado de entorchados y condecoraciones. A su derecha se situaba el Alférez Real, a su izquierda el Alcalde de Primer Voto, y ahora sí marchaban todos juntos hacia la Catedral, preparada con el mayor boato que permitía nuestra irremediable medianía.

En la entrada de la Matriz aguardaba el Cura Vicario, quien les daba el agua bendita. Luego tenían lugar con toda pompa la misa y el sermón, casi siempre a cargo de algún religioso de lustre, venido especialmente de Buenos Aires. Era impresionante en verdad aquel ceremonial encuadrado en un marco de suntuosidad pocas veces vista entre nosotros: ¡es que no merecían menos nuestros muy venerados Santos Patronos!

Sin embargo, no todo se reducía a ceremonias oficiales o religiosas. El vecindario entero participaba de aquellos grandes fastos. Se iluminaban profusamente las calles; los frentes de las casas aparecían generosamente engalanados, procurando sobresalir en vistosidad; y por las tardes se celebraban corridas de toros durante tres días seguidos, que remataban por las noches con fuegos artificiales, mascaradas, músicos ambulantes...

Todo era alboroto y júbilo entre el vecindario, contagiado por la unción hacia Felipe y Santiago, a los que todos reverenciaban con ingenuo fervor. (En el tomo I se describen festividades montevideanas parecidas, cada vez que ascendía un nuevo rey al trono en España).

En fin, pasado el 1ro. de Mayo venturoso, todas aquellas galas y atavíos retornaban a sus roperías, de las que renacerían dichosamente un año después. Guardadas las ropas en su lugar de privilegio, Montevideo recuperaba entonces, sin más demora, su ritmo cansino y mediocre de ciudad mercantil y sin relieve.

Pero al menos por unas horas, aquellos buenos montevideanos habían sabido desplegar fastos y relumbrones de un estilo nobiliario imitado de la metrópoli. Nuestros mercaderes y labriegos soñaron por un rato con ser grandes de España, y lo hicieron con ingenua buena fe, y sin desentonar demasiado, por lo que se sabe.

Los tiempos de Artigas y de la Independencia

Un tinterazo a la cabeza del maestro

El niño no soportó más la feroz reprimenda que, como bien lo sabía la clase entera, anunciaba inminentes castigos corporales; y sin pensarlo más, manoteó un tintero que encontró cerca y se lo arrojó con alma y vida a la cabeza del maestro. Por fortuna no dio en el blanco, y por fortuna el agredido quedó paralizado en el primer momento por la sorpresa, con lo que dio tiempo al escolar para escabullirse del salón de clase y huir despavorido a la calle.

Sus compañeros quedaron petrificados en sus bancos. No volaba ni una mosca. La tempestad no tardaría en estallar. El rostro pálido y demudado de aquel hombre famoso por su crueldad, se fue crispando con un rictus de ferocidad que los chicos nunca le habían visto, a pesar de estar habituados a sus explosiones incontrolables de furia.

Reconozcamos que aún en nuestros días, una agresión infantil como aquélla provocaría una verdadera conmoción; cuanto más en una de las severísimas escuelas de la época colonial, donde los castigos corporales estaban permitidos y el maestro era una figura intocable y temida.

Pero pocos tan autoritarios y odiados como aquel catalán de ojos helados, el maestro Barchilón, reseco y agrio, que parecía disfrutar cuando empuñaba su palmeta y su vara de azotar, verdadero terror de los desdichados niños montevideanos.

Como era inevitable, no bien el maestro pudo salir de su estupor, anunció los más severos castigos para el niño agresor y exigió la inmediata comparecencia de sus padres. Estaba determinado a que la venganza fuese ejemplarizante. Todos temblaron. La crueldad fría de aquel hombre eran célebres en Montevideo. Su rigor casi fanático, su apego implacable a la sentencia española "la letra con sangre entra", lo convirtieron en el cuco de varias generaciones escolares que tuvieron que pasar por su aula y llevar encima, casi sin excepciones, la marca de sus instrumentos de castigo.

Mientras, el niño del tinterazo había desaparecido sin dejar rastro ni indicio alguno. Nadie podía dar noticia de su paradero. Las conjeturas fueron incontables, pero ninguna condujo a pista fehaciente. Hasta se llegó a temer que el niño, aterrado, atentara contra su vida. A medida que las horas corrían, sus padres, desesperados, iniciaron una búsqueda sin saber demasiado hacia dónde orientarla. Todos los esfuerzos resultaron infructuosos.

Recién al cabo de inacabables horas de angustia, apareció en la casa paterna un emisario: un compañero de clase muy compinche del prófugo. Este mandaba a decir que estaba dispuesto a reintegrarse de inmediato al hogar, pero con una condición insoslayable: que no se lo enviara nunca más a la escuela donde dictaba clases el feroz maestro. De lo contrario no lo volverían a ver.

Los padres conocían bien el carácter de su hijo: un niño por demás sensible, hasta algo enfermizo quizás, pero firme y determinado cuando adoptaba una resolución. Podrían venir para los padres días de terrible angustia. Y hasta quizás en el fondo le darían razón por su actitud extrema: tanto era el repudio que inspiraba aquel maestro despiadado. Los padres terminaron por aceptar la condición de su hijo y accedieron a cambiarlo de colegio. El chico reapareció poco después sin mayores señales de arrepentimiento.

Quizás sorprenda saber que este niño que tuvo la osadía casi inaudita de desafiar a un sistema tan estricto y riguroso como el de la escuela colonial, estuvo llamado, andando el tiempo, a alcanzar los más altos destinos en el país. Es así que lo encontraremos sucesivamente como teniente de Artigas, segundo Jefe de los 33 Orientales, segundo Presidente de la República y fundador de uno de nuestros dos Partidos Tradicionales: Manuel Oribe fue el niño que nos brindó, tan temprano, esta muestra más que comprensible de rebeldía, determinación y coraje infantiles.

Artigas sabía dar tironcitos de orejas

El episodio es muy poco recordado, y a la verdad que no tiene relevancia mayor; pero al menos resulta útil para confirmar facetas reveladoras, tanto del carácter de Artigas como de la austeridad de sus posturas éticas.

Cuando ya ha caído el sistema español y comienza a gobernar Artigas en nuestra Provincia, el Cabildo de Montevideo le dirige una solicitud que a la

distancia puede resultarnos ingenua, casi infantil: le pide autorización para que nuestra ciudad pueda seguir usando aquel título que le había otorgado España por su valiente comportamiento en ocasión de las invasiones inglesas: "Montevideo, Muy Fiel y Reconquistadora Ciudad".

Artigas contesta esta petición denegándola de plano, y fundamenta su rechazo con un oficio que tiene algo de aleccionante sermón, cuyo estilo deja traslucir un velado malhumor y un no muy escondido disgusto.

"*Es superfluo* –dice Artigas– *que empleemos lo precioso del tiempo en cuestiones inútiles. Los títulos son los fantasmas de los Estados, y a ese Cabildo le sobra con tener la gloria de sostener su libertad sobre el seguro de sus derechos.*"

No contento con esta lección introductoria, Artigas sostiene a continuación el principio de la igualdad entre todos los órganos comunales, sin privilegio para ninguno, así sea el montevideano: "*Es mi parecer que ese Cabildo debe ajustar su tratamiento al mismo que hoy conservan los demás Cabildos de esta Provincia.*"

Y se preocupa seguidamente por subrayar que estas rigurosas posturas no son abstractas sino que están respaldadas por sus propias actitudes personales, como enseñando que el gobernante debe dar siempre ejemplo y no exigirle a los demás lo que él mismo no haya abonado antes con sus hechos: "*Por eso mismo yo he conservado hasta el presente el título de un simple ciudadano, sin aceptar la honra con que el año pasado me distinguió el Cabildo de Montevideo.*"

El rostro de Artigas según la libre ocurrencia de Rugendas, dibujante bávaro.

Y concluye con una apreciación de fondo sobre lo que debe ser la conducta de los gobernantes: *"Día llegará en que los hombres se penetren de sus deberes y sancionen con escrupulosidad lo más interesante al bien de la Provincia y honor de sus conciudadanos"*...

Muy dolidos deben haber quedado los chasqueados cabildantes montevideanos, no sólo por haber tenido que renunciar al título que tanto ambicionaban conservar, sino, más que eso, por el severo llamado al orden que encierran los rigurosos conceptos de Artigas. Un episodio más, quizás menor, de las poco cordiales relaciones que el Jefe de los Orientales mantuvo desde el comienzo con el reticente Cabildo de nuestra ciudad, compuesto por representantes de las clases altas montevideanas, que nunca miraron al artiguismo con buenos ojos.

Datos menudos de la vida menuda

Se vendían en Montevideo cantidades muy apreciables de caracoles para hacer sopa. El entretenimiento predilecto de los montevideanos era la ópera, con sus funciones infaltables los jueves y domingos. En verano, en cambio, las carreras de caballos arrastraban verdaderas multitudes. Era común ver a niñas de ocho a diez años bailando el minuet junto a los mayores con la más compenetrada gravedad. A pesar de la abundancia de vacas, había que importar manteca de Irlanda. Los comerciantes solían tener en las azoteas de sus casas un mirador, desde donde, con un largavista, oteaban ansiosamente hacia el este, a ver si veían llegar a los barcos de ultramar que les traían mercadería.

Muy poco relevantes estos datos, hay que reconocerlo; pero al menos nos aportan algunos toques ínfimos del vivir montevideano en los años de la Colonia y la Independencia, con detalles que muy difícilmente recogerán los cronistas y mucho menos los historiadores.

Todas estas observaciones tan menores fueron entresacadas al vuelo de algunos testimonios de viajeros que pasaron por nuestra ciudad. Con frecuencia, estos relatos de extranjeros han prestado verdadera utilidad para conocer aspectos destacables del vivir de nuestros antepasados; no en este caso, sin duda, en que apenas nos permiten asomarnos a algunas menudencias que aquí ocurrían, pero que no dejan de acercarnos el perfume vago de una privacidad que de otro modo se nos escaparía.

Un Montevideo ruinoso recibe a un ejército desarrapado

Era muy penoso el aspecto de nuestra ciudad en aquel febrero de 1815. Por todas partes resaltaban claras señales de deterioro y destrucción. Si uno se corría hasta el Fuerte mismo, sede del gobierno, se encontraba con puertas y ventanas arrancadas; en las Bóvedas el aspecto era aún más desolador: techos derrumbados, muros ennegrecidos o destripados de cuajo...

Es que pocos días atrás se había producido en el polvorín una terrible explosión cuando se estaba extrayendo pólvora a paladas. Murieron en la catástrofe alrededor de ciento veinte personas.

Pero como si esa calamidad fuese poco, se sumó a ella el retiro, por esos días, del ejército porteño sitiado en nuestra ciudad y derrotado por los nuestros en Guayabos. Al abandonar Montevideo, se produjeron violentas escenas de saqueos y despojos por parte de la soldadesca porteña, que agravaron aun más el aspecto ruinoso de nuestra ciudad.

No obstante, en aquel 26 de febrero Montevideo presentaba un aspecto de inusitada animación, inesperado en esas condiciones. Las gentes se arracimaban en las esquinas, las calles se veían alborotadas y expectantes, los cafés estaban abarrotados de vecinos que no ocultaban su excitación.

Es que se aguardaba de un momento a otro la llegada del triunfante ejército artiguista, que venía a ocupar el lugar dejado por los porteños en derrota. Todos los ojos apuntaban en una misma dirección: por encima de la muralla hacia campo abierto, donde pronto se verían aparecer las huestes orientales.

No pasó mucho rato sin que, en efecto, se dibujara a la distancia la avanzada de nuestro ejército. Es una columna reducida, de unos ciento cincuenta hombres de a caballo, al mando del comandante José Llupes, cuyo sable se ve rebrillar al sol. Los jinetes traen apoyadas sobre el recado las culatas de sus naranjeros y trabucos. Al frente un tambor marca el ritmo de la marcha y a su lado ondea la bandera tricolor de Artigas.

Pero no se piense que era aquélla una hueste marcial, un ejército vistoso y disciplinado. Nunca lo fue el de Artigas. Más bien se parecía a una partida de vecinos armados, vistiendo todos de paisanos simples, con ropas andrajosas muchos, los ponchos a jirones, el pie descalzo, un trapo a modo de vincha.

Esta bizarra vanguardia artiguista –después llegará el grueso de la tropa victoriosa, comandada por Otorgués– enfila hacia la puerta de la ciudad con

marcha pausada. El vecindario que ha salido a recibirlo estalla en vivas entusiastas. Saben que con el gobierno de Artigas, llegan horas de alivio y protección para “los más necesitados”. No se equivocan.

Pero no todos celebran en la ciudad. No son pocos los señores que prefieren contemplar desde lejos y con gesto avinagrado aquel recibimiento. No sienten ninguna complacencia ante la entrada de esta caballería andrajosa, a la que miran con recelo y temor. Y no son pocas las mansiones que permanecen cerradas y hoscas, casi como de duelo en medio del entusiasmo popular.

Nada empaña, empero, el alborozo de la gente del común al presenciar la poco gallarda entrada de Llupes con su hueste andrajosa, en aquel día esperanzado que fue el 26 de febrero de 1815.

Pero muy poco –ya sabemos– habría de perdurar el júbilo y la fiesta. Después del largo dominio español y del breve porteño sobre nuestra ciudad, pronto le iba a tocar el turno al portugués, fruto de una conjura contra Artigas con apoyo interior.

¿La Botella o la Mujer?

He aquí un tema que puede dar lugar, justificadamente, a encendidas polémicas y ardorosas controversias académicas, o aún parlamentarias: ¿qué es lo que le trae mayor placer al varón: la mujer o la botella?

Y el debate acerca de tan trascendente cuestión, tuvo lugar en efecto entre nosotros, dando lugar a una controversia de muy elevado vuelo intelectual, como se verá de inmediato.

De la tal batalla nos dio noticia uno de los poetas más ingeniosos y farristas que haya dado nuestro Parnaso: don Francisco Acuña de Figueroa; autor, no obstante la farra, de la muy imponente y solemne letra del himno nacional uruguayo.

Es que convivían en él dos personalidades casi imposibles de compaginar. Por un lado, un poeta neoclásico, rimbombante y retórico, que, a pesar de su fervoroso españolismo inicial, no tuvo inconveniente en cantarles con igual entusiasmo a las glorias de la independencia, así como, luego, al nacimiento del Uruguay, siempre con clarinadas de hueca sonoridad.

Pero por otro lado era un hombre bienhumorado, burlón y divertido, que gustaba de versificar temas satíricos, festivos y hasta, si cabía, pornográficos

(como su celebérrima “Nomenclatura y apología del carajo”, entre otras). Y era ésta, la burlesca, su veta más notable.

Pues bien: Acuña de Figueroa resolvió un día contraponer en verso las dos opiniones contrarias en el peliagudo tema que se señaló al comienzo. Y eligió para polemizar “a un pastor y un lechuguino” (debiéndose recordar –porque el término ha caído en desuso– que “lechuguino” designa, aproximadamente, a un joven a quien le gusta aparentar, y en particular dárselas de muy fogueado en cosas del amor).

Presenciemos el enfrentamiento entre los dos rivales, teniendo que disculpar algún pequeño corte y ciertos ajustes de lenguaje para facilitar una inmediata comprensión.

Disputaban sin saber
un Pastor y un Lechuguino
cuál es tesoro más fino:
la Botella o la Mujer.
Aquél dijo: “A mi entender
es más sabrosa y más bella
La Botella.

Cuando exhausto de fatiga
bajo un ombú me reclino,
de Baco el licor divino
todas mis ansias mitiga.
Allí es mi mejor amiga,
mi sol, mi luna y mi estrella
La Botella.

El que empieza a envejecer
se refocila, imagino,
más en dos cuartas de vino
que en seis cuartas de mujer.
Porque siempre está en su ser
sin melindres de doncella
La Botella.

Calla, dijo el Lechuguino.
Sólo un hombre sin templanza
puede poner en balanza
a las mujeres y al vino.
¿Quién suaviza el cruel destino?
¿Quién da el supremo placer?
La Mujer.

No hay contento comparado
con los goces del amor,
ni otra delicia mayor
que el amar y ser amado.
Es el dón más delicado
que Dios quiso al mundo hacer
La Mujer.

Sin ellas todo sería
caos de inmensa tristura
porque son de la natura
la más perfecta armonía.
Es del hombre la alegría,
consuelo en su padecer,
La Mujer.

¡*No siempre!, dijo el Pastor*,
porque salen, camarada,
a estocada por cornada
el fastidio y el amor;
mas mi prenda es superior
pues no es falaz como aquélla
La Botella.

Cuantos más besos le doy
más me inflama y me enardece,
y cuando aquel desfallece
yo más animado estoy.
Papa, rey, príncipe soy
sin que me cause querella
La Botella.

Dama que no pide y da,
grata aun después de gozada
cuando la ven más preñada
tanto más virgen está.
Sin mujer muy bien me va
porque me suple por ella
La Botella.

Y contestó el Lechuguino:
La Mujer siempre es humana,
bocado de reyes es.
¡A ver si a ti te dan hijos
Botellas y Damajuanas!
Y en sus angustias tiranas
sabe al hombre sostener
La Mujer.

En eso déjanse ver
Baco y Cupido abrazados
y dicen: "Callad, cuitados,
que no os sabéis entender.
Todo puede complacer
tomado en medida bella:
la Mujer y la Botella,
la Botella y la Mujer".

Sabio y prudente remate de la ardua polémica: ¿por qué una cosa O la otra, cuando pueden ser una cosa Y la otra? Tomadas en "medida bella", no lo olvidemos.

Ascenso y abandono de una Biblioteca

Es bien sabido que la primera biblioteca pública que tuvo el país fue fundada por dictado de Artigas en los primeros tiempos de su gobierno. Pero costó muchas idas y venidas constituirla.

Por lo pronto, ¿cómo formar una biblioteca en aquel Montevideo tan desprovisto de libros como para llegar a integrar un acervo considerable?

La base inicial iba a ser una generosa donación de un sacerdote, el padre Manuel Pérez Castellano, verdadero sabio autodidacto, que con paciencia y dedicación admirables había llegado a ser dueño de un caudal importante de libros de muy variadas materias.

Este hombre le asignaba tanta importancia al saber que, cuando todavía bajo la Colonia hizo testamento, dejó establecido que todos esos libros de su propiedad pasasen a poder de una biblioteca pública que él quería que se fundase alguna vez en Montevideo. Y para ayudar a su creación donó también el producido del alquiler de varias fincas que poseía en la ciudad, con cuyo monto se pagarían los gastos de funcionamiento y el sueldo de un bibliotecario.

Pero estas disposiciones de Pérez Castellano no pudieron cumplirse a tiempo. Al morir él, la tramitación de la sucesión llevó un buen tiempo, y entretanto se produce el advenimiento del gobierno de Artigas. Interviene entonces otro sacerdote y sabio, Dámaso Antonio Larrañaga, empeñado igualmente en que Montevideo tuviera su buena biblioteca pública. Y éste, comprendiendo que el legado de Pérez Castellano demoraría, hace gestiones para seguir adelante con el plan.

Se le escribe a Artigas –que como se sabe no se encontraba en Montevideo sino que gobernaba desde Purificación– instándolo a que dispusiera la fundación de una biblioteca. Artigas responde de inmediato otorgando su visto bueno y hasta indicando cómo conseguir libros: "*Teniendo noticia* –dice Artigas en su oficio de respuesta– *de una librería* (biblioteca) *que el finado cura Ortiz dejó, hará usted las indagaciones competentes, y si aún están los libros en esa ciudad, aplíquese por mi orden a la nueva Biblioteca de Montevideo*". Y agregó todavía: "*Toda librería que se halle entre los intereses de propiedades extrañas, se dedicará también a tan importante objeto*".

Se designa entonces a Larrañaga como Director del nuevo establecimiento, y él se aplica de inmediato a obtener cuantos libros, impresos y manuscritos de valor encontró a mano, llegando a reunir centenares de piezas que cons-

tituyeron el acervo inicial. A él se sumó algo más adelante la demorada donación del difunto Pérez Castellano, con lo cual puede decirse que la primera biblioteca oriental fue para la época muy completa y actualizada, y abarcó variadas materias y ramas del saber.

Como es bien sabido, la Biblioteca se inauguró en 1816, en ocasión de las Fiestas Mayas, y pronunció la Oración inaugural el propio Dámaso Antonio Larrañaga. Y allí surgió el más que conocido lema "Sean los orientales tan ilustrados como valientes", santo y seña del ejército artiguista para ese día.

¿Qué ocurrió con esa Biblioteca primera? ¿Siguió acrecentando su patrimonio bibliográfico, cumplió la función que se le había asignado por sus fundadores? Lejos de eso. Cuando un año después, el Montevideo artiguista se ve obligado a dejar paso al Montevideo portugués, la biblioteca fundada por Artigas debe cerrar sus puertas. El nuevo ocupante no se interesó por conservarla. Sus libros son encajonados y se los deposita en las casas que el presbítero Pérez Castellano había legado inicialmente para sostenimiento de la institución.

La Biblioteca oriental duró, pues, muy poco: apenas unos cuantos meses; no llegó al año. Pero quedó como una indicación de cuáles eran las preocupaciones de Artigas en el plano cultural, y muestra cómo esa inquietud suya no quedó reducida a meros enunciados, sino que fue llevada a la práctica como prioritaria.

En los comienzos del Uruguay

Gran baratillo en la calle del Portón

Las “liquidaciones” en los comercios son un socorrido ardid de tenderos y afines para tratar de vender más, o para desembarazarse de un stock, etc. Cualquiera pensaría que es un recurso reciente; digamos, de este siglo cuando menos. Sin embargo no es así: en el Uruguay las liquidaciones son tan viejas como el Uruguay mismo, exactamente.

En efecto, por el tiempo en que nuestro país nacía como tal y estrenaba el nombre que hoy lleva (alrededores de 1830), se anuncia en una tienda del Centro una importante liquidación de mercaderías nacionales e importadas. Resulta que su dueño va a emprender un viaje, seguramente largo, y antes quiere desembarazarse de todas sus existencias. De modo que resuelve liquidarlas.

Así lo hace saber a los cuatro vientos en un periódico de la época, “El Universal”, donde anuncia que lleva a la quema todo lo que puede interesar a los y las elegantes y... a riguroso precio de costo (asegura): levitas, fraques, pantalones de paño, levitas de verano, listados, gasillas, flores, peinetas “y muchos otros efectos”.

Pero se trata de un negocio también interesado en la música, por lo cual ofrece partituras de “contradanzas nuevas”, que harán las delicias de tantísimas niñas montevideanas obligadas a azotar pianos como era común en la época (recordemos de paso que la contradanza era una pieza de origen criollo, que estaba muy en boga entonces, y que se parecía lejanamente a una milonga).

Los que quieran beneficiarse con estas gangas, no tienen más que correrse hasta la calle del Portón, después de San Pedro, hoy 25 de Mayo, y llegarse hasta el número 133 donde tiene lugar esta liquidación tentadora, que sin embargo... no se llamaba “liquidación”. En efecto, el nombre de lo que hoy denominamos así, era en aquel entonces “baratillo”; y así lo proclamaba el aviso: “Baratillo en la Calle del Portón Nro. 133”. Pero el concepto, las ventajas... y las tentaciones, no variaron ni un ápice de entonces a acá.

Racismo de pardos y mulatos

Del racismo montevideano ya se ha hablado aquí, aunque mucho nos duela reconocerlo; y vimos que existió desde la primera hora: racismo anti-judío y racismo anti-negro.

Pero no fue sólo el blanco el que rechazaba a los negros o los consideraba inferiores: también los pardos y mulatos. Es ésta una modalidad de racismo que acaso no se conozca tanto.

Un versito anónimo de los primeros tiempos del país recoge este sentir tan prejuicioso como lamentable:

"A los blancos hizo Dios
y a los mulatos San Pedro.
A los negros hizo el Diablo
para tizón del infierno".

Quedaba allí marcado esa especie de escalafón del racismo, que insistía en diferenciar nítidamente los dos grados de negritud.

Los blancos les decían "tíos" y "tías" a los negros (aún mucho después de abolida la esclavitud), como una forma de trato afectuoso y paternalista. ¡Pero que no les fueran a decir "tíos" a los mulatos o a los pardos, porque éstos lo consideraban una ofensa irreparable! Es que ellos se veían a sí mismos un peldaño más arriba, y no había quien pudiera disuadirlos de esa "superioridad" que los ponía por encima de sus parientes cercanos, los negros; lo cual, en aquella sociedad de hegemonía blanca, los hacía los penúltimos orejones del tarro, pero no los últimos...

Cuando las mujeres eran adornitos

No bien el Uruguay quedó constituido como país, en los alrededores de 1830, se fundó en Montevideo el primer colegio para señoritas que se conoció entre nosotros. Se llamó Colegio Oriental y estaba dirigido por una señora de apellido Curel. Vale la pena examinar cómo estaba concebido este novel insti-

tuto y cuáles eran las enseñanzas que en él se impartían, porque ello nos permitirá apreciar con toda nitidez cuál era el concepto que aquella sociedad sustentaba acerca del papel que le cabía a la mujer.

Dice el prospecto que se difundió entonces para entusiasmar a las familias: "*Este Colegio está destinado a fomentar el gusto de la ilustración en el Bello Sexo* (ambas mayúsculas son sic), *cuya instrucción ha sido descuidada hasta ahora por falta de un establecimiento en donde se pudiera enseñar cuanto debe saber una señorita para ser una buena madre de familia, hacer las delicias de sus padres y deudos, y ser el adorno y encanto de la sociedad*".

Allí aparece expuesta sin el menor rodeo la concepción reinante en el país (¿y en el mundo?) acerca de lo que debía exigírsele entonces a la mujer: ser buena madre, delicia de sus "deudos", adorno y encanto de quienes la rodeaban.

En función de esos objetivos tan precisos, estaba organizada cuidadosamente la enseñanza que recibirían las alumnas del Colegio Oriental. Sigue el folleto publicitario: "*La directora no se limitará a la enseñanza puramente intelectual, sino que se empeñará también en fomentar en los jóvenes corazones el gusto de la virtud, de la moral y de las buenas costumbres, y los modales finos.*"

Para alcanzar tan loables metas, la directora cultivará en primer término la disciplina y el orden: "*La regularidad en las horas de trabajo, del recreo, del*

comer y los varios ejercicios del Colegio, acostumbrarán a las niñas al amor por el orden, calidad esencial de una señora de su casa". Como se ve, doña Curel no perdía de vista ni por un momento la función doméstica que debía ser el centro de la vida de las mujeres de entonces.

Para obtener mejores resultados en aquellos acostumbramientos para la vida del hogar, el régimen sería de pupilaje. Y es bueno enterarnos pormenorizadamente de cómo sería la existencia diaria que les esperaba a las pupilas del Colegio Oriental: "*A las 7 de la mañana se levantarán y ocuparán de su aseo, a las 8 se servirá el almuerzo (?) (*copio textualmente), *compuesto de un puchero o biftec con papas, o en fin productos de estación. A la 1 se dará la comida de las pupilas y medio pupilas: sopa, carne cocida y dos manjares más, variados. Después, recreo hasta las 3. A las 7 de la noche otro recreo hasta las 8 en que se servirá cena: asado con ensalada, u otros variados manjares. A las 9 las oraciones y se acostarán las alumnas, y todo eso en presencia de la directora o de sus hijas"*.

En suma, que las familias del flamante Uruguay no podían quejarse: por primera vez tenían adonde mandar a sus chicas para educar al Bello Sexo como es debido, cosa que cuando las niñas llegasen a mayorcitas fueran el deleite de sus deudos todos, sus padres (y maridos, ni qué hablar) y un encantador adornito en el hogar. ¿Cómo no agradecerle a la señora Curel y a sus vigilantes hijas del flamante Colegio Oriental?

Los carnavaleros de antaño, esos ingobernables

No había quien pusiese en vereda a los montevideanos de 1830 cuando sonaba la hora de soltar todas las ataduras para celebrar el Carnaval que había llegado. No hay duda de que se divertían de lo lindo, pero al parecer de una manera un tanto desaforada, que hacía que se pasasen al patio con demasiada facilidad.

Así, no necesitaban nada para entrar a arrojarse huevazos sin ningún miramiento y a propinarse baldazos con agua (y otros líquidos no muy afines) que dejaban a la gente empapada de pies a cabeza. Y se ve que los excesos eran incontrolables, porque cuando se aproximaba la fecha del Carnaval, los diarios

más serios comenzaban a dirigir sermones ceñudos por anticipado a una población demasiado fervorosa y participativa, por lo que se ve.

Así, el muy respetable "El Universal" predicaba sensatez en estos términos: *"Las diversiones públicas, cuanto más sencillas e inocentes, tanto más se conforman con los principios de la decencia y la buena educación. Pero la costumbre de jugar con agua y huevos en los días de Carnaval, además de ser torpe y escandalosa, es perjudicial a la salud, y propensa a fomentar las pendencias y desgracias"*. Muy cierto.

Por si no hubiera prendido esta mesurada exhortación inicial a la cordura carnavalera, el mismo diario, ya sobre la fecha de inauguración de la fiesta, vuelve a dirigirse a los pobladores de Montevideo, pero ahora con un lenguaje un tanto más destemplado y perentorio: *"A no cometer las ridículas extravagancias y groserías que han llevado a los extranjeros a calificar a los orientales de locos y salvajes"*. Lo que revela la magnitud de las salidas de madre de aquellos montevideanos.

Pero no eran sólo los diarios serios los que se erigían en catones: la Policía no quiso quedarse atrás y dio a publicidad un edicto de severidad más que reveladora, prohibiendo de modo terminante jugar con agua, arrojar huevos o darse golpes. Pero no se quedaba en la mera exhortación edificante, sino que establecía penas muy concretas y sañudas de prisión y fuertes multas a los infractores.

Quedaron así preparados los ánimos para recibir un Carnaval que sería, a no dudarlo, ejemplar, al revés del de años anteriores; divertido, sí, porque para eso es Carnaval, pero cuerdo y bien educado como corresponde a países que, aunque nuevos, ya poseen un grado de cultura que los pone por encima de... ¿Cómo? ¿Qué se lee en este mismo diario "El Universal", aludiendo al Carnaval recién concluido? *"El agua cayó a torrentes, se consumió el innumerable depósito de huevos que existían acopiados desde algunos meses antes, y la autoridad fue espectadora tranquila del menosprecio por sus propias medidas"*...

Es inútil. Ya vamos viendo cuánta razón le asistía al Coronel Latorre cuando, cuarenta años después, comprobaba que, tanto en su tiempo como en el origen del país, "los uruguayos son ingobernables". Al menos cuando de divertirse se trata.

Un coloso de la Ciencia se pasea por Montevideo

Seguramente muchos montevideanos se cruzaron por la calle con este hombre, verdadera cumbre del pensamiento científico del siglo XIX, cuyas ideas revolucionaron la manera de mirar el mundo, sacudieron al universo religioso, influyeron en la filosofía de su tiempo. Sus peculiarísimos aportes cambiaron de raíz, no sólo a las ciencias naturales –campo específico de su actividad– sino también a muchas otras ramas del saber, con sus conceptos sobre la evolución de las especies, la selección natural, la lucha por la supervivencia. Nada fue igual después del paso de Charles Darwin por el mundo científico.

Y, como es sabido, este verdadero coloso de la ciencia y el pensamiento llegó a Montevideo un día de 1832, y seguramente caminó por la Plaza Constitución, contempló la Iglesia Matriz, transitó por nuestra Sarandí, pasó bajo el arco de la Ciudadela.

Uno se imagina los homenajes oficiales que se le habrán tributado, las comitivas que salieron a recibirlo, los actos académicos de reconocimiento; y hasta el rechazo inevitable de una Iglesia que lo demonizó o poco menos ("¡el hombre descendiendo del mono!", "el desconocimiento del papel del Creador", etc.).

Sin embargo, no: ningún homenaje, la menor resonancia tuvo la presencia de este hombre eminente entre nosotros. Y ello por una razón más que sencilla: que no era nada eminente y nadie había oído hablar de Charles Darwin cuando estuvo aquí; esas dos palabras, que tanto resonarían después, no se habían escuchado todavía ni en el Uruguay ni en el mundo.

Es que el Darwin que se paseó por nuestra ciudad era entonces casi un imberbe. Lo que en todo caso algún montevideano habrá presenciado, sin tomar ninguna nota de su observación, habrá sido un muchacho con aspecto extranjero, de rostro serio y reconcentrado, que en actitud atenta iba descubriendo lugares y costumbres de una ciudad para él remota y desconocida. Tenía apenas 22 años.

Pero eran, por cierto, unos veintidós años nada corrientes en ninguna parte del mundo. En efecto, recordemos que Darwin llegó hasta el Uruguay formando parte de un proyecto científico admirable propiciado por el gobierno inglés: dar la vuelta al mundo en cinco años de navegación, conociendo todos los

mares y continentes, para hacer lo que se podría considerar como un relevamiento científico completo del planeta. Nada menos.

Con tan grandioso objetivo se fletó un bergantín llamado a hacerse famoso, el “Beagle”, comandado por otro joven, el Capitán Fitzroy, de veinticinco años tan sólo. Cuando el “Beagle” llega a Montevideo en aquel 1832, llevaba recién ocho meses de viaje de ese total de cinco años previstos para el periplo completo.

Al Gobierno británico no le había resultado nada fácil encontrar hombres de ciencia dispuestos a afrontar los avatares de cinco años de navegación por todos los mares y tierras. Pero Charles Darwin acababa de completar sus estudios de naturalista en Cambridge y este muchacho de espíritu inquieto y recién salido de las aulas no dudó en registrarse como candidato, intuyendo quizás que recogería en el viaje conocimientos inestimables, como en efecto ocurrió. Sus antecedentes universitarios lo favorecían y en definitiva fue aceptado.

La labor que llevó a cabo fue gigantesca, pues aprovechó su viaje para investigar y estudiar las facetas más diversas de la naturaleza: animales, vegetales y minerales. No hay duda de que este trabajo paciente y exhaustivo de recopilación de datos e informaciones de primera mano, le tiene que haber brindado un basamento formidable para arribar más adelante a la formulación de sus revolucionarias teorías.

Los comienzos de su aventura no fueron, por cierto, nada auspiciosos: él mismo dejó narrados los padecimientos que debió sufrir a causa del mareo, las tempestades, la poco confortable vida de a bordo, al punto de que las primeras

semanas las tuvo que pasar tendido en una hamaca. Pero su voluntad férrea pudo más, logró adaptarse a aquellas condiciones tan adversas y al final consiguió llevar a término con éxito su ciclópea tarea.

Mientras tanto, ¿qué hizo el joven Darwin entre nosotros? ¿A qué dedicó su tiempo en el Uruguay? ¿De qué le sirvió el conocimiento directo de nuestro país?

Se sabe que el "Beagle" permaneció unos dos meses fondeado en nuestro puerto. Durante ese tiempo, Darwin incursionó en variados lugares de nuestro territorio, recopilando datos y observaciones. Se sabe que anduvo por Maldonado, Minas, Pan de Azúcar, Aiguá, Colonia, Soriano.

Según consignó en sus anotaciones, le llamó particularmente la atención la falta de bosques en toda esa zona, así como la extraordinaria abundancia de un cardo comestible que, según averiguó, había sido traído por los españoles, y que en nuestro suelo arraigó con tanta fuerza que llegó a expulsar a otras plantas autóctonas. (Parece inevitable preguntarse si ese ejemplo tan vívido de disputa por el espacio disponible, no habrá contribuido a despertar en Darwin la idea de la lucha de las especies y la supervivencia del más apto).

En fin, no deja de ser conmovedor pensar que tuvimos a Charles Darwin en Montevideo en aquel setiembre de 1832, por más que ignorado en el momento. No deberán pasar más de unos lustros para que el paseante desconocido de nuestra ciudad provocara un verdadero cataclismo en la ciencia y la filosofía de Occidente, cuyos ecos no se han extinguido del todo todavía.

Los muy pálidos montevideanos

Por aquellos días en que el país se paró sobre sus pies y estrenó su primer nombre, "Estado Oriental del Uruguay", en Montevideo estaba muy bien visto que hombres y mujeres tuviesen el cutis lo más blanco posible. Tal era lo distinguido: la palidez a rajatabla acababa de ponerse "en onda".

A primera vista, resulta fácil vincular esta manía por la blancura con el auge del romanticismo, el cual, no bien llegado a estas playas, las sembró de rostros espectrales, flacuras de tísico (con acompañamiento de las debidas toses) y ojeras moribundas. Pero hay que considerar, negando esta filiación, que el Romanticismo tuvo en Montevideo una fecha precisa de llegada: 1838, se-

La simpática atmósfera de nuestros rústicos almacenes y boticas iniciales.

gún se cuenta en el tomo II de “Boulevard Sarandí”; en tanto que la moda de la palidez extrema ya reinaba entre nosotros en los alrededores de 1830.

En efecto, un aviso publicitario de esos años da cuenta de que en Montevideo se vendía una pasta de castaña que tenía la propiedad tan ambicionada de blanquear el cutis. La fabricaba su mismísimo inventor, un inglés de nombre James Raine, que para deslumbrar a los ingenuos montevideanos agregaba que su pomada blanqueadora ¡tenía patente de Su Majestad Británica!, sin duda alguna el gran espaldarazo que haría caer rendida a toda la clientela local.

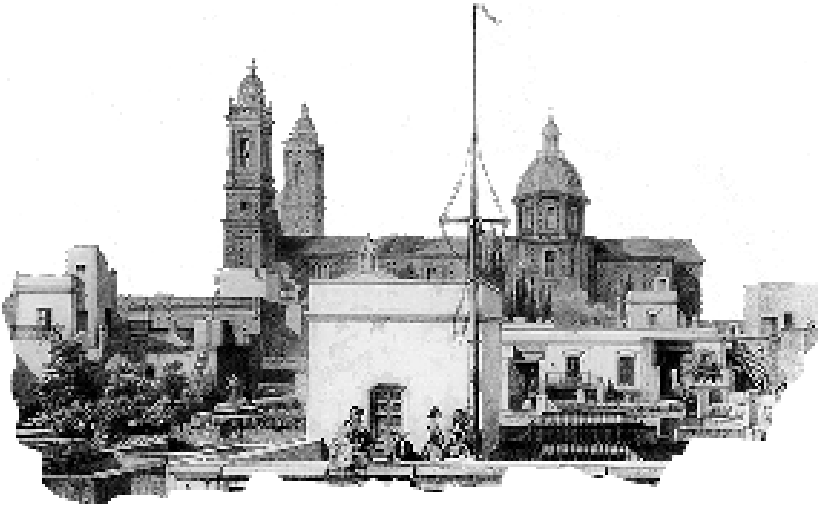
Pero por las dudas que Su Majestad no bastase, el avispado británico hacía saber también que su dichoso producto había recibido la aprobación de TODA (sic) la nobleza británica, sin faltar un solo noble. ¡Cómo no conmoverse al saber que nosotros, simplotes habitantes de esta ciudad simplota, podíamos echar mano a los mismos recursos faciales que aquella aristocracia que tanto nos encandilaba!

Ahora bien: ¿cómo había que hacer para que la tal pomada maravillosa nos blanqueara el rostro? Más fácil imposible: lavándonos la cara con ella. Y

era tan extraordinario aquel producto que, de paso, les servía a los caballeros como infalible ablandador de barba. ¿Qué más podían querer?

Pero está visto que ya, tan temprano, lo extranjero fascinaba a nuestros coterráneos. Porque aparte de esta pasta blanqueadora de procedencia inglesa, se vendía también en el país un producto francés no menos milagroso (y en aquel momento lo francés empezaba a ponerse de moda entre nosotros).

Lo curioso es que esta pomada francesa, al igual que su colega la inglesa, era también de doble propósito. Usted mataba dos pájaros de un tiro: su pelo quedaba teñido a la perfección, pero además, si tenía poco, le empezaba a crecer. ¡Las cosas que eran capaces de inventar los científicos de "la" Francia (como se decía entonces)! Y no se crea que era muy caro este crecedor y teñidor de pelos: pagando cuatro reales apenas, usted se llevaba un tarro que le alcanzaba por el resto de su vida, poco menos.



Los años de la Guerra Grande

Una añeja señora anónima: el comienzo de las fotos familiares en Montevideo.

Un Abate exhibe cierto portentoso aparato

El 25 de febrero de 1840 llegó a nuestro puerto una fragata en cuyo mástil ondeaba la bandera francesa. Su nombre parecía aludirnos: se llamaba "Oriental". El público la esperaba con viva curiosidad porque se sabía que traía a bordo un reciente invento mundial que ahora podría conocer Montevideo.

Señores, algo de no creer: se dice que un francés ha encontrado un procedimiento por el cual se puede fijar sobre un papel la imagen de una cosa o persona. Pero entendamos bien: no es que la dibuje, no vayan a pensar eso. Es que la reproduce tal cual hasta en sus más ínfimos detalles. ¡Es talmente un milagro! Y como su inventor se llama Daguerre, este procedimiento asombroso ha sido bautizado "daguerrotipia", y la imagen impresa "daguerrotipo".

Fue tal la conmoción que produjo este invento, que el gobierno francés de Luis Felipe decidió fletar un barco para que recorriese el mundo llevando la buena nueva a todas partes, mediante exhibiciones públicas del flamante artefacto. Tal era la misión de la fragata "Oriental", y ahora le tocaba el turno a Montevideo.

Pero no era el propio inventor Luis Jacobo Daguerre quien tendría a su cargo la emocionante demostración. Para ello viajaba especialmente en el na-

vío alguien que había aprendido a manejar el aparato con tanta precisión y soltura como el inventor mismo (que seguramente había quedado en París inventando otras cosas). Y para colmo de venturas, este enviado del gobierno francés que vino con el cometido de deslumbrarnos, era un Abate, no un técnico cualquiera. ¡Como para que no hubiera asombro y expectativa en la ciudad!

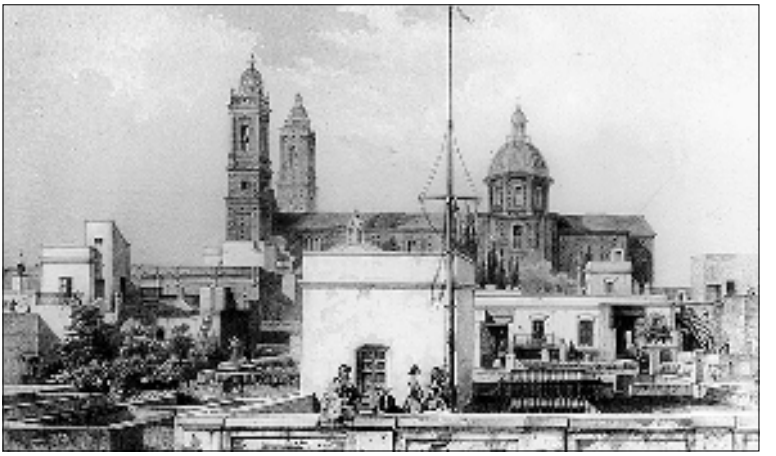
Desciende de la fragata empavesada el Abate Comte (que así se apellidaba), llevando en brazos el misterioso dispositivo debidamente envuelto para que la multitud no pudiera encontrárselo de buenas a primeras. Y para asombro de todos, Abate y máquina se encaminan muy ufanos hacia la sala de sesiones de la Cámara, porque no era cuestión de hacer demostraciones ante público rústico y vulgar.

La sala estaba colmada hasta el tope. Era más que nada gente de gobierno y de las grandes familias montevideanas, que no querían perderse el histórico momento. Y en ese insigne escenario, aunque no se pueda creer, el Abate hace no sé cuántas manipulaciones misteriosas, y de pronto aparece proyectada en un telón... ¡nuestra Iglesia Matriz tal cual todos la conocemos! Un "Ahhhh!" de unánime pasmo dio paso a un aplauso delirante de la calificadísima concurrencia, que se resistía a creer lo que estaba viendo.

A nadie le importó, a decir verdad, que en el daguerrotipo de nuestra Catedral apareciese tronchada una de las torres. A cambio de esa mutilación era posible descubrir al fondo de la lámina una parte un tanto difusa de nuestra bahía, y hasta un borroso retazo de una nave anclada en nuestro puerto.

Esa fue la exhibición matutina. Pero el Abate Comte nos tenía reservada una buena sorpresa. Por la noche hizo una segunda demostración, ésta en la casa del señor Presidente en ejercicio, don Santiago Vázquez, y allí apareció, ante la concurrencia boquiabierta... ¡una toma de la sesión de la Cámara durante la primera presentación de esa misma mañana! No hay duda de que el Abate era un experto en golpes de efecto, hábil manipulador de psicologías y showman consumado.

El daguerrotipo dio tema de conversación por mucho tiempo en nuestro Montevideo. En los comentarios que iban y venían, hasta salió a relucir el nombre de Niepce –Nicéforo Diego– que había sido coinventor del procedimiento. Pero como tuvo la ocurrencia de morirse antes de lo necesario, no pudo disfrutar de la gloria, que quedó toda para su compañero Daguerre, incluido el nombre del bendito invento, bisabuelo de nuestra fotografía. Injusticias que comete a veces la historia.



Así era el Montevideo que sufrió asedio y cañoneo durante el Sitio Grande.

El amanecer de una ciudad sitiada

Ese día la gente madrugó. Desde temprano de la mañana todo Montevideo está soliviantado. El vecindario entero se ha volcado en las calles. En todas las esquinas, en todos los cafés, hierven los comentarios inquietos de hombres y mujeres. Los puntos más elevados de la ciudad se ven coronados por grupos de gente que no cesa de escudriñar a la distancia con ansiedad. No hay ninguna azotea, ningún balcón, donde no se apiñen racimos de vecinos expectantes. Todas las miradas convergen en un mismo punto: el Cerrito de la Victoria, esa elevación agreste enfrentada a la ciudad apenas a tiro de cañón.

Todos saben qué va a ocurrir allí de un momento a otro. Se lo espera desde el día anterior, pero, sorprendentemente, esa jornada ha transcurrido sin novedad alguna. Sin embargo, nadie se hace ilusiones: lo irremediable sucederá, casi seguramente hoy. A una hora que todos quisieran anticipar, aparecerá en el Cerrito el despliegue amenazador de un ejército temido. Los vecinos verán emplazarse refulgentes cañones, la tropa de línea tomará posiciones, desplegará banderas, hormigueará entre los altibajos del terreno. Es el ejército del General Oribe, que viene a ponerle sitio a Montevideo en este día transparente del verano de 1843. Es el 16 de febrero.

A las 11 de la mañana, el vecindario de Montevideo se agita en súbita marejada: acaba de divisarse en el Cerrito dos soldados tan sólo, dos centinelas seguramente, como anunciando que llegó el momento esperado. La tensión

aumenta dentro de muros. Pero habrá que esperar hasta las 4 de la tarde para ver aparecer una columna entera de infantería que de inmediato toma posiciones, y emplaza sin demora seis piezas de cañón mirando a la ciudad. Montevideo enmudece, sobrecogido.

A manera de saludo sombrío, a la vez que amenazador, esos cañones disparan una salva de veintiuna detonaciones. Con una salva igual le contesta desde el puerto la escuadra de Rosas, anclada en la rada exterior. Ha comenzado oficialmente el sitio. Nadie imaginó entonces cuánto iría a durar.

Ciertamente, el inicio del Sitio no tomó de sorpresa a Montevideo: desde varios días antes la ciudad venía preparándose. En la víspera misma los vigías del atalaya del Cerro habían divisado al ejército de Oribe desplazándose a lo lejos, ya a pocas jornadas de Montevideo. Entonces los preparativos de la ciudad se volvieron febriles.

Las trincheras no estaban todavía concluidas: quedaban partes sin zanjas y sin muros de protección. De apuro se mandan demoler algunas casuchas próximas, y los mismos soldados se pasan los ladrillos de mano en mano para apurar el trabajo. Ese mismo retraso generó en la ciudad fundados temores: era previsible que Oribe quisiera aprovecharlo y entonces apresurara la marcha e iniciara de inmediato el ataque.

A las 10 de la noche de aquella víspera, el Comandante General de Armas de Montevideo, previendo esa eventualidad, mandó tocar generala para probar el temple y la eficacia de sus tropas. Por lo que se sabe, todos acudieron puntualmente a sus puestos asignados y el despliegue se cumplió con toda normalidad. Fue un mero simulacro, pero permitió comprobar que todo estaba a punto en el dispositivo defensivo de la ciudad.

Pero eso fue anoche. Hoy, 16 de febrero, ya no caben más simulacros: el Sitio se ha instalado y es ahora una palpable y dramática realidad. El Gobierno colorado de la Defensa lanza una proclama: *"El Ejército de Rosas está delante de esta Capital. El Gobierno cuenta con el patriotismo de sus habitantes: reposa en él y espera en la victoria. Desde este momento, todos los ciudadanos y habitantes llamados al servicio militar, deben estar en sus puestos"*.

Llegó la noche, y el clima de esa noche fue solemne. Se esperaba un ataque fulminante del ejército de Oribe, sacando partido de su superioridad numérica. Siete mil hombres de las tres armas componían el ejército sitiador. Teóricamente eran seis mil los de Montevideo, muchos de ellos improvisados, meros civiles sin experiencia militar alguna y adiestrados de apuro. Mien-

tras, completando por mar el cerco, la escuadra del Almirante Brown bloqueaba el puerto.

Durante toda esa noche el ejército montevideano permaneció con las armas empuñadas junto al muro de la ciudad. A lo largo de las horas no se escuchaba sino el "¡Alerta!" que daban cada tanto los centinelas. Fueron momentos sobrecogedores, en que Montevideo contuvo la respiración, esperando el ataque de un momento a otro.

Pero el ataque no se produjo. Cuando comenzó a clarear, los centinelas montevideanos no daban crédito a sus ojos: el ejército de Oribe había desaparecido. Intrigados con tan insólita novedad, los jefes montevideanos dispusieron de inmediato una exploración por la zona del Cerrito, misión para la cual fue destacada una partida de caballería al mando del Coronel Faustino Velazco. Llegaron hasta el Cerrito mismo sin encontrar nada.

Por su parte, el Comandante Marcelino Sosa, con 80 hombres, extendió la exploración más lejos todavía, por ser Sosa un excelente conocedor de aquel paraje de quintas, montes, callejas cortadas, cercados y zanjas. Esta columna colorada encontró a un grupo de soldados enemigos, que le salió al cruce. Tras un breve combate, Marcelino Sosa los dispersa, tomando algunos prisioneros. Es la primera acción bélica del Sitio Grande.

Nadie pudo explicarse en Montevideo por qué razón el General Oribe, contrariando todas las previsiones, no descargó esa noche una acción fulminante, prefiriendo retirarse a nuevas posiciones cuando tenía todas las de ganar. La ciudad recién sitiada respiró con alivio.

Así se vivió en Montevideo aquel primer día dramático y cargado de tensión. Lo que nadie podía sospechar entonces era que en ese desconcertante y angustioso 16 de febrero de 1843 se había inaugurado un Sitio que habría de durar la friolera de nueve años; el más prolongado, ciertamente, de los varios que debió soportar nuestra ciudad.

La única vez que el Uruguay acuñó su moneda

Hasta el día de hoy, y desde su origen como país, el Uruguay mandó a fabricar su dinero –billetes y monedas– en casas especializadas extranjeras, en particular inglesas y francesas. Hubo una única vez, sin embargo, en que las monedas se acuñaron aquí, en Montevideo; de una manera un tanto improvisada, en condiciones sin duda precarias y muy sobre la marcha. Pero el juego de las circunstancias no permitió otra salida, como veremos enseguida.

Ocurrió así en los primeros días del Sitio Grande, a poco de quedar Montevideo sitiada por los ejércitos de Oribe. Nuestra ciudad necesitaba urgentemente recursos para solventar los gastos de la defensa, y se pusieron en práctica diversos procedimientos, algunos extraordinariamente drásticos, como se vio en el tomo correspondiente de "Boulevard Sarandí". Y uno de esos recursos fue acuñar nosotros mismos nuestra moneda.

Con tal objeto, el Jefe Político de Montevideo, que era Andrés Lamas, se dirigió al gobierno con fecha 9 de noviembre, proponiéndole fundar en nuestra ciudad una Casa de Moneda. La idea es aceptada, y entonces el Ministro de la Guerra, Melchor Pacheco y Obes, inicia una suscripción con ese fin.

Lo primero fue tratar de recolectar toda la plata que fuera posible, a través de donaciones voluntarias (o más o menos...) de las familias pudientes; aunque fuera plata labrada, a falta de primitiva. Y así se recibieron donativos de vajillas, joyas, estribos, empuñaduras de cuchillo, etc., con tal de que contuvieran algo del preciado metal.

Cuando Pacheco y Obes –cuya rigidez y mano dura eran proverbiales– encontró en las familias alguna reticencia, no tuvo ningún reparo en requisarles sin el menor miramiento la plata que se les pudiera encontrar. Hasta mucho tiempo después esas familias pudientes se quejaron del "despojo" a que fueron sometidas por el temido Ministro de la Guerra.

Tampoco las iglesias escaparon a las requisas forzosas. Ornamentos de los templos, cruces de altar, atavíos y adornos de las figuras sagradas, fueron a parar a la flamante Casa de Moneda para ser fundidos.

El día 13 de noviembre se promulgan dos leyes. La primera autoriza al Poder Ejecutivo a acuñar moneda de cobre hasta por la cantidad de 80 mil pesos; la segunda, moneda de plata de diez y medio. El peso y el valor de las monedas a acuñarse equivalían a las de un duro español.

Dos montevideanitos ante la cámara de J. Vigouroux, Avenida de La Paz entre Colonia y Mercedes.

¿Cómo era el diseño de esta moneda, única acuñada en Montevideo? En el anverso tendría las armas de la República, y en el reverso las nueve estrellas equivalentes al número de Departamentos con que contaba entonces el país, con una leyenda en gran destaque que rezaba "Sitio de Montevideo".

De inmediato se instaló la Casa de Moneda en el edificio que servía de cuartel a la Casa Central de Policía. Pero el local se encontraba en pésimas condiciones, de modo que, con la mayor premura, debieron hacérsele importantes reparaciones.

Relata un testigo: "*No había una cuarta de piso, una sola puerta, una reja, que no hubiera sido o construida de nuevo o recompuesta. Era el patio interior una laguna profunda e infecta. Hubo que agotarla, nivelar el terreno y enlosarlo. Y allí se construyeron dos grandes galpones de 41 varas de largo por 5 y medio de ancho para los talleres*".

Pero no sólo el local: también había que construir los equipos necesarios para la fundición de la moneda. Sin abundar en detalles técnicos, que abrumarían innecesariamente, baste decir que se fabricaron 6 hornallas, varios reverberos, crisoles y fraguas. Y hubo que contar con máquinas especiales para cortar la moneda, acuñarla, tornearla, grabarla, etc.

Resultan asombrosas, casi increíbles, la prontitud y eficacia con que fueron ejecutadas estas obras y trabajos. A menos de tres meses de aprobada la

iniciativa tiene lugar la inauguración de la Casa de Moneda, el 2 de febrero del año siguiente. Fue, por lo demás, la primera Casa de Monedas que existió en el Río de la Plata.

Ese día se acuñaron las primeras cuatro monedas de plata nacional. En una ceremonia de especial solemnidad, se puso en manos del Presidente don Joaquín Suárez la primera de ellas, en tanto que las restantes se repartieron entre los Ministros de Estado. En total se acuñaron en Montevideo unos mil quinientos pesos en monedas de plata, que después –dicho sea de paso– salieron de circulación.

En la ceremonia inaugural se pronunciaron discursos inflamados, que se encuadran a no dudarlo en la nueva retórica que acababa de poner en boga el romanticismo recién llegado a nuestras playas: *"Aquí está, señor Ministro, la hoja gloriosa y de servicio de la valiente guarnición de Montevideo. Aquí dice "Sitio de Montevideo" y dulce será para nuestros bravos en armas el decir en los tiempos venideros*: *yo fui uno de los que resistieron los rigores de este sitio, de los que domaron –ante frágiles muros– el poder de los esclavos que desde el Plata llegaron a tocar con su lanza sangrienta y victoriosa los hielos de los Andes y las puertas de Montevideo. Fui uno de los que alzaron en las cuchillas de la tierra oriental los colores de la Patria"*...

Floja retórica, en verdad, que no alcanzó a deslucir el significado de esa ceremonia donde se buscó exaltar la ocasión única y dramática en que a marchas forzadas se acuñó moneda propia en nuestra ciudad.

Exitos y desdichas de la primera anestesia en Montevideo

Estremece pensar que ya en pleno desarrollo de la Guerra Grande, los heridos de ambos bandos, así se tratara de amputaciones completas, debían ser operados sin el alivio de ninguna anestesia, simplemente porque ninguna había llegado todavía al conocimiento de nuestros cirujanos... Es de imaginar los sufrimientos atroces de aquellos infelices que tenían la desgracia de caer bajo la metralla devastadora o los afilados sables enemigos.

Hasta que un día de octubre de 1846 aparece publicada en el prestigioso diario montevideano "El Comercio del Plata" una noticia llamada a tener enor-

me repercusión médica entre nosotros: en Europa se acababa de aplicar por primera vez un anestésico eficaz en una operación quirúrgica.

Y a continuación el diario lanzaba el obvio desafío, que podía sonar a temeridad dadas las precariedades con que actuaban nuestros médicos en aquellas circunstancias dramáticas y penosas como son las de toda guerra en marcha: "*Confiamos en que los celosos y experimentados cirujanos de Montevideo, a quienes nuestros heridos han debido tantos cuidados en esta guerra, se apresurarán a hacer la experiencia de este descubrimiento*".

Esa primera anestesia aplicada en Europa se preparaba con éter sulfúrico y era de obtención bastante sencilla. De modo que poco después, respondiendo a la exhortación del diario, se hace la primera prueba en Montevideo. Había en nuestra ciudad varios profesores de farmacia y química capacitados para preparar el anestésico (entre ellos un francés de apellido Prosper, bisabuelo materno del autor de este libro). Y lo que sobraban, por cierto, eran desdichados en quienes probar el novísimo producto, pues los distintos hospitales de sangre de Montevideo desbordaban de heridos de guerra.

Por lo que se sabe, fracasaron varias de las primeras tentativas, con la decepción consiguiente de médicos (pero más de los pacientes...). Hasta que el 2 de mayo de 1847, un cirujano de la Legión Francesa que defendía a Montevideo, Adolfo Brunel, informó a la redacción del diario antedicho que acababa de operar anestesiado y con pleno éxito a un artillero de 52 años de edad y de nacionalidad española. Y ésta fue –vale la pena subrayarlo– la primera vez en América que se aplicó la anestesia en un acto quirúrgico.

Pocos días después, el 6 de mayo, el mismo "Comercio del Plata" hace saber que otro médico de Montevideo, esta vez un italiano llamado Bartolomé Odicini, había practicado una segunda operación utilizando el mismo anestésico preparado en la botica de Augusto Las Cazes y administrada por el Ayudante Mario Isola (un genovés que, según puede verse en el tomo III de "Boulevard Sarandí", introdujo poco después la iluminación a gas en nuestra ciudad...).

A partir de entonces, se operó varias veces más con aquella primera anestesia; pero no siempre la experiencia resultó exitosa, debido más que nada a los rudimentarios aparatos inhaladores.

Un año más tarde –comienzos de 1848– se empieza a aplicar en Montevideo un nuevo anestésico considerado más eficaz y perfeccionado que el anterior. Se trata del cloroformo; aunque en aquel momento, bajo influencia francesa, se le denominaba "cloroforme", con "e" final.

El nuevo producto despierta el entusiasmo de nuestros cirujanos, por cuanto se comprueba que es mucho más poderoso que el anterior éter sulfúrico; y entonces, como es comprensible, se suceden verdaderas carreras entre nuestros boticarios para preparar con la mayor premura la nueva anestesia que los cirujanos de guerra –Fermín Ferreira, Bartolomé Odicini, Henrique Muñoz, entre otros– se apresuran a aplicar en sus operaciones.

No faltaron tampoco las notas tragicómicas en estas corridas por incorporar adelantos y progresos en este campo incipiente de la anestesiología. Así, ocurre un día que un diario publica la noticia venida de Francia, anunciando que se ha comenzado a utilizar una sustancia llamada "aldeína", con tal poder anestesiante, que en poco tiempo resultará destronado el "cloroforme" como anestesia favorita de los cirujanos.

Entonces, un químico o boticario de Montevideo (no el bisabuelo del autor) se apresura a hacer la prueba entre nosotros; pero confunde aldeína con aldeída, y prepara un producto que, por supuesto, no tuvo el menor efecto anestesiante. Es de imaginar la desesperación del paciente y del cirujano (en ese orden).

No resulta difícil seguir el desarrollo de los acontecimientos en este campo de los primeros anestésicos, porque el mismo diario que lanzó la noticia de su inicial aparición, "El Comercio del Plata", siguió informando casi día a día de los logros conseguidos entre nosotros. Es que los propios boticarios, entusiasmados con las conquistas, y acaso deseosos de difundir sus éxitos personales, eran los primeros en enviar al periódico muestras de los productos y noticias minuciosas de su aplicación feliz...

En la segunda mitad del siglo XIX

Omnibuses tirados por 84 mulas

Así es: el primer ómnibus con que contó Montevideo fue a tracción a mulas; cuatro o cinco por unidad. Pero fueron 84 las que, en conjunto, atendieron a los vagones que prestaron ese primer servicio de transporte colectivo.

Para calibrar en sus justos términos este cuadro que combina mulas y vagones, tenemos que trasladarnos al año en que se firma por fin el tratado que da por concluida, después de doce años interminables, la devastadora Guerra Grande: 1851.

En ese momento teníamos, de un lado, la ciudad de Montevideo, reducida a lo que es hoy la Ciudad Vieja; y del otro la Villa de la Restauración, que en ese momento de euforia pasó a llamarse la Unión. Y entre Montevideo y la Unión prácticamente no había nada, como no fueran algunos caseríos, quintas aisladas, poca cosa más.

El camino que unía a esos dos núcleos tan distanciados entre sí era prácticamente inexistente, sembrado como estaba de baches, pastizales y más que nada pantanos, que lo hacían casi intransitable. Alrededor de quince o veinte pantanos, se calcula. Y para sortearlos había que desviarse a cada poco rato y no dudar en meterse incluso en propiedades particulares para seguir adelante.

Aunque ya se hizo referencia a la vastedad de estos pantanos en el tomo III de "Boulevard Sarandí", baste recordar que frente al Cementerio Inglés de entonces (donde hoy se levanta el Palacio Municipal) había uno de tal tamaño que, para taparlo, hubo que echarle 1.320 pies cúbicos de piedra, tierra y pedregullo...

Frente a la actual Plaza de los Treinta y Tres había otro pantano de mayor extensión todavía. Y seguía uno muy considerable frente a la actual Universidad; otro por lo de la Gallinita, después Municipio, hoy Martín C. Martínez; y otro más frente al que es hoy el Parque Central, y así sucesivamente. Ese recorrido entre el Centro y la Unión que hoy hacemos en unos veinte minutos de ómnibus, entonces podía insumir cerca de una hora y media o dos, y con un andar más que accidentado.

Agreguemos que para recorrer semejante distancia había que contratar algún carruaje particular, que cobraba alrededor de medio patacón la ida y vuelta (unos 48 centésimos). Pero ése era el precio si el cochero estaba de buen humor, porque de lo contrario podía subir la tarifa cuanto se le antojase, y el cliente ni chistar porque corría el riesgo de quedarse de a pie chapaleando entre los pantanales.

Frente a este estado de cosas, y en vista de que la paz flamante autorizaba venturosos sueños de futuro, un grupo de vecinos de la Unión resuelve instaurar una comunicación regular con Montevideo. Lo primero que hacen es fundar una entidad que se llamó "Sociedad de Omnibus" y que fue presidida por un prestigioso ciudadano unionense, don Norberto Larravide, recordado por una calle muy céntrica del hoy barrio de la Unión.

En 1853 queda constituida la sociedad con un capital de 4.800 patacones integrados por acciones. Pero se ve que estos vecinos visionarios e inquietos se venían moviendo desde mucho antes en torno a este proyecto, porque cuando se fundó la Sociedad, ya los primeros ómnibus –que eran de fabricación inglesa– venían en viaje. Quince días después ya estaban en la Aduana las dos primeras unidades.

Eran unos pequeños vagones con capacidad para 24 personas, aunque después, puestos a andar, albergaron habitualmente entre 28 y 30 pasajeros, que no se sabe bien cómo llegaban a acomodarse en ese espacio.

Un detalle pintoresco de estas unidades inglesas era que tenían lo que se llamaba "el imperial", esto es, una planta alta completamente descubierta que hacía |as delicias de los viajeros y era muy disputada cuando nuestro clima imprevisible permitía ir gozando de aquel balcón encantador.

El domingo 24 de abril de 1853 fue día de fiesta para todo el vecindario entusiasmado con el nuevo juguete. Uncidas las mulas correspondientes a cada unidad, fueron dos vagones los que entraron en circulación entre los aplausos y plácemes de los que no se quisieron perder el espectáculo. Ese primer día, los vagoncitos hicieron tres viajes cada uno en su trayecto Unión-Montevideo-Unión, transportando en total a unas 200 personas que se apretujaron para ser ellos los inauguradores de los flamantes vehículos nunca vistos.

El precio del recorrido era barato, al menos en comparación con lo que habían costado los carruajes hasta entonces: 10 centésimos, que todo el mundo pagó de muy buena gana. Los puntos terminales del recorrido eran, en Montevideo, la Plaza Independencia; y en la Unión, la parada de las diligencias que

salían para el Interior. En la terminal de la Unión comenzó a funcionar una fonda y posada, donde se podía tomar algo y reunir fuerzas antes de emprender el viajón hasta el remotísimo Montevideo...

Y allá marchaban nuestros primeros ómnibus traccionados por mulas, traqueteando entre pantanos a lo largo de las actuales 8 de Octubre y 18 de Julio. Los montevideanos reventaban de novelería y orgullo ante la recién llegada conquista que hacía olvidar en parte las amarguras de la Guerra recién terminada. Aquellos ómnibus se les aparecerían, tal vez, como el símbolo de las realizaciones progresistas que, con seguridad, la paz iba a traer consigo... (sin sospechar que muy pronto los hechos arrojarían por tierra las más acariciadas esperanzas).

En honor de los organizadores unionenses de esta primera Compañía, hay que decir que todo se hizo a crédito: la compra de los dos ómnibus, las obras de la estación terminal y la adquisición de las 84 mulas que hicieron falta para alternarse en tirar de los vagones. Tal era la confianza que inspiraban esos hombres en el vecindario, que todo lo consiguieron e hicieron antes de haber colocado la totalidad de las acciones y antes aún de cobrarlas.

Tan floreciente fue este negocio desde el principio, que a las pocas semanas de inaugurado el servicio se encargaron tres nuevas unidades, esta vez a Francia; con lo cual nuestro vecindario quedó más contento todavía, pensando que tendríamos ómnibus igualitos a los que circulaban por la mismísima París, que ya era la Meca soñada de todo buen montevideano.

Lástima que, en cambio, las 84 mulas fueran criollas, apenas, y bastante rústicas según cuentan.

Duelo a dos pistolas con una sola bala

Juan Carlos Gómez hizo de la hidalguía romántica un estilo de vivir. Abundan los episodios donde exhibió este rasgo de su carácter; pero en pocos se lo ve lucir con tanta grandeza y dramatismo como en un enfrentamiento personal que pudo llevarlo a la muerte.

Hombre principista, apasionado político, practicaba un periodismo combativo que muchas veces lo llevó a protagonizar polémicas con adversarios que no le iban en zaga.

En cierta ocasión le tocó enfrentarse con un periodista argentino, Nicolás Calvo, famoso por su lenguaje agresivo que no tardaba en llegar hasta el agravio personal; y como era un excelente esgrimista y practicaba con asiduidad el tiro al blanco, casi siempre culminaba sus disputas con un desafío a duelo en el que llevaba todas las de ganar.

Desde diarios rivales, Juan Carlos Gómez y Nicolás Calvo se enfrentan en una prolongada polémica, que iba subiendo de tono y temperatura, hasta que el uruguayo, harto ya de las bravatas de su rival, estampa en su artículo la frase siguiente: *"Hay algo de innoble y de cobarde en gastar veinte años de la vida en ejercitar la destreza de las armas y las fuerzas del músculo, para presentar por cualquier causa el "cuco" de la punta de un florete o de la boca de una pistola"*. Y remataba su artículo tratándolo de matón, y otra vez de cobarde.

La reacción indignada del argentino no se hizo esperar, y entonces le contesta a Juan Carlos Gómez haciéndole la siguiente insólita propuesta: *"Usted me llama espadachín y cobarde. Eso es villano. He aquí la prueba de que usted miente: le propongo meter dos pistolas en una bolsa, cargada una y la otra vacía, y tirar a la distancia que usted elija. Para hacer esto no se necesita tener destreza: basta tener corazón"*.

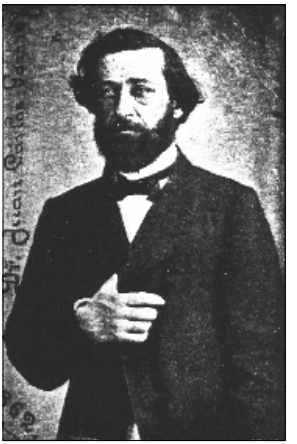
Como se ve, lo que proponía Calvo era una especie de ruleta rusa en la que sólo el azar, de una manera ciega y cruel, elegiría a la víctima. Pero Gómez no vaciló ni un segundo: *"Tengo por regla no desafiar jamás, pero también no rechazar ningún desafío"*.

Los contendores designan a sus padrinos y el duelo queda concertado de inmediato. En una madrugada, los dos rivales se encuentran en una callecita de sauces solitarios. De acuerdo con lo convenido, los dos padrinos cargan una sola de las pistolas con una bala "de tres cuartos" –especifica el acta–, y luego colocan las dos armas en una bolsa.

Se sortea a continuación quién deberá extraer primero una de las pistolas. Le tocó en suerte a Calvo, quien saca un arma de la bolsa. La otra le es entregada a Gómez. Los padrinos explican cómo se desarrollará el duelo: los dos rivales se colocarán a una distancia de quince pasos cortos; los padrinos darán tres palmadas y a la tercera dispararán ambos.

Así se hace. Los dos duelistas se han puesto a la distancia acordada, se apuntan cuidadosamente y a la tercera palmada... no disparan los dos, sino únicamente el argentino. Gómez se abstiene de hacerlo. Pero de la pistola de Calvo no sale ningún tiro: le había tocado la pistola vacía.

Juan Carlos Gómez, duelista hidalgo y... corajudo.



Desde ese momento, Calvo queda a merced de Juan Carlos Gómez. Este no deja de apuntarlo con su pistola cargada. El momento es sobrecogedor. Calvo, indefenso, espera el desenlace, que no va a demorar. Los padrinos, angustiados, se disponen a auxiliar a la víctima no bien la tragedia se desencadene. Enmarcando la escena, la naturaleza parece haber enmudecido.

Pero de pronto Juan Carlos Gómez levanta la pistola y dispara su tiro al aire, acompañando la acción con una frase de efecto, muy al gusto del romanticismo entonces en boga: *"He venido a morir y no a matar"*...

Y así concluye aquel duelo terrible: con ese gesto caballeresco y romántico de quien era un prototipo genuino de romántico y de caballero.

Para decir la estricta verdad, este episodio no ocurrió en Montevideo, sino en Buenos Aires. Pero se justifica incluirlo en estas historias de nuestra ciudad, no sólo porque su protagonista fue montevideano de nacimiento, sino porque estuvo estrechamente ligado a importantes acontecimientos políticos que tuvieron su centro y su escenario en nuestra capital.

Sarmiento en el manicomio

Domingo Faustino Sarmiento visitó en varias ocasiones a Montevideo, con distintos motivos. Lo vimos en el Tomo II de esta obra presenciando alguna escena del Sitio de Montevideo durante la Guerra Grande. Pero concluida

ésta, retornó más de una vez a nuestra ciudad; y en una de esas ocasiones, ocurrió este episodio que nos muestra su carácter un tanto extravagante e imprevisible.

Llegado a Montevideo, se lo invita a dar una conferencia en el Manicomio, ignoro sobre qué tema y por qué en ese lugar preciso. El hecho es que allá marcha Sarmiento en carruaje y es recibido con muestras de respeto y consideración por las autoridades del establecimiento. El Director lo hace pasar a su despacho, donde conversan larga y amablemente.

Invitan entonces a Sarmiento a hacer una recorrida por las instalaciones del Manicomio y visitar las salas donde se hallan recluidos los pacientes. Pero Sarmiento rehúsa con sonrisa socarrona: *"No, no, ya bastante se dice por ahí que me falta la necesaria cordura, como para arriesgarme a una confusión y que terminen diagnosticándome quién sabe qué enfermedad real"...*

Todos ríen de la ocurrencia y le proponen recorrer en cambio los hermosos jardines de la quinta de Vilardebó. Sarmiento acepta de buen grado, y entonces salen en comitiva, acompañados por varios médicos y algunas hermanas de caridad.

El paseo se va desarrollando en medio de una charla amable, en la que sobresale la locuacidad y la gracia proverbiales de Sarmiento. Pero de pronto el invitado enmudece, se detiene en seco, deja con la palabra en la boca al Director, y rápidamente se aparta del grupo sin dar razón alguna. Todos se miran sorprendidos.

Sarmiento se encamina con paso resuelto hacia un cantero próximo, sin vacilar se interna en él, luego se detiene abruptamente y allí se queda inmóvil, sin hacer el menor caso de los demás.

Nadie puede entender la razón de aquella insólita actitud. Los médicos se cruzan miradas de desconcierto. Parecen decirse: *"¿Entonces sería verdad, nomás, que el gran Sarmiento...?"* En ese momento lo ven agacharse, forcejear un momento y volver a ponerse de pie. Poco después Sarmiento regresa al grupo, que lo recibe con cierta actitud prevenida.

A todos les sorprende la cara iluminada que trae Sarmiento, y una sonrisa infantil de oreja a oreja. En la mano sostiene una florcita amarilla insignificante, que él exhibe como un mínimo trofeo que sin embargo lo llena de satisfacción. *"Cuando pasamos cerca, me pareció que era. Y no me equivoqué",* le dice al grupo que no deja de escucharlo todavía con algún recelo. Explica entonces que él es un botánico aficionado, cosa que nadie sabía, y la flor que

encontró pertenecía a una variedad rarísima que hacía tiempo buscaba infructuosamente.

Todos respiraron aliviados, mientras Sarmiento hacía girar entre sus dedos la florcita que tanto lo alegraba. Pero en sus ojos había una chispa divertida, mientras observaba atentamente a cada uno, entendiendo el azoramiento que todavía no se había borrado de sus rostros: ¡buen susto les había dado!...

Un extravagante en el Cementerio Central

El primer cementerio que tuvo Montevideo y que puede considerarse tal, comenzó a funcionar en 1808. Se lo estableció bien lejos de la ciudad, como aconsejaron los médicos. Y entonces se eligió un vasto espacio... en las actuales Andes y Durazno, como vimos en otro apartado.

Pero andando el tiempo, al expandirse Montevideo, Andes y Durazno ya no fue "lejos", sino "dentro" de la ciudad. Había que alejar de nuevo el cementerio principal; ¿y qué más lejos –pensaron los montevideanos de entonces– que la zona donde hoy se encuentran Yaguarón y Gonzalo Ramírez? Y allí mismo se lo emplazó, sin prever que poco tiempo después Montevideo seguiría su marcha hacia el este, dejando al cementerio englobado otra vez dentro de una urbe que no cesaba de expandirse.

Los primeros tiempos del Cementerio Central –hay que decirlo– fueron lamentables. Tanto que el Jefe Político de Montevideo, no mucho después de terminada la Guerra Grande (digamos 1855), se propone mejorarlo, aunque reconoce la falta de recursos que padece el país devastado por la contienda. Entonces resuelve hacer una suscripción entre el vecindario, con la que pensaba pagar al menos el revoque de los muros y ponerle números de mármol a los nichos, que ni eso tenía nuestro cementerio... principal.

Recién cuatro años más tarde, bajo la presidencia de Gabriel Antonio Pereira, se pudo pensar en mejorar realmente al Cementerio Central, para ponerlo a tono con la jerarquía que iba adquiriendo la ciudad. Una de las primeras obras que se encaran es la construcción de una Rotonda que sería revestida con nichos por fuera y por dentro.

El domingo 14 de agosto de 1859 se coloca la piedra fundamental de la que iba a ser suntuosa rotonda, para cuyo acto fueron designados "padrinos" el

Presidente de la República y su esposa. Pero fue un domingo lluvioso como pocos, y azotado por fuertes vientos, razón por la cual los padrinos faltaron a la cita. Dos Ministros de Estado asumieron la representación oficial en el acto solemne, al precio de quedar calados hasta los huesos.

La obra terminada resultó bastante costosa para aquellos tiempos. Al arquitecto Poncini, que la diseñó, y al maestro constructor Rusiñol, se les pagaron $ 3.858. Los mármoles para el piso y el altar costaron $ 4.000. Los adornos y acabado internos y externos se llevaron otros $ 3.000. Al escultor Livi (que sería después el autor del monumento conocido popularmente como Estatua de la Libertad) se le pagaron 800 patacones por su grupo escultórico "Descendimiento de la Cruz". Las puertas de hierro se fundieron en los talleres de Ignacio Garragorri y las barandas circundantes fueron forjadas por otro especialista de nombre Menditeguy. Ambos rubros se pagaron a razón de 3 pesos la vara.

Esta Rotonda –actual Panteón Nacional– era la parte oficial del Cementerio; después vendrían los particulares, con sus construcciones fúnebres propias. También se realizaron obras de enjardinado y embellecimiento, que terminaron convirtiendo a nuestro Cementerio Central en uno de los más importantes del Continente. Tan es así que por mucho tiempo los viajeros que visitaban Montevideo se trasladaban especialmente hasta el Central para admirar a la que se consideraba una de las construcciones más señaladas de nuestra ciudad.

Y aquí aparece un personaje bastante pintoresco e inexplicable, vinculado a la historia de nuestro Cementerio; probablemente un chiflado, un hombre extraño y de carácter imprevisible: el pintor italiano Baltasar Verazzi, que tuvo a su cargo la decoración pictórica de la Rotonda.

Primera rareza: cuando terminó su obra, colocó en una parte bien visible una leyenda en idioma italiano que, traducida al español, rezaba así: *"Baltasar Verazzi realizó esta pintura. 1863. Natural de Caprezzo, Alto Novarese, Italia. Este fresco ha sido pintado sólo por el dinero de los gastos; el trabajo personal ha sido dado de regalo a la Iglesia, así queda memoria del autor"*.

Pero esto, aunque insólito, no era nada comparado con lo que venía después: *"Es una vergüenza para la República Argentina, donde son bárbaros para las bellas artes, las infamias que el Primer Presidente General ha hecho sufrir a este artista. Las consecuencias han sido funestas"*. El extraño exabrupto se explicaría porque este pintor Verazzi había tenido fuertes choques con el

Una familia completa presidida por los bigotazos patriarcales.

General Justo José de Urquiza por el precio de algunos cuadros que le pintó.

Como es natural, las autoridades uruguayas, no bien enteradas del texto del letrero sobreagregado al fresco, lo mandaron borrar. Por lo demás, no parece cierto que el pintor extravagante realizara gratis su trabajo en nuestra Rotonda, pues hay constancia de que se le pagaron $ 1.000...

En fin, aseguran los entendidos que la pintura de Verazzi no valía gran cosa, y además muy pronto se deterioró: apenas duró unos veinte años. En 1884 se le encargó a Juan Manuel Blanes una pintura que la sustituyera. Se le ofrecieron también mil pesos, dejándole total libertad para elegir su tema. Blanes optó por representar una glorificación del Padre Eterno, donde aparecían también los cuatro evangelistas. Y el 1ro. de noviembre de ese mismo año 84, Día de Todos los Santos, la Rotonda se abrió al público exhibiendo la nueva pintura.

Del chiflado Verazzi no quedaron ni noticias.

Los pescadores de tobillos

En el Montevideo de los años 1860 o 70, las mujeres usaban largas polleras que caían hasta los pies; y era común que, cuando iban por la calle, señoras y señoritas tuvieran que recogerse las faldas para no ensuciarlas. La operación de recogido de la pollera se hacía con la mano izquierda, ya que la derecha estaba indefectiblemente ocupada en cargar con el abanico, la cartera o la sombrilla, según los lugares y las épocas.

Como se ha relatado más de una vez, este acto de recoger levemente la falda se convertía en un momento de enorme emoción y de secretos significados para los incontables mirones que, apostados en lugares estratégicos, registraban conmovidos los más menudos detalles de la exhibición involuntaria.

Como suele ocurrir con casi todas las cosas de este mundo, hubo mujeres muy artistas y mujeres muy torpes en esto de recogerse las faldas. Estas últimas se limitaban a levantarlas nada más que lo indispensable, y lo hacían con ademán soso y rutinario, carente de toda gracia e intención. ¡Pero las primeras, las artistas, las magníficas!

Con habilidad consumada, aparentaban realizar un acto casual, distraído, obligatorio; pero en realidad revestían al operativo de todo un caudal de sabiduría sutil que iban volcando con finísima coquetería en cada giro de la mano, en cada presión sobre el pliegue conveniente, en cada alzamiento calculado del borde, cuidando que jamás excediera de una altura sugestiva, pero tampoco que se quedase corto...

Todas estas féminas sabias conocían las ventajas probadas de ser avaras en el mostrar, de modo que siempre se atenían a esta regla de oro. Contaban, además, con el carácter morboso e inhibido de los montevideanos de entonces, para quienes no había nada más devastador que la insinuación velada. Y en efecto, aquellas damas y damiselas, cuando sabían develar lo indispensable, dejaban el tendal entre los maniáticos observadores.

Según relatan los costumbristas de la época, no bien algún afortunado lograba atisbar la dulce curvatura de un tobillo, salía corriendo hacia la rueda del café que frecuentaba, a contarles a sus camaradas, con lujo de detalles, lo más relevante de su descubrimiento. Y su crónica febril daba lugar a no menos febriles análisis anátomopsicológicos acerca del significado de aquellas leves curvas apenas entrevistas; sin que faltaran, para completar, sesudas comparaciones con memorables tobillos que otros habían descubierto antes en otras,

Imponencia de una señorona fotografiada por F. Brunel (San José entre Convención y Arapey). Pedir hora.

así fuese semanas o aún meses atrás (pues la memoria enfermiza de aquellos galanes era capaz de llegar desusadamente lejos).

Ciertamente, había atalayas de preferencia donde los más entusiastas no perdían oportunidad de "pescar tobillos"; lugares donde, por un motivo u otro, se congregaban las bellas de la época y donde por lo tanto abundaban las oportunidades de entrever algo.

El apostadero preferido era la salida de misa de 1 de la Iglesia Matriz, los domingos o fiestas de guardar. Muchas de las asistentes al oficio religioso tomaban después el tren de caballitos del Este, que tenía allí su punto de partida, y que después de dejar nuestro Boulevard Sarandí, bajaba por Ciudadela hasta Soriano, siguiendo por Constituyente, Lavalleja, Defensa y Brandzen, hasta terminar en el llamado Campo Chivero, después Parque de los Aliados, hoy Parque Batlle.

Estos trenes de caballitos tenían el pescante bastante alto, de modo que las que quisieran subir tenían que levantar el pie más de lo habitual... con el beneplácito de la legión de mirones que se habían apostado religiosamente en la

esquina de la Matriz; mucho más religiosamente, por supuesto, que en la propia misa a la que acababan de asistir.

Otra cámara de torturas de nuestros galanes de los años 60 o 70 del siglo pasado, fueron los baños de mar. Ya sabemos que eran baños rigurosamente separados, porque a nadie se le hubiera ocurrido pensar que pudieran ser mixtos. Tanto en la Playa Ramírez como en la de los Pocitos, las mujeres tenían su zona propia, los varones la suya (cuentan que había un tercer sector exclusivo para caballos), separadas por alrededor de... 200 metros.

¡Y pobre del varón que intentase asomarse a la zona femenina, y mucho menos arrimarse a ella!, pues arriesgaba terminar en la comisaría. En efecto, siempre había apostado en las zonas críticas un ceñudo policía vigilando el lugar; y si alguno se hacía un poco el distraído y remoloneaba por allí tratando de entrever algo a la distancia, el guardiacivil le caía con voz de muy pocos amigos: "¡Circule, circule, que aquí no se puede estar!"

No faltó, sin embargo, algún audaz que incursionara a nado por la zona femenina. ¡Para qué! Griterío de chicas horrorizadas, conmoción en la playa, tipo en la comisaría.

Uno se pregunta intrigado qué podrían divisar estos curiosos aunque detectasen alguna bañista en la lejanía: pues se la hubiese encontrado enfundada de pies a cabeza en horribles pantalones y blusas negras y antiestéticas, más detestables aún que los ridículos mamelucos que vinieron después, en el 900.

Para completar el cuadro, tomemos nota de que aquellas chicas de los años 60 y 70 no se pintaban ni los ojos ni los labios, porque esas prácticas quedaban para las artistas de varieté o las mujeres de mal vivir. Las de bien vivir, en cambio, lo más que hacían era untarse el cutis con una crema inglesa que servía para adherir los polvos a la piel. Pero eso lo hacían sólo dentro de casa, casi a escondidas, y jamás a la vista de algún hombre, así fuese de la familia...

Con mujeres tan segregadas, tan cercadas, ¡como para no ser morbosos mirones los de aquellos tiempos, fanáticos pescadores hasta de los más mínimos tobillos! (Al revés de los de hoy, que ya no tenemos nada que pescar, abolidos como fueron todos los misterios).

Una quema en la Plaza Independencia

La escena es única en toda la historia de Montevideo: nunca volvió a repetirse algo parecido.

Se había levantado una especie de tablado próximo a la calle Florida, tal vez en las inmediaciones de donde hoy se encuentra el Victoria Plaza. En cada uno de los ángulos del escenario improvisado flameaba una bandera: dos uruguayas, una de Artigas, otra del año 25. Y en medio se había erigido una columna que simbolizaba la Independencia.

Pronto se van ubicando junto al tablado piquetes militares con sus bandas de música. Forman también las escuelas públicas. Poco después arriban autoridades nacionales encabezadas por el Presidente de la República y sus Ministros, que ocupan sus lugares en el estrado. Los rodean numerosos legisladores, figuras políticas de gran relieve, jerarcas militares.

Sobre una mesa próxima al Primer Magistrado, puede verse una caja de la que sobresale un mazo de papeles. Un poco más lejos arde un brasero.

Se declara abierto el acto con la mayor solemnidad. Hace uso de la palabra el señor Presidente, y enseguida, una a una, se van quemando en el brasero las hojas que alguien va extrayendo de la caja. Cuando las hojas terminaron de ser consumidas por las llamas, las bandas militares interpretaron el himno nacional y las cenizas se esparcieron al viento en medio de vivas y aclamaciones.

Esta insólita ceremonia pública tuvo lugar al mediodía del 18 de diciembre de 1864, bajo un sol abrasador. El Presidente de la República era don Atanasio Aguirre, ciudadano que militaba en el Partido Nacional. Estamos en las postrimerías del gobierno blanco, que pronto será derrocado por la Revolución encabezada por el colorado Venancio Flores con apoyo del gobierno de Brasil. (Pocos días después de este acto en la Plaza Independencia, las cañoneras brasileñas abrirán fuego sobre Paysandú, defendida por el general Leandro Gómez, inaugurando el célebre Sitio).

¿Qué eran los papeles que fue arrojando al fuego, uno por uno, el escribano de Gobierno Carlos Casaravilla? Todos ellos conformaban el texto completo de los llamados “Tratados del 51”, suscriptos durante la Guerra Grande, trece años antes, por el gobierno colorado de la Defensa con el Imperio del Brasil.

Los firmó en Río de Janeiro el enviado del Gobierno montevideano, Andrés Lamas, a quien se le encomendó, en ese 1851, que gestionara una alianza

militar con Brasil para que esta potencia se incorporara a la lucha contra Rosas. Brasil accede, pero impone condiciones muy gravosas que se traducen en los Tratados del 51, cinco en total: un tratado de límites (por el cual el Uruguay cede al Imperio partes del territorio que eran nuestras); un tratado de alianza; otro relativo a extradición; otro de préstamo, en condiciones muy rigurosas para nuestro país; y un quinto de comercio y navegación, con cláusulas que favorecen claramente al Brasil.

El Partido Nacional le reprochó siempre al Partido Colorado que hubiera aceptado estas condiciones y consideró a los Tratados del 5l una verdadera traición al país y una grave lesión de nuestra soberanía.

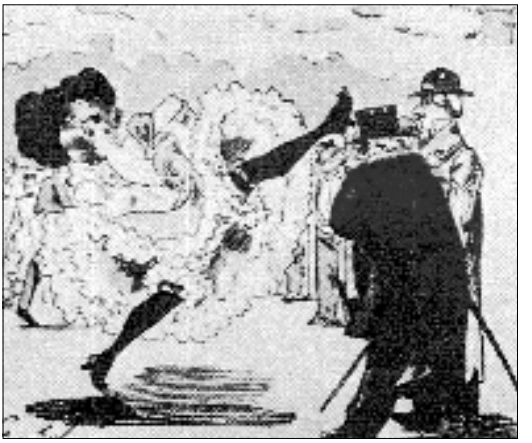
Por eso cuando el Partido Nacional llega al gobierno en el año 1860 con la presidencia de don Bernardo P. Berro, se dispone a dejar sin efecto estos Tratados con Brasil que siempre repudió. Y cuando pasa a ejercer la Presidencia interina del país el entonces Presidente del Senado don Atanasio Aguirre, él dicta un decreto extremadamente severo donde dispone *"declarar rotos, nulos y cancelados"* los Tratados del 51, *"arrancados violentamente a la República por el Imperio del Brasil"*, según dice textualmente el articulo 1ro. del decreto referido.

Y en concordancia con este propósito reivindicatorio, se resuelve llevar a cabo la destrucción pública de los Tratados en el acto solemne de la quema en la Plaza Independencia.

Un punto que dio lugar a controversias se refiere a la repercusión que tuvo en la ciudadanía el acto que se acaba de describir. Mientras unos afirman que fue acompañado por una verdadera multitud enfervorizada, otros pintan un cuadro de desinterés popular, asegurándose que la asistencia fue puramente protocolar. Y como no existen testimonios gráficos que nos proporcionen una imagen fehaciente de la concurrencia al acto, el punto quedará siempre sin dilucidarse.

En cualquier caso, y se juzgue como se juzgue el contexto histórico y político que explica la ceremonia de la Plaza Independencia, se debe reconocer que fue una escena irrepetida e insólita la que presenció Montevideo en aquel calcinante mediodía del 18 de diciembre de 1864.

Montevideanos absortos



El día en que París desembarcó en nuestro puerto

A pesar de los graves acontecimientos políticos y militares que se venían desarrollando en el país, la gente montevideana no pareció perder sus afanes farristas y frivolones; y como Montevideo, por lo que se ve, se había aburrido de ser Montevideo, decidió sin más convertirse en París. Se subraya: no meramente imitar a París –lo que no sería ninguna novedad–, sino ser París literalmente, aunque fuera por un tiempo. Esta fiebre se instaló entre nosotros allá por los años 1868 y 69, con los resultados inesperados que vamos a ver.

Todo vino porque hubo en Montevideo un grupo de serios varones que empezaron a envidiar la suerte de los varones serios de París, capaces de empaparse todas las noches con el burbujeo mareador del vertiginoso cancán en plena boga, de los frufrús provocadores donde perdía el seso el más pintado, y de la locura desenfrenada de los compases de Offenbach, que campeaba irresistible en los escenarios frívolos de toda Europa... mientras que nosotros teníamos que conformarnos con alguna que otra ópera aburrida en el Solís.

Se comprende que nuestros antepasados se sintieran asfixiados por estas chaturas uruguayanas, y fue entonces que resolvieron, todos a una, trasladar aquí a París tal cual era, e instalarlo en el centro mismo del casco urbano: por menos de eso no valía la pena. Quisieron por una vez, aquellos soñadores, un Montevideo picante, zafado, recreado sobre nuestros hastíos y rutinas por francesas auténticas, envasadas en origen.

Y como en el fondo aquellos caballeros pecaminosos no eran otra cosa que mercaderes y gente de negocios, no tuvieron otra ocurrencia que fundar, antes que nada, ¡una sociedad anónima! Cuándo no. Una respetable sociedad anónima –la cual, como es sabido, todo lo santifica– que hiciera posible conseguir el capital necesario para construir un teatrito ideado *ex profeso* para esta clase de zafadurías, pero también para solventar la importación de la mercadería indispensable, esto es, las francesitas que aquí desplegarían todo su cancán arriba del escenario.

A fines del 68 comenzaron a colocarse las acciones; y para que se vea que no era un simple ramillete de iluminados los que alentaron este ideal, en muy corto tiempo las acciones volaron. Y eran de doscientos pesos (que en aquel tiempo era plata), pagaderas en ocho mensualidades. Se quería alcanzar así la suma total de 60 o 70 mil pesos (que era muchísima plata), cifra que los financistas consideraron indispensable para conducir a buen puerto la empresa.

Resuelta de ese modo vertiginoso la financiación, vino luego el problema de ponerle nombre al teatrito que se iba a construir. Dados sus fines escabrosos, se trataba de conseguir un nombre que no lo fuera menos. Sin embargo, aquí los crasos montevideanos mostraron la hilacha de su presuntuosa cortedad pseudo-culta, y bautizaron al nuevo antro... ¡el Alcázar Lírico! Nada que ver con lo que aquellos descocados pensaban meterle adentro. ¿Quién pensaría encontrar pecado adentro de un Alcázar, y encima Lírico?

Menos mal que para compensar en algo tamaño desbarre, los abanderados de la empresa pusieron a su frente a un francés auténtico, de nombre más que prometedor: monsieur Armand de Tourneville, apelativo que parecía salido de algún melodrama febril. Y a este Tourneville se lo nombró gerente-administrador (no merecía menos la resonancia aristocrática del apellido), y le fue fijado un sueldo que puede considerarse dispendioso para aquellos días: cien pesos mensuales uno arriba del otro.

Siguiente punto a resolver: el emplazamiento del templo del pecado. Uno pensaría en un lugar discreto y algo escondido, para ayudar a los desplazamientos de una concurrencia que no querría exhibirse demasiado en pasos más que dudosos. Pues bien: la sociedad anónima compró un terreno... ¡detrás de la Matriz, a los fondos de nuestra magna Catedral! Allí se desplegarían los escandalosos desvaríos: Treinta y Tres entre nuestra púdica Sarandí y Rincón. Un magnífico solar, según cuentan. Se ve que ya nada detenía a aquellos desaforados salidos de cauce.

Una pareja que parece reflejar la solidez de una clase media que empezaba a hacerse estable.

Lo previsible ocurrió: no bien se conoció el proyecto, estalló un escándalo en la aldea como se recuerdan pocos. Es que la iniciativa venía a desafiar por igual a dos poderes inatacables de aquella sociedad: la Iglesia Católica y las esposas. Entre revuelos de sotanas y revuelos de polleras, el gallinero se alborotó (más por las polleras que por las sotanas, aunque éstas volaron).

Como es comprensible, las esposas montevideanas se vieron venir el Apocalipsis: ¿qué quedaría en pie de sus castos y púdicos maridos, una vez que cayeran en manos de esas satánicas francesas, sabedoras de artes escondidas y ciencias misteriosas que las mujeres decentes no eran capaces de imaginar siquiera?

La batalla fue encarnizada y feroz, tanto en la liza conyugal como en la parroquial. Las reyertas menudearon en las casas y los sermones en los púlpitos. Todo inútil: ya nadie era capaz de ponerles freno a los desatados montevideanos una vez que olfatearon el inminente descoque. Por más esposas y curas que se les cruzaron en el camino, el Alcázar Lírico siguió su marcha imparable.

Mientras el teatrito se iba levantando a marchas forzadas, las cartas a París iban y de París venían, ultimando todos los detalles. Una de esas cartas revolvió aun más el avispero: anunciaba que un 15 de agosto se embarcaría el Jefe de la Orquesta (¡oh!) y el director de escena (¡ah!), y que un mes después zarparía hacia América la Compañía completa con todos sus accesorios, incluido el accesorio principal, que era el lote de francesas.

Y para que los montevideanos fueran haciendo boca, pronto llegaron las fotografías de las chicas. “Todas exactas”, aclaraba aviesamente desde París don Armand de Tourneville. Nuestros novatos empresarios no podían creer lo

que veían sobre aquellas láminas a cual más incendiaria. Allí mismo habrían perdido la cabeza si no fuera porque ya hacía rato que no la tenían puesta.

¡Y qué decir de los nombres de las integrantes del elenco artístico! Nuestros bisabuelos temblaban de emoción al enterarse de que Mademoiselle Estaghel se llamaba la primera cantante; que Mlle. Pontois era la soprano; y Mlle. Perrichon la cantante joven; y Mlle. Cattel la ingenua; y Mlle. Manleon la característica; y Mlle. Pierron la confidenta!: ¿quién podría conservar la cordura?

Conviene hacer un alto aquí para salirle al cruce al pensamiento escéptico que tiene que estar pasando por las mentes de todos los lectores, como antes por la de este autor. Todos estarán anticipando que aquella absurda empresa terminó en fraude, en burda estafa, o que el proyecto se derrumbó de la manera más estrepitosa, o aún que estas francesas deslumbrantes al final no vinieron, o que si vinieron no eran nada deslumbrantes sino unos papagayos que nada tendrían que ver con las fotos anticipadas por el tal Tourneville, vulgar adulterador.

Pues no, señor: las francesas de las fotos fueron todas de verdad. Tal cual se las vio, así llegaron: muy capaces –al decir de una gacetilla de la época– "*de sacar de las casillas al más beato de los hombres*".

Y el 16 de noviembre de 1869, con toda pompa y los soponcios en la aldea que son de imaginar, se inauguró nomás el Alcázar Lírico, que resultó un precioso teatrito de variedades, con dos galerías altas y una fila de palcos bajos con reja (seguramente para contener a las fieras).

Lo más sorprendente fue el éxito de aquella inauguración, habida cuenta de las amenazas conyugales y las excomuniones anunciadas. Aquel teatro con capacidad para seiscientos espectadores, albergó más de mil, no se sabe cómo. Fue el gran acontecimiento artístico de la época, que dio tema para incontables meses de comidillas y chismorreos.

Tal vez lo más inesperado de aquella inauguración fue que estuvo repleta de... esposas. Se cuenta que acudieron en legión, no se sabe si por curiosidad malsana, o en menesteres de espionaje y vigilancia, o por ver si podían aprender algo de las artes de aquellas sabihondas importadas. Y las mujeres no sólo acudieron en la noche magna de la inauguración: también en las otras noches magnas que siguieron.

Y que fueron unas cuantas para nuestra módica escala: tuvieron que hacerse treinta funciones seguidas en las que el despiole, según las crónicas, fue

memorable, aunque no siempre bieneducado. En efecto –siguen las gacetillas–, nuestros bisabuelos se excedieron en gritos, silbidos, pataleos y vociferaciones, desacostumbrados como estaban a semejantes desbordes parisienses. Contra lo que pudiera creerse, no fueron los viejos verdes los más desacatados, sino los niños bien, que entonces eran llamados "jóvenes decentes" (entre comillas, claro está).

Es muy de lamentar, pero aquellos saludables desafueros y fulgores no duraron mucho. Los aventó la guerra, que todo lo troncha. Don Timoteo Aparicio se levantó en armas sin tomar en cuenta los afanes gloriosos de nuestros farristas montevideanos, y se aposentó sobre la ciudad una nubazón luctuosa que resecó frufruses y cancanes.

El final de la aventura fue penoso. Empezaron por cambiarle el nombre al templo del pecado, que de Alcázar Lírico pasó a llamarse, tardíamente y bien a contramano, Teatro Francés. Pero se habían acabado las importaciones de París, y a cambio se presentó en su escenario una pedestre compañía gimnástica americana, salpicada por otros números surtidos de chatura equivalente.

Como era justo después de tan abrupto desbarranque, la sala cerró sus puertas poco después y la divina ilusión que alimentaran unos cuantos alocados montevideanos quedó soterrada para siempre.

Un ascenso a Coronel en medio de la balacera

La batalla se hace encarnizada y menudean los tiros de uno y otro bando. Las fuerzas del Gobierno tratan de recuperar el pueblo de la Unión, tomado por las fuerzas blancas del insurrecto Timoteo Aparicio.

En la vanguardia del ejército gubernista peleaba el 3er. Batallón de Guardias Nacionales, integrado –dice un cronista– "*por muchachada selecta de Montevideo*". Era, si se quiere, la unidad mimada, que ocupaba un puesto de vanguardia en los desfiles; pero también lo reclamaba en las batallas más riesgosas.

Comandaba el 3ro. de Guardias Nacionales un oficial de bien ganado prestigio por su bravura y temple: el Comandante Zas, que en este encuentro de la Unión había gestionado para su batallón un puesto de avanzada. Por

cierto le fue concedido, y la unidad fue a ocupar su lugar con las banderas desplegadas.

Participaba en la acción el propio Presidente de la República, que lo era entonces el General Lorenzo Batlle, a quien acompañaba su Ministro de Guerra. Y en lo más nutrido del tiroteo se les acerca el Comandante Zas: *"Señores, con todos los respetos, les ruego que se retiren de aquí, porque se encuentran en una posición extremadamente expuesta"*. *"Tanto como usted"*, le contesta el Presidente. *"Pero yo soy solo un Jefe de Cuerpo. Usted es el Presidente de la República"*.

En ese momento arrecia el ataque enemigo y el fuego se redobla peligrosamente. El Comandante Zas, sin vacilar, se cruza con su caballo por delante del Presidente para protegerlo. El Presidente la grita: *"¡Retírese, Coronel!"* El Comandante Zas no se da por aludido. *"Le ordeno que se retire, Coronel!"*, insiste el General Batlle. El Comandante Zas se vuelve hacia él, sorprendido, y le pregunta: *"¿Es a mí a quien le habla?"* Y el Presidente: *"A usted mismo, Coronel Zas"*.

Recién entonces comprendió éste el sentido del nuevo tratamiento que el Presidente había insistido en darle por tres veces. Hizo una venia respetuosa y replicó: *"Como usted ordene, mi General"*. Y se alejó sin decir palabra.

Al día siguiente recibió los despachos confiriéndole oficialmente el grado de Coronel, que el Presidente le había otorgado entre las balas por su arrojo y desprendimiento.

Un Correo nacional que usa sellos extranjeros

Aunque hoy nos parezca inconcebible, hubo un tiempo en que, si un uruguayo enviaba una carta a Europa, tenía que presentarse en las oficinas del consulado inglés o francés y allí comprar estampillas de estos dos países. Sin ese requisito, no había forma de que la carta saliese fronteras afuera. Y eso que ya existía un Correo nacional.

Y no estamos hablando de épocas remotas de nuestro pasado: el Uruguay ya era hacía rato un país soberano y más que consolidado como entidad nacional, puesto que esto ocurrió hasta 1872; pero aun así seguíamos dependiendo de Inglaterra y de Francia.

Una Señora de su Casa con aire de Reina-Madre y su escalera de princesas-hijas.

Un aviso publicado en la prensa montevideana de 1870, muestra con toda claridad esta situación de dependencia: *"El paquete postal británico "Arno" saldrá para Brasil y Europa el día 29 de enero. La correspondencia franqueada con sellos postales británicos se recibirá en la Oficina de este Consulado General de Su Majestad Británica hasta las 8 de la mañana del día 29 de enero. Como el franqueo de las cartas se debe hacer por medio de sellos postales británicos, se avisa que estos sellos se venden hasta las 6 de la tarde del día 28, y pasada esa hora será imposible conseguirlos"*.

Digamos, por si sirve de consuelo, que esta supeditación a las dos potencias europeas no le era impuesta sólo a nuestro país: también a Argentina, Brasil y Paraguay, tal como si fuéramos factorías o colonias. ¡Pero si hasta la correspondencia oficial, la que enviaba nuestro Gobierno a sus agentes diplomáticos en Europa, tenía que pagar franqueo en los consulados inglés y francés!

Hasta que un día apareció alguien que se atrevió a decir "basta". Y para nuestro orgullo debemos decir que, antes que Brasil o Argentina, fue el Uruguay el que se decidió a terminar con esta situación a todas luces humillante.

Bajo la presidencia interina de don Tomás Gomensoro, se designó Ministro de Relaciones Exteriores al doctor Julio Herrera y Obes; y una de las primeras medidas que adoptó el nuevo Canciller fue salir a defender con energía nuestros derechos soberanos, para lo cual dictó un decreto muy firme denunciando esas prácticas postales de los dos consulados europeos.

Dice el decreto: *"Todos estos hechos son abusivos, porque no se apoyan en autorización legítima, y algunos importan invasión de atribuciones administrativas, ejercicios de actos de dominio y soberanía, que el Gobierno no puede ni debe consentir"*.

Luego de otras fundadas consideraciones, el decreto pasaba a la parte resolutiva: *"En consecuencia, y en uso de su más perfecto derecho, el Gobierno ha dispuesto que en adelante toda correspondencia que salga de la República, cualesquiera sean los buques que la conduzcan y los puertos a que se dirija, sea despachada por el Correo Nacional, sin intervención alguna de los consulados extranjeros"*.

Por cierto que esta medida generó resistencias en las representaciones diplomáticas europeas. Inclusive algún barco inglés llegó a rechazar correspondencia por tener sellos uruguayos y no británicos. Fueron necesarios meses de activas gestiones de gobierno a gobierno para que al fin Inglaterra y Francia reconocieran nuestro derecho a manejar por nosotros mismos nuestros asuntos postales.

La actitud uruguaya fue aplaudida calurosamente por los demás países afectados, y en particular por Argentina, cuyo gobierno había intentado más de una vez dar un paso similar, pero sin éxito alguno. En cambio ahora, el decreto firmado por Tomás Gomensoro y Julio Herrera y Obes les abrió el camino para poder reparar, por fin, una situación vergonzosa e inadmisible, que nuestros países soportaron por demasiados años.

Dos presidentes vistos por dos viajeros curiosos

A pesar de la abundancia de testimonios de viajeros que pasaron por nuestra ciudad, no es común encontrar opiniones sobre presidentes uruguayos. Recojo dos, reconociendo que no son deslumbrantes por su agudeza.

La primera pertenece a un aristócrata alemán de nombre algo intrincado: el duque Paul Friedrich Wilhem Von Wurttemberg, quien en 1852 tuvo ocasión de visitar a nuestro Primer Mandatario, Juan Francisco Giró.

"Visité al Presidente de la República, don Giró –dice con talante francamente confianzudo–, *quien me recibió en su aposento oficial de la Casa de Gobierno. Era un salón bastante amplio, lleno de escudos de Montevideo (?). El Presidente es un bello anciano de noble porte, trato amigable y sencillo, y sumamente prudente en su razonamiento. Este señor me conmovió al llegar caminando con la más torrentosa lluvia a la Casa de Gobierno, ya que no vive en el Centro de la ciudad ni posee medio propio de locomoción"...*

Treinta años después llega a Montevideo un norteamericano de nombre más transitable: Franck Vincent; y aunque no tuvo, como el anterior, una entrevista personal con el Presidente de entonces, que lo era el general Máximo Santos, se preocupó de describirlo cuando por casualidad lo divisó desde lejos. Su testimonio es algo más sabroso que el del germano, aunque con algún detalle un poco truculento.

"Por la noche fui a la ópera. Era una superficial pieza de Offenbach, cantada por una compañía española con una orquesta de treinta instrumentos. Lamento no poder alabar a ningún ejecutante, vocal o instrumental". Luego de dejar demostrada así su severidad crítica, agrega una observación costumbrista algo enigmática: *"Cuando salía me llamó la atención un curioso palco cerrado por celosías. Me informaron que estaba reservado para personas de duelo, que deseaban presenciar la función sin ser vistas. Es una costumbre de la que puede llegar a abusarse" (?).*

Y aquí llega el Presidente Santos, según la versión del norteamericano: *"Cuando estaba parado en la puerta para ver pasar a la "crema" (sic), me señalaron al general Santos, entonces Presidente de la República: un hombre muy pequeño, delgado, con una cara despejada, inteligente, vestido con sencillas ropas civiles, y seguido por un enorme negro correctamente uniformado"...*

Y remata su crónica de viajero con una observación que no deja de estremecernos un tanto: *"Me dijeron que el Presidente probablemente estaba acompañado por media docena de guardaespaldas, pues el fantasma del asesinato siempre planea sobre las Repúblicas Sudamericanas" (!).*

Visitando al Ruso

En el mismo predio donde hoy, inútilmente nostálgico, sobrevive mal que bien el Club Uruguay, que fuera antro dorado de nuestras clases distinguidas, funcionó inmediatamente antes un café y restaurante que muy plebeyamente se llamaba "Del Ruso", y que supo atender las necesidades de un vasto sector de la fauna montevideana de las últimas décadas del siglo pasado, sobre todo de la fauna nocturnal.

A su frente se encontraba el personaje epónimo, que era, por lo que se sabe, un tipo original, avispado y generoso. Si bien todo el mundo lo llamaba "el Ruso" (y él condescendía en que lo designaran así), de ruso no tenía nada. Era genovés, y genovés cerrado; tan genovés y tan cerrado que, por más que hacía años que trotaba por Montevideo, seguía hablando genovés como si su vida transcurriera en Génova la Superba.

Nadie le conocía nombre y apellido, que la crónica también se salteó. ¿Para que le serviría el dato a la gente que lo trataba? A sus clientes les bastaba con reclamar: "A ver, Ruso, traeme esas perdices en escabeche, ¿qué estás esperando?" Y el ruso-genovés volaba de la cocina a las mesas y de las mesas a la cocina, sin dejar a nadie de a pie.

Como tantos paisanos suyos cuando les daba por ser trabajadores, era un laborador incansable. Se comentaba que no dormía nunca, y así debía ser en efecto porque el establecimiento del Ruso no cerraba jamás sus puertas, y a la hora que usted fuera, allí lo encontraba al pie del cañón.

Sus platos no eran refinados, hay que reconocerlo; pero nadie se lo reclamaba tampoco. Los farristas y los trabajadores que, según la altura del día, se iban alternando en las mesas algo rústicas de su casa de comidas, se conformaban con sus famosas minutas preparadas, eso sí, por sus manos mismas. Y a ninguno se le ocurría echarle en cara que la milanesa traía a veces alguna reminiscencia de pescado, o la tortilla a la española venía con no sé qué tufillo

Francisco Piria, remontándose con sus proyectos fantasiosos.

de otra procedencia, y ello porque el Ruso, para andar más rápido, preparaba todos sus platos en el mismo sartén. Pero eso todos lo sabían: él no engañaba a nadie.

Sin embargo, acaso la virtud más señalada del Ruso, más aún que su buena mano de cocinero de medio pelo, era su bonhomía ya proverbial, la simpatía que derrochaba en el trato con los clientes y su comprensión cuando se presentaban situaciones "especiales". Esto quiere decir que jamás le negaba un plato a nadie y eran muchos los que comían de fiado.

Es más: llegaba a prestarle dinero al necesitado, sin cobrarle jamás ni un peso de interés. Pero como de bobo no tenía un pelo, él sabía muy bien hasta cuánto podía estirarle el préstamo a cada uno para que no se volviera incobrable, y raras veces se equivocó.

Algunos, sin embargo, llegaron a clavarlo; pero de su boca no salió ni una palabra de reproche. Nunca. Eso sí: él aplicaba ciertos métodos no muy santos para resarcirse: repartía el clavo parejamente en las cuentas de todos los demás, de modo que para nadie se hiciese gravoso.

A veces recurría también a un procedimiento que suponía una cierta sagacidad psicológica. *"A ver, Fulano, si me paga los 60 pesos que me debe"*. El cliente protestaba: *"¿Cómo 60 pesos? ¡Mire si le voy a deber semejante fortuna!"* (En aquella época lo era). *"¿Y cuánto, entonces?" "Veinte como mucho"*.

"Está bien: págueme esos 20". La verdad es que el Ruso no tenía la menor idea de cuánto le debía ese cliente, pero algo recuperaba.

Y tan mal no le debe haber ido en sus funciones de fiador y prestamista, porque el Ruso llegó a labrarse una buena fortuna con su restaurante, y así se dio el lujo de que sus hijos estudiaran una carrera, llegaran a obtener título universitario y se destacaran por igual en su profesión y en su conducta privada, para legítimo orgullo del modesto inmigrado que los hizo salir adelante.

Hay un episodio que pinta a las claras la bondad de este hombre y su arte para lidiar con clientelas ariscas o sobregiradas. La especialidad de la casa eran las perdices en escabeche, que tenían enorme aceptación en las madrugadas, cuando los muchachos retornaban de una noche de farra en el Bajo o en las Academias de la zona.

Cierta vez, un grupo de jóvenes de familias "bien" –como se decía entonces–, de retorno de una incursión en los antros de la mala vida, resuelven caerle al Ruso, de quien eran asiduos clientes, y comer gratis las benditas perdices en escabeche. Aprovechan que la noche venía agonizando y todos en el salón estaban somnolientos, para acercarse subrepticiamente al mostrador y retirar de allí, con todo cuidado, una sopera llena de perdices. Nadie reparó en la travesura.

Los muchachos cruzan muy contentos hasta la Plaza Matriz, se sientan en un banco debajo de un ombú que había entonces, y empiezan a darse un banquete a dedo nomás, muy ufanos de su hazaña.

Y estaban en lo mejor cuando, sin que nadie lo viera venir, se les aparece el Ruso en persona. Todos se quedaron demudados, sin saber qué hacer ni qué decir. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando vieron que el Ruso traía consigo una gran canasta, llena de panes, cubiertos, platos y hasta dos botellas de buen vino. *"¡No faltaba más que clientes míos comieran en la calle como los perros!"* Fue lo único que les dijo, se dio media vuelta y volvió a su comercio sin una palabra de reconvención. (Seguramente, después les descontaría el gasto de a poco, recargando por partes iguales sus consumiciones futuras).

No se sabe bien cómo terminó la historia del Ruso y su restaurante. Debemos suponer que un día lo habrán desalojado para dar paso a la construcción del deslumbrante Club Uruguay, inaugurado en 1888. Al Ruso se lo llevó la noche. Que se sepa, no quedaron rastros de su paso por nuestro Montevideo. Pero es bien seguro que fueron legión los que lo echaron de menos.

Niñas duplicadas, mostrando la formalidad y el empaque de los mayores.

Una huelga de sermones caídos

Hoy nos parece la cosa más natural del mundo que, antes de casarse por la iglesia, la gente se case por lo civil. Pero para alcanzar esa meta –que los dos actos matrimoniales se desarrollaran en este orden–, hubo que librar una batalla que llegó a ser estruendosa.

Recién en 1885 se consiguió promulgar la ley que hizo obligatorio el casamiento civil, y obligatorio que se cumpliera antes que el religioso. Ocurrió bajo la presidencia del general Máximo Santos y la sola presentación del proyecto despertó las furias militantes de la Iglesia Católica (como se observa, este encontronazo entre los ámbitos estatal y religioso se anticipó en mucho a los que mantendría después Batlle y Ordóñez, quien sin embargo ha quedado como el adalid de estos enfrentamientos: ya se ve que tuvo quien lo precediera largamente).

Presentado el proyecto, todos los púlpitos bramaron: no hubo iglesia donde el cura no lanzara sapos y culebras contra aquella iniciativa que consideraban hereje y atentatoria. Pero el Poder Ejecutivo no reaccionó con menor virulencia: declaró que aquellos sermones equivalían a actos subversivos que ponían en peligro el orden público al socavar la autoridad estatal.

El Presidente Santos (a quien se ve que el apellido no le estorbaba en sus relaciones con la Iglesia) ordenó a la Policía que prendiese a los curas que usaran el púlpito para hacer propaganda en contra de la iniciativa.

Y fue entonces que los curas replicaron con una medida insólita: resolvieron enmudecer. En són de protesta, comenzaron lo que habría que llamar una huelga de sermones caídos, ya que no se les oyó decir palabra durante las ceremonias religiosas. Y esto se notó particularmente durante la Semana Santa de ese 1885, que fue una semana dramáticamente muda en todas las iglesias.

La medida no dejaba de ser temible para el gobierno: no olvidemos que en ese entonces la mayoría de nuestra población concurría regularmente a los templos y la Iglesia tenía poderoso ascendiente sobre las familias. Y a la verdad que no dejaba de ser impresionante y sobrecogedor aquel silencio que "resonaba" con fuerza imponente en medio de la solemnidad de las ceremonias sin palabras.

Sin embargo, los partidarios del proyecto, con el General Santos a la cabeza, no cejaron en sus propósitos. Y después de muy ásperos debates parlamentarios, el proyecto se aprobó en mayo del 85, sin que la sangre llegara al río.

Desde ese momento, el matrimonio civil pasó a ser el único válido y obligatorio que el Estado reconocería. El matrimonio religioso –de cualquier religión– era absolutamente libre, pero debía efectuarse después del civil y exhibiendo certificación probatoria de que éste se había realizado. Si un sacerdote o pastor no cumplía con este requisito y efectuaba el casamiento lo mismo, tendría pena de seis meses de prisión la primera vez, y de un año en caso de reincidencia.

La única excepción que contemplaba la ley era el casamiento *in extremis* debidamente probado; pero él no generaba efectos civiles de ninguna clase.

Fue ésta una muy dura batalla que desgarró a nuestra sociedad en el pasado fin de siglo, pero de la que hoy conservamos muy escasa memoria.

Su Majestad el Corset

Mal se podría reconstruir la vida montevideana en las últimas décadas del siglo pasado, sin darle entrada a un personaje vestimentario que fue fundamental en la vida y las dichas de nuestras mujeres, pero más que nada de nuestros

hombres: el corset, protagonista secreto de mil andanzas, avatares y sucesos de los géneros más inverosímiles.

Los entendidos en belleza femenina consideraban al corset la parte más importante del atuendo de la mujer, a pesar de que no se veía (o justamente por eso). Entre sus ventajas señalaban la de obligar a las damas a caminar con cierta parsimonia de movimientos, *"cadencia que por sí sola sirve para realzar la belleza femenina*"...

Si se quiere, se le atribuían al corset poderes propios de un ilusionista: *"Usted podía ver por la calle un cuerpo soberbiamente modelado, y ello no deberse a las bellezas naturales de las formas en sí"*, sino a la habilidad con que la titular se corseteaba. La clave radicaba en elegir corsets de confección excelente, capaces de exaltar exactamente todo aquello que su portadora quería que fuese exaltado, reduciendo o escondiendo lo que exactamente no.

La teoría de los expertos pretendía que las mujeres debían empezar a usar corset desde niñitas, y así se hacía. Se fabricaban para ello pequeños corsets armados con ballenas muy flexibles, y cuyo corte amoldaba y perfeccionaba desde muy temprano las formas nacientes. Se los aplicaba a infantas de once o doce años (pobrecitas).

Pasando al universo de las adultas, digamos que se vendían corsets para todas las ocasiones imaginables, a las que iremos pasando revista. Pero debemos adelantar que, para que una mujer pudiese considerarse verdaderamente elegante, debía poseer la colección completa y saber adecuar cada prenda a la situación correspondiente, sin confusiones que podrían resultar enojosas.

Por cierto, el corset más memorable de todos era el destinado a usarse el día de la boda. Lo describen como de moiré blanco, forrado de tafetán color rosa, adornado con encajes valencianos y de calado, por los cuales se hacían correr cintitas del grosor de un tallo de espiga... La norma exigía –ignoro por qué y no pregunto– que ese corset de noche de bodas fuese completamente cerrado por delante, debiendo sujetarse por detrás.

En cambio, el corset destinado a llevarse en los bailes tenía que ser de raso rosado o celeste, sencillo y adornado de punto de aguja (no respondo de la precisión técnica de los términos).

Después había un corset de raso negro, dispuesto con guipur y cintas, pero éste no se aclara bien a qué uso estaba destinado. Cabe sospechar que fuera el de los malos pasos.

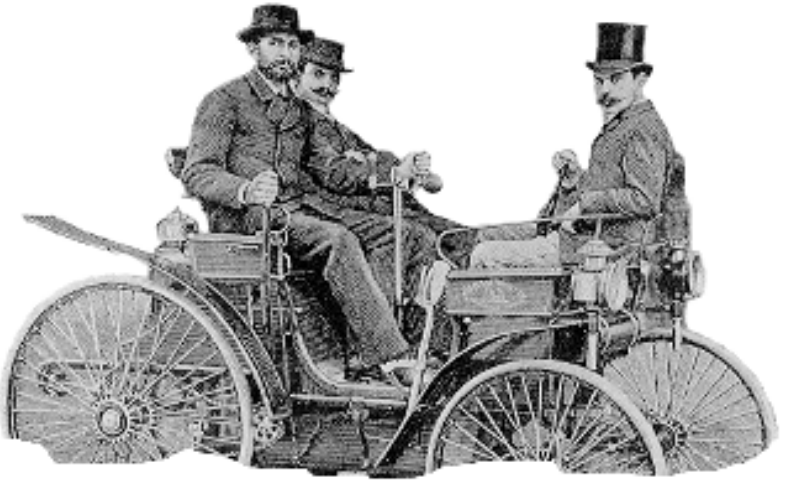
Y estaba también el corset de uso diario, moldeado en raso azul y adornado de encajes blancos. Y los de la estación veraniega (ya que la canícula no era pretexto para dejar de usar corset) que se confeccionaba de batista o de tul y en la paleta de los colores suaves, "*muy agradables para combinar con los ligeros trajes de estío...*"

Aunque nuestras mujeres del siglo pasado y comienzos de éste no eran casi deportistas, había que contemplar el caso de las que gustaban practicar "lawn-tennis" (que así se decía y se escribía) u otros "juegos de sociedad" que exigieran cierta movilidad. Para estas "sportwomen", el corset era de raso y no estaba armado por medio de ballenas sino de resortes (!), que tenían la virtud de sostener el talle *"dejándole toda su flexibilidad, su gracia y su comodidad de movimientos"*.

Y ha de saberse, por último, que hasta para andar a caballo se usaba un corset especial, del que sólo sabemos, extrañados, que tenía que estar confeccionado en piel de gama, jamás de gamo, aunque se desconoce la causa de esta diferenciación sexual.

Una información más, casi seguramente ignorada por el vulgo lector. Existía por esos años una prenda diferente del corset –o acaso una variante del mismo– que se llamaba "cinturón matinal", destinado (según deducimos sagazmente) a usarse en las primeras horas del día.

Estaba hecho de batista azul o de raso con charreteras (sic), y no era totalmente inocente, puesto que estaba pensado *"para sostener el pecho por debajo y producir la ilusión de un busto perfecto. Es indispensable para las elegantes y para las mujeres un tanto gruesas que no hacen su toilette desde temprano"*. O sea: para presentarse ante el marido con cara de recién despertada, pero haciéndole tragar la píldora de un busto perfecto.



El Novecientos y después

Descubrimiento y gloria del kande suizo

Fue en la misma Plaza Independencia, y por el Novecientos, cuando aparecen un día unos caramelos rosados y duros, que nadie había conocido jamás. Los ofrecía un señor rubio y de guardapolvo blanco impecable y gorrita no menos impoluta, quien en su pésimo español les explicaba a los transeúntes que aquéllos, rosados, eran unos caramelos de origen suizo, fabricados por él, suizo también, y que se llamaban "kande", palabra no menos suiza que se escribía con "k" suiza.

Instalado en la Plaza, daba a probar pedacitos de kande cortados con una diminuta hacha –seguramente suiza–, con la que iba trozando la larga tira rosada del caramelo que él mismo había fabricado con misteriosos ingredientes que no revelaba.

Y el hombre cayó en gracia y fue bien recibido por la chiquilinada novelera que pronto se aficionó a la golosina; aunque su éxito mayor fue con las niñeras que acompañaban a los párvulos, ya que el helvético resultó un piropeador de primera y dueño de una pinta que encontró gran aceptación entre nuestras muchachas.

De aquel predicador de golosinas ignoradas no se supo más nada. Tal vez haya retornado a la patria del kande; pero sus caramelos se quedaron aquí, ya que adquirieron carta de ciudadanía entre los montevideanos. Tal vez porque los kandes, por ser suizos, servían para recordarnos que éramos, cómo no, la Suiza de América, ese otro caramelo sonrosado que tantos uruguayos supieron saborear con tan ingenua fruición.

Los jóvenes atletas del 900

Dichosa edad la del 900, en que todavía el deporte no regía, ni de cerca, el sistema de pasiones prioritarias de los montevideanos. El fútbol había sido hasta hacía poco "cosa de ingleses medio locos" y recién se iba incorporando a las costumbres y gustos de cada vez más criollos. El remo –anterior entre nosotros al fútbol– fue también, en los comienzos, reducto minoritario de ingleses trasplantados, aunque pronto fue prendiendo entre la gente nuestra, según se pudo ver en otro tomo de esta obra.

No se crea, sin embargo, que la juventud novecentista era por completo reacia a los despliegues musculares y las "performances" extenuantes. Así, una crónica de 1900 nos hace saber que los alumnos de 4to. y 5to. años de gimnasia de la Universidad de la República resolvieron un buen día hacer lo que ellos llamaron un "paseo gimnástico" hasta Villa Colón.

Como era "gimnástico", el paseo fue efectuado, claro está, a patacón por cuadra (como se decía entonces), esto es, a pie, ni siquiera en bicicleta; y participaron en la prueba una veintena de muchachos abnegados, dispuestos a culminar con éxito aquella hazaña caminatoria.

El relato no carece de sorpresas: *"La estudiantil falange partió de la plazoleta de la estación del Ferrocarril Central a las 7 y 5 de la mañana, y llegó a la estación de Colón a las 9 y 45, empleando por consiguiente 2 horas y 40 minutos en recorrer las tres leguas que hay de distancia de Montevideo a aquel pueblo"*. Nótese la precisión cronométrica de la crónica, que parece anticipar lo que será después un rasgo obsesivo en toda competencia deportiva donde el tiempo empleado define rendimientos y posiciones.

"Después de verificado el almuerzo –prosigue el cronista– *se resolvió hacer el regreso igualmente a pie. Se partió del sitio denominado "Plaza Vieja", en Colón, a las 3 y 40 minutos de la tarde, haciendo los muchachos su entrada triunfal a la plazoleta de la Estación del Ferrocarril Central a las 5 y 55 minutos de la tarde, es decir que recorrieron nuevamente las tres leguas en 2 horas y 15 minutos, con una ventaja, por consiguiente, de 25 minutos sobre la ida. Se explica esta diferencia por dos razones: primero, porque sólo se hizo un descanso de 5 minutos en el Paso del Molino, y luego porque se descendía la cuchilla en vez de ascenderla, como en el viaje de ida"*. (Tal vez el puntilloso cronista de la hazaña olvidó un tercer factor nada desdeñable, bien conocido

Una irreconocible 18 de Julio luciendo iluminación alegórica.

de cualquier cabalgante: cuánto más ligero se anda cuando se retorna a la querencia).

La publicación novecentista comenta con entusiasmo el alarde de los jóvenes universitarios puestos a "sportmen", como dirían en aquel tiempo en que se anglificaban todos los términos que tuvieran que ver con el deporte: *"Es éste el primer paseo gimnástico que verifican los estudiantes, y han dado, como se ve, muestras evidentes de resistencia y coraje físicos que los han entusiasmado, con los estruendosos hip! hip! hurra con que despidieron a su profesor de gimnasia al separarse; manifestaciones que el profesor, señor Lamas, correspondió con un hurra! a los estudiantes de 4to y 5to. años de gimnástica"*. Más británica no pudo ser la separación, con los novedosos gritos de victoria y jolgorio recién importados de las islas.

Cualquiera que lea esta crónica se imaginará a los muchachitos de 18 o 20 años –más no tendrían– vistiendo camisilla deportiva, shorts y zapatos de tenis, visto el calibre de la hazaña deportiva que acaban de cumplir; pero por suerte ha quedado una foto que los muestra a todos reunidos en torno a su profesor Lamas en la misma Estación de Ferrocarril, no bien concluida la extenuante caminata (no se aclara si antes o después de los hurras); y entonces descubrimos que todos cumplieron el periplo Montevideo-Colón-Montevideo vestidos de... traje, chaleco y corbata, cada uno con su elegante gacho en la cabeza –salvo dos, que prefirieron galerita–, sin que falte algún par de deportistas que realzaron su prestancia llevando bastón...

Todos parecen los papás de ellos mismos, pero eso no les impidió deslumbrar al Novecientos con aquel "footing" hasta Colón ida y vuelta, con el que demostraron su arrojo e intrepidez de auténticos "recordmen" en ciernes. Hurra por ellos.

Inesperados finales de un pianista y un macró

No pudo ser más variada la tipología humana que anduvo deambulando por los círculos infernales del Bajo montevideano a comienzos de este siglo.

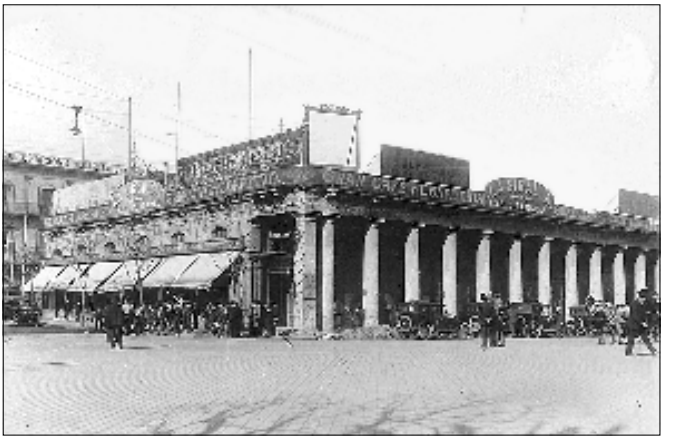
En su comparsa esperpéntica se entreveró de todo: maleantes, cafiolos, niños bien, compadres, políticos a escondidas, tahúres, respetables padres (y abuelos) de familia, ladronzuelos, musicantes, alcohólicos, maricas, redentores, mafiosos, poetas, traficantes, profetas de a vintén...: nada podía faltar en aquel caldero donde hervía la hez condenada de la sociedad montevideana, mientras otros iban a buscar allí desahogo, transgresión, ruptura de barreras demasiado sofocantes, cuando no la fascinación morbosa de ser testigo y parte de aquel aquelarre.

No es de extrañar que entre los pantanales del Bajo emergieran unos cuantos personajes de perfil insólito y casi siempre abyecto, atraídos por la sordidez de los negocios posibles; pero también solían encontrarse presencias no muy explicables, que parecían llevados por el gusto o la necesidad de aclimatarse, vaya a saberse por qué, en esos abismos de disgregación humana.

A esta última estirpe perteneció, sin duda, un personaje seductor y misterioso que apareció un día en el Bajo sin que se supiera bien cómo ni por qué vino a parar allí. En una especie de sótano de la calle Recinto se acababa de inaugurar el primer cabaret que funcionó en la zona, por mal nombre "La Yeta"; y en él tocaba tango un pianista que se haría legendario, Prudencio Aragón. Pero un día Aragón anunció que debía marcharse a Buenos Aires y que en su lugar dejaría a un suplente de su conocimiento.

Para sorpresa de todos, el que vino a ocupar su lugar resultó ser un negro muy bien vestido y elegante, que para colmo de inadecuaciones con el lugar, era estadounidense. Cundió la desconfianza entre los parroquianos de "La Yeta"; máxime cuando el recién llegado se sienta al piano y toca magníficamente una pieza de jazz.

La Giralda, santuario entrañable de una rica vida montevideana.



Por cierto que todos los parroquianos de aquel lugar militaban con fervor en las filas del tango. Fue entoncms que el negro, sin inmutarse, interpretó con el mejor estilo tanguero "Viento en popa", de Rosendo Mendizábal (o el Pardo Rosendo), autor del célebre "El entrerriano". Desde ese momento, el norteamericano Harold Philips inicia en el Bajo una deslumbrante carrera de pianista de tango, que lo llevó prontamente a la fama y lo puso de moda en los ambientes de nuestro submundo tanguero.

Tan alto llegó su renombre que pronto se lo llevan a tocar en ámbitos un tanto más exigentes: así se lo ve desfilar por las "pensiones" de Sara Davis, Juana Ramírez y María López. Su éxito arrasador no es sólo musical: Harold Philips tenía además una estampa irresistible de dandy, que lo convirtió en favorito de las mujeres de la noche, que se lo disputaban.

Y se hallaba el norteamericano en la cumbre de su popularidad tanguera y femenil, cuando un día, intempestivamente, anuncia que se marcha para Europa. No explicó por qué, ni nadie se lo preguntó tampoco: una de las leyes del Bajo era no preguntar. Como tampoco le habían preguntado antes de dónde sacaba los magníficos trajes y camisas que lucía, ni cómo había conseguido su cultura y refinamiento indudables, ni por qué desaparecía durante varios días y nadie sabía dónde encontrarlo.

De modo que se marchó, nomás, del Bajo, dejando entre los asiduos y las asiduas un halo de misterio y leyenda que demoró mucho en borrarse.

Cuentan que mucho tiempo después, un amigo recibió una foto que Harold le envió desde Bruselas, donde se lo ve con una rubia estupenda. "Mi esposa", explicaba escuetamente.

La contracara de esta figura simpática y misteriosa nos la proporciona otro extranjero, esta vez un francés, que hizo también del Bajo su centro de operaciones. Pero es éste un personaje siniestro y vituperable. Era conocido por Víctor el Francés y su "oficio" conocido era el de explotador de mujeres.

Se sabe que en nuestro bajo mundo, Víctor el Francés capitaneaba una especie de hampa muy bien organizada, de la que él era la cabeza indiscutida y temible. Y eso que en el Bajo tallaban por entonces otros sujetos de fama brava como Pierre le Noir –también francés–, Marius, Pepe el Porteño, quienes, a pesar de ser maleantes de siniestra trayectoria, obedecían a Víctor y trabajaban para él.

Víctor el Francés tenía instalada su "oficina central" en el Café de la Unión, en pleno corazón del Bajo. Y desde allí manejaba los hilos de sus negocios siempre turbios, que eran variados y abarcaban los ramos más lucrativos, aunque su "especialidad" era la trata de blancas.

Es sabido que en el Bajo estaban de rigurosa moda las prostitutas francesas, diosas de chafalonía en aquel universo prostibulario: la clientela exigente no se conformaba con menos. Entonces Víctor se las arreglaba hábilmente con sus conocimientos y relaciones en su país natal, para tejer las redes de su "tráfico infame" (como dice el lugar común de las crónicas policiales).

Hasta que un día él también, como antes Harold Philips, anunció sorpresivamente que abandonaba su sitial en aquel submundo delincuencial del que había sido dueño y señor. Víctor había decidido volver a su tierra, tal vez conforme con la fortuna que a esa altura ya se había labrado, o acaso harto de vivir en sobresalto continuo bordeando la cárcel.

Lo singular de este hombre nada fácil de comprender, fue que, vuelto a su pueblo, se dedicó a... fundar escuelas, organizar bibliotecas, impulsar toda suerte de obras benéficas... ¿Remordimientos? ¿Una forma de pagar una deuda moral que lo atormentaba? ¿Un genuino sentimiento de solidaridad que recién ahora podía ejercerse, pero nada fácil de entender en aquel hombre que había llevado una vida siniestra y crapulosa y había tenido un comportamiento tan poco piadoso con sus semejantes?...

Harold Philips y Víctor el Francés: dos personajes de leyenda en el firmamento del Bajo montevideano, tan contrapuestos en sus vidas como en sus psicologías. Pero igualmente contrapuestos en la manera de terminar sus andanzas.

Una pausa en el recorrido céntrico del Tranvía del Norte.

En efecto, un día llegó a Montevideo una carta desde Europa, anunciando que Harold Philips había sido fusilado por espía durante los días de la Primera Guerra Mundial. Y en otra correspondencia desde Francia se hacía saber que aquel Víctor el Francés de tan detestable recordación entre nosotros, acababa de ser electo Alcalde de su pueblo, como reconocimiento a sus obras benéficas y a su interés por el bienestar de sus conciudadanos...

Las damiselas y el monstruo de acero

A poco de comenzado el siglo, tiene lugar en Montevideo una amable reunión social en un escenario por demás infrecuente: la terrorífica cubierta de un barco de guerra.

Se hallaba anclado en nuestro puerto un crucero estadounidense, el Chicago. Y según consignan las crónicas de la época, "un núcleo de jóvenes de nuestra sociedad" tuvo la idea de ofrecerle un banquete a la oficialidad de la nave. Realizado el ágape, que resultó "encantador", la plana mayor del Chicago se dispone a retribuir atenciones, invitando a los jóvenes para un agasajo a bordo.

Conviene darle entrada textual al testimonio sospechosamente alborotado del cronista social del novecientos: *"A las 2 de la tarde salieron de la Capita-*

nía tres vaporcitos, llevando el más distinguido cargamento que era dable imaginar. Grupos de damas y caballeros de nuestra alta sociedad, iban, con esa nerviosidad que antecede a las fiestas, con la vista fija en el horizonte, donde se destacaba el Chicago luciendo el lujoso empavesamiento de gran gala. Cuando se llegó al costado, la oficialidad estaba sobre cubierta; y si los poderosos cañones se mantenían discretamente callados, la banda de a bordo saludaba a los visitantes con alegres notas".

Alegrados de este modo los visitantes gracias a que los cañones permanecieran callados para que la banda se luciera, trepan a cubierta las damas y caballeros de nuestra alta sociedad.

"La reluciente cubierta presentó desde ese momento el más animado aspecto con el vivo color de las banderas nacionales y norteamericanas que, hermanadas, adornaban el improvisado salón de baile al aire libre. Hubo en ese momento detalles deliciosos".

Y pasa entonces a mostrarnos uno de esos detalles deliciosos, difícilmente superable por ningún otro: *"Más de una mano femenina acarició algunos de los brillantes cañones, y de seguro que el monstruo de acero hubiera tronado de placer, si no se lo impidiera la disciplina férrea que impera siempre entre marinos de guerra... Los bronces relucientes, el brillante acero, todas aquellas formidables máquinas de guerra, contrastaban con la animación de los elegantes valses boston de la banda y la belleza y las toilettes de las damas".*

Salteamos otros detalles deliciosos y nos vamos aproximando resignadamente a la inevitable despedida: *"Los oficiales del Chicago, así como los del Wilmington –otro barco estadounidense en nuestro puerto–, siempre galantes y correctos, se excedieron en hacer agradable la fiesta a todos los concurrentes, quienes se retiraron profundamente gratos a las finezas y amabilidades recibidas. El almirante Schley, con su Estado Mayor, hicieron los honores de la fiesta con tanta galantería como pericia y valor demuestran en el mando de sus buques, tanto en la paz como en la guerra".*

Y sigue la nómina pormenorizada de todas las damas asistentes a este sarao acuático, pero resultaría fastidioso transcribir los nombres de las dichosas. Apuntemos, eso sí, que todas, colmadas de atenciones, hicieron la travesía de retorno en los tres vaporcitos de la Capitanía, regresando sin una salpicadura a sus hogares, felices por haber acariciado a los terribles cañones del Chicago a punto de ponerse a tronar de placer.

Alegato del fútbol contra la literatura

Fue sin cuartel la guerra entre literatos y futbolistas allá por el Novecientos. A decir verdad, iniciaron las acciones bélicas los escritores, que juzgaban con burla y desprecio los primeros alardes musculares de los jóvenes –y no tan jóvenes– a quienes veían agitar sus físicos sin entender para qué diablos. Pero, como se verá, el fútbol no se quedó de brazos cruzados, y respondió contratacando con saña aquellos embates de los hombres de letras.

Se entiende la inquina que éstos le profesaban a la actividad física. El estilo personal de los intelectuales del 900 era su negación casi puntual: melenas caudalosas, el rostro en lo posible demacrado como delatando alguna enfermedad inconfesable, los físicos esmirriados, la figura desaliñada o, mejor aún, desaseada, como pregonando a los cuatro vientos un desapego irreconciliable por las convenciones burguesas y bienpensantes de una sociedad pacata a la que un intelectual que se preciara no podía menos de desdeñar y transgredir...

Por lo demás, el literato de entonces sacralizaba la bohemia literaria, vivía en los cafés, era personaje de la noche, se refugiaba en cenáculos insalubres, solía beber por demás, sin que faltara alguna exhibición de morfinomanía, real o fingida, que formaba parte del figurín a la moda según los vientos de "degeneración" que soplaban desde el decadentismo elegante impuesto por la Meca parisién.

En suma: exactamente todo lo contrario de lo que reclamaba el beato y algo inocentón lema "*mens sana in corpore sano*" venerado por los deportistas de todos los tiempos y lugares.

Uno de los poetas que con mayor saña atacó la pasión por el deporte y puso en ridículo el afán de correr como un energúmeno detrás de una pelota, fue nada menos que Julio Herrera y Reissig. Y precisamente a él le salu al cruce un conocido político y periodista de aquellos días, el doctor Pedro Manini Ríos, una de las cabezas visibles de la oposición conservadora colorada al reformismo de Batlle, quien no vacila en vapulear por la prensa al poeta mayor de nuestro Novecientos.

"*Al señor Julio Herrera y Reissig* –clama iracundo– *se le ha antojado que nuestra juventud debe descuidar su físico, haciéndolo degenerado y misérrimo para gozar del concubinato con las musas ideales. Nosotros opinamos en sentido diametralmente opuesto. No podemos comprender cómo se pretende que*

Racimo de novecentistas entregados a uno de sus ocios predilectos: el paseo al aire libre.

crezca y desarrolle el vigor intelectual de nuestra muchachada, cuando la mayor parte de ella prolonga sus días a remiendos; cuando todas las vivacidades del espíritu se debilitan y agostan y acaban por ceder ante las exigencias de un organismo enclenque y raquítico. Toda irregularidad orgánica, todo estado patológico de la fisiología del individuo, señala un tropiezo paralelo en las funciones de su inteligencia. ¡Y encima se les predica a nuestros jóvenes que abandonen los fútbols y los gimnasios y se entreguen a las vanas superfluidades de la literatura!"

Es evidente que con este exabrupto final –considerar a la literatura "vana superfluidad"–, se le fue la mano a don Pedro, como antes a los detractores del deporte en nombre de un decadentismo de importación: ya se ve que las pasiones no suelen ser madrinas lúcidas de ninguna ecuanimidad.

Los hechos posteriores, como demasiado sabemos, dieron amplia victoria a los defensores del deporte, con su adalid Manini Ríos a la cabeza: en Montevideo, como en todas partes, el fútbol y las demás disciplinas del músculo siguieron conquistando juventudes, en una marcha avasalladora que alcanza su culminación en nuestros días, cuando el deporte se vive con pasión y entrega tan parecidas al fervor religioso.

Señalemos por último que los intelectuales del Novecientos, derrotados por los fanáticos del deporte, tuvieron dentro de filas una oveja negra, por no decir un desertor: Horacio Quiroga era, como se sabe, fanático del ciclismo deportivo. Y quién sabe cuántos de sus relatos sobrecogedores fueron concebidos encima del cuadro de una bicicleta de carrera, en medio de furibundas pedaleadas que Herrera y Reissig con seguridad no habrá aprobado...

El café que jubilaba a sus parroquianos

Hasta no hace mucho se podía ir a jugar a los dados, al ajedrez o al dominó sobre sus añejadas mesas de buena madera. (Este autor consumió algunas madrugadas de su juventud jugando absorbentes partidas de generala). El Café Británico fue de los últimos baluartes del siglo pasado que pervivieron lozanamente hasta la segunda mitad del nuestro, fecha en que sucumbe para desconsuelo de los nostálgicos.

Había abierto sus puertas en 1896, próximo al Palacio Salvo. Pero su auge y su gloria ocurrieron a partir de 1914, cuando se congregaron en sus mesas gentes literarias, algún que otro político, ajedrecistas de campeonato, historiadores, morfinómanos, comerciantes de no muy alta estofa...

Cuenta Manuel de Castro, que lo frecuentó por años: "*Era extenso, y hacia el fondo los hermanos Tramontano, sus dueños, habían hecho pintar, en honor de la clientela y con todo esmero, un paisaje tirolés con diminutas montañas, una cascada con juegos de luces imitando el agua, y en primer plano una pastora reclinada en actitud de dulce abandono, sosteniendo un cántaro de barro. Una vez terminada la obra, los hermanos Tramontano creyeron del caso pedirle la opinión a Augusto Gonzalbo, crítico de arte del diario "El Día" y más tarde redactor de "La Mañana", asiduo cliente al café. Gonzalbo, enfocando hacia la obra su único ojo, pues el otro era de vidrio, sentenció gravemente: "Cuando la fantasía popular se desborda, culmina en estos verdaderos engendros!"*

Los inocentes dueños del Británico supusieron que la palabra "engendro" era un elogio, y entonces le regalaron al crítico una botella de coñac francés, que por supuesto no demoró en ser degustada hasta muy al fondo por el crítico y su rueda de amigos.

Estos hermanos Tramontano le vendieron el negocio, en 1941, a un tal Félix Croccia, que desde los 11 años había sido lustrabotas del Británico e inmediaciones. El nuevo dueño resultó ser un hombre original, puesto que introdujo una innovación nunca vista en los anales de este ramo: decidió "jubilar" a los parroquianos que cumplían treinta años de habitués, y desde ese momento tenían derecho a una copita o café por día a cargo de la casa...

Desdichadamente para los jugadores de generala y demás fanáticos, el Británico pasó a peor vida allá por la década del cincuenta, en los alrededores de Maracaná, según creo recordar.

Marajaes y simios fabulosos en Montevideo

En 1925 ocurrió en nuestra ciudad un hecho desacostumbrado, que dejó con la boca abierta a los montevideanos: nos visitó un auténtico marajá hindú, primero que llegaba a estas playas desde sus exóticos reinos cuya fastuosidad no nos era fácil imaginar.

La fantasía popular se desbordó a poco de llegado el simpático personaje, y pronto se le adjudicaron riquezas nunca vistas, palacios nunca vistos, festines nunca vistos, elefantes nunca vistos, pero sobre todo harenes nunca vistos, con manadas de espléndidas odaliscas para uso exclusivo del titular.

Pero no permaneció demasiado tiempo entre nosotros el fabuloso Marajá de paso, requerido por otros trajines. Sin embargo su breve presencia impresionó y deslumbró de tal modo, que su visita fue considerada sin disputa posible el acontecimiento del año.

En aquel 1925, ello quería decir algo muy preciso: que allí se encontraba el tema central de la temporada que iba a presentar, como todos los años, la ya instituida Troupe Estudiantil Ateniense. Y en efecto, su esperado espectáculo se tituló esta vez "El Marajá de Akhadejala", y tuvo al dichoso Marajá como hilo conductor de los diferentes números que componían la Revista y que, obedeciendo a la razón de ser de la divertida troupe, se tomaban en solfa la vida y los milagros del Montevideo de ese momento.

Varios números impactaron ese año. La playa fue un tema dominante, porque al parecer fue por entonces que empezaron a cambiar nuestros hábitos veraniegos: se dejaron a un lado definitivamente las umbrosas casas-quintas del Paso del Molino y el Prado, nuestra gente pasó a preferir los soleados palacetes y chalets de Pocitos; al tiempo que se abandonaban los espantosos trajes de baño femeninos y las salidas de baño masculinas de género de toalla con capuchón, y todos empezamos nuestra inexorable marcha hacia el despojamiento paulatino en que hasta hoy, entusiastamente, andamos.

Otro tema fue el jazz, que acababa de entrar a bocanadas en nuestras aficiones musicales; y pasaron por la Revista ateniense los nombres en boga de Paul Whitman, George Gershwin, Al Jolson, Louis Armstrong. Pero la sensación de la temporada en el rubro "imitaciones" estuvo a cargo del joven estudiante Roberto Fontaina, quien recreó en el escenario a un inigualable Maurice Chevalier en la recién estrenada "Valentine", que estaba dando su triunfal vuelta al mundo por esos mismos días.

Montevideanos vestidos casi como oficinistas hacen playa en Capurro (1914).

Sin embargo, el número que más impresionó en una temporada pródiga en atracciones y brillanteces, fue el que estuvo a cargo de un atleta, más que de un artista, si es que no era ambas cosas a la vez: Arturo Filloy, campeón nacional de saltos, experto en gimnasia de aparatos y dotado de una agilidad inverosímil.

Este Filloy había estudiado a fondo los movimientos simiescos y se divertía en la playa de Pocitos todas las mañanas haciendo piruetas de mono para asombro de la chiquilinada que no podía creer lo que estaba viendo: los movimientos, los brincos y hasta las morisquetas del gimnasta eran calcadas de un chimpancé. Había que verlo rascándose, balanceándose en alguna barra, trepando con increíble velocidad por los fierros de los juegos y luego dejándose caer desde lo alto con facilidad pasmosa.

Y coincide que en ese año 1925 llega a manos de la Troupe una revista francesa, "Fou", que traía comentarios sobre una comedia norteamericana que estaba teniendo un enorme éxito: "El mono que habla". Y junto con el comentario venían fotos, que permitían apreciar una caracterización estupenda del actor que interpretaba el papel de mono. Pero si el francés podía, ¿por qué no Filloy?

Se deciden entonces los atenienses e incluyen en la revista de ese año un número que presentaba a un simio encarnado por Filloy, con la ayuda del notable maquillador Cepellini (que inauguraba de ese modo una estirpe de maquilladores teatrales que ha perdurado). El efecto fue sobrecogedor; la caracteri-

zación, perfecta. Filloy comía en escena tal cual lo haría un mono, patinaba, andaba en bicicleta, trepaba por las salientes de los palcos del Solís...

El público no salía de su asombro. “Este solo cuadro merece una revista”, proclamó, delirante, un crítico teatral; y en parecidos términos se expidieron sus colegas. No se habló de otra cosa en Montevideo. Sobraron motivos, pues, para que 1925 quedara impreso en la memoria del espectáculo montevideano.

Señalemos por último que al año siguiente ocurrirá el episodio que hizo época y que seguramente todos oyeron mencionar alguna vez: vuelve Filloy a transformarse en chimpancé, pero esta vez en compañía de Canuta, una mona auténtica traída del zoológico. El éxito vuelve a ser delirante, pero... finalizada la temporada y vuelta la chimpancé a su cubil, se pone a extrañar a su compañero que ya no está con ella, languidece día tras día, y termina dejándose morir con el mejor estilo de una heroína romántica...

Los afanes de Miguelito Pérez (alias Pajarito)

Nada nos dicen su nombre ni el alias con que era bien conocido en los recovecos de la feria de Yaro, hoy Tristán Narvaja, en las cercanías de 1930.

El sobrenombre “Pajarito”, al que respondía gustoso, tenía una razón de ser bastante obvia: eran precisamente pajaritos los que él vendía en la feria domingo a domingo.

Tenía instalado su “negocio” en la esquina misma de Yaro y Cerro Largo y consistía en un gran jaulón, sobre el cual había implantado, como era un comerciante serio, un gran cartel con el nombre de la razón social de la que era exclusivo responsable. Se titulaba, no muy modestamente, “El ornitólogo”, escrito en grandes letras de factura indudablemente casera; y estaba acompañado de un subtítulo más bien enigmático: “Venta de pájaros raros y afines” (el dueño nunca pudo explicar muy bien a qué se refería con lo de “afines”).

Los tales pájaros raros (quizás también los afines) eran aves de procedencia variada, que se veían saltando en los palitos de la pajarera: unos eran dinamarqueses, otros ecuatorianos, éstos de acá alemanes, aquéllos nigerianos, o belgas, o incluso chinos. Su surtido era altamente cosmopolita, y si uno se paraba a observar su extranjero aspecto, notaba que en efecto tenían todos un pelaje que jamás se había visto por estas latitudes.

Un momento social y... galante: la salida de misa de la Matriz.

Preguntones no faltaban, y entonces Pajarito prodigaba explicaciones sobre la nacionalidad de los volátiles que él había importado, sus costumbres en el lugar de origen, los problemas de adaptación a nuestro medio, que él, como calificado experto, había tenido que sortear para poder ofrecerlos en venta ahora en condiciones óptimas de esplendor y pelaje, ya que, como usted puede ver, constituyen un estupendo adorno vivo que...

¿Si cantan? ¡Por supuesto! Ese es su atractivo mayor: escuchar trinos en idiomas que no son el nuestro y que... ¿Quiere oírlos? ¡Pero cómo no! Y ahí nomás los pajaritos exóticos se ponían a trinar para asombro y deleite de los escuchadores casi nunca compradores (aunque era raro el domingo en que Pajarito no lograra colocar algún par de pupilos).

Pero su negocio no se limitaba a la feria de Yaro. Miguelito Pérez era un hombre activo y emprendedor, que no estaba dispuesto a desaprovechar los días de semana. Y entonces se tomaba con sus pájaros un tranvía que lo llevaba hasta Malvín, y desde allí se iba caminando hasta la entonces lejanísima Carrasco, atravesando inhóspitas dunas; pero él había aprendido que los aristocráticos habitantes del aristocrático balneario eran por demás sensibles a las maravillas que él iba a ofrecerles; al punto de que era raro el día que se volviera con menos de 80 o 100 pesos, que en aquellos tiempos representaban casi casi una pequeña fortuna para un modesto vendedor de pájaros.

La verdad de esta historia de Miguelito Pérez ya hace rato que habrá sido adivinada por el lector, siempre tan perspicaz cuando de truhanerías se trata. El hombre había inventado una especie de anilinas con los colores más variados que él combinaba a voluntad, y que luego aplicaba con verdadera maestría a los plumajes criollos de gorriones y chingolos, horneros y benteveos, consiguiendo efectos admirables de transmutación cromática. Era, realmente, un Picasso de la ornitología.

Y todavía se daba el lujo de pintarles a los pajaritos, con pincel fino, una línea dorada en el pico, que les daba una terminación suntuosa, y que servía para demostrar, de paso, el genuino exotismo de los ejemplares, porque aquí en el Uruguay nadie usa esa rayita.

Muy bien, ¿pero cómo conseguía Miguelito que los pajaritos cantaran cuando los posibles clientes pedían una demostración? No cantaban nada. Este hombre había desarrollado una segunda habilidad, seguramente no conocida en los anales de la picardía, tanto criolla como foránea: no se sabe cómo, había aprendido a ser lo que se llamaría "ventrílocuo de pájaros". El que trinaba era él, pero con tal habilidad que el sonido parecía salir de los piquitos con orla dorada.

Sí bueno, ¿pero qué ocurría cuando los compradores se llevaban el pajarito para su casa y allí comprobaban que el trino exótico no volvía a repetirse, o era sustituido por un crudo y ordinario canto criollo? El cliente iría en busca de Pajarito para protestarle con toda razón... pero el ornitólogo ya lo estaba esperando hacía rato: "Lo que pasa es que estos pájaros exóticos son muy delicados y les cuesta enormemente adaptarse. Deje pasar un tiempo y entonces ya verá usted que..."

Y si el cliente no quedaba convencido y se ponía demasiado insistente, Pajarito sacaba a relucir un libro de... Freud –sí, Sigmund Freud, el creador del psicoanálisis–, donde al parecer está incluido no sé cómo este dato que le venía de perlas: "Los pájaros delicados tardan a veces cinco años en adaptar su canto cuando los trasladan a regiones alejadas de su nacimiento".

Por cierto que se trataría de un Freud apócrifo, agregado quién sabe con qué malas artes por el propio Pajarito; ¿pero quién se atrevía a desafiar la autoridad del pope del psicoanálisis, que empezaba a imperar indiscutido con sus aportes y descubrimientos, no sobre volátiles, es cierto, pero sí sobre las interioridades del alma humana, que tanto se les parece...?

Estampas novecentistas, en alarde de prestancia.

Se oponen, polemizan, mueren el mismo día

El 24 de julio de 1938 es una fecha resonante en la historia política de este país: tuvo lugar el que se llamó "Mitin de Julio", tal vez la movilización cívica más numerosa que se conoció hasta ese momento. Fue promovida por el batllismo y el nacionalismo independiente, proscriptos opositores al régimen dictatorial de Gabriel Terra, que reclamaban en ese acto el retorno a las prácticas democráticas abolidas desde el año 33.

Como es comprensible, todo ese día Montevideo estuvo en vilo, aguardando el momento de la manifestación, que se esperaba multitudinaria. No se hablaba de otra cosa en un Montevideo tenso y expectante.

No es de extrañar, por eso, que nuestra ciudad no tomara la más mínima nota de un doble hecho luctuoso que aconteció en el correr de ese día: el falle-

cimiento casi a la vez de dos figuras de enorme gravitación en la vida cultural del país, como lo fueron el pintor y pensador Pedro Figari y el novelista Carlos Reyles.

Pero lo que hace más singular la coincidencia de las dos muertes ese mismo día, es que ambas personalidades, casualmente, se habían enfrentado en un ardorosa polémica algunos años antes, en que los dos defendieron posiciones diametralmente opuestas acerca de un tema que, por lo demás, parece conservar hoy una acrecentada vigencia y actualidad.

Veintiocho años atrás, Carlos Reyles había salido a sostener una posición que entonces pareció bastante peregrina en un intelectual (puede que hoy no sorprendiera tanto). Afirma que en el mundo moderno, el oro, el interés pecuniario, es lo que debe primar por sobre toda otra consideración, porque según él ha caducado para siempre el mundo del espíritu, de la idea.

"*La renuncia del espíritu como lazarillo de la vida es inminente. El viejo idealismo no tiene ninguna virtud eficaz y se ofrece hasta a los ojos más cándidos como una vejiga desinflada. Francia, Italia, España, Portugal, pagan muy caro su irrealismo, el crimen de haber preferido la idea al hecho, la palabra al acto. El lírico bagaje de ayer, es hoy pesada impedimenta. No sólo no incita a obrar, sino que impide obrar. A esos países el pasado les pertenece, pero no el futuro, por no haber reconocido todavía que la Fuerza es el elemento divino del universo, como el oro es el elemento divino de las sociedades*".

En opinión de muchos, esa divinización de la Fuerza, procedente de Nietzsche y luego sustento de tristes ideologías de este siglo, trae inevitablemente afligentes reminiscencias de un pasado no muy remoto; mientras que, en cambio, esa devoción por el oro como valor rector de las sociedades, nos remite a un presente por demás palpable. Hay quienes se han preguntado si el Reyles empresario próspero y exitoso que fue, no habrá sofocado al artista e intelectual indudables que hubo en él.

Poco después de establecer Reyles estos conceptos, le sale al cruce Pedro Figari en su reconocida obra ensayística "Arte, estética, ideal", publicada en 1912, donde sostiene posiciones exactamente contrarias.

"*El oro, tan aclamado y codiciado, está muy distante de ser un maravilloso agente de progreso y prosperidad. ¿Qué es el oro, en resumen? Un recurso. Como lo es el acero, o el músculo, o la pólvora; que tanto pueden servir para una obra generosa como para una infamia. Así como el músculo se aplica a extraer útilmente de la tierra sus tesoros, con igual facilidad clava un puñal*

Damas en el London Paris (1922), cumpliendo el consabido rito de pasar por la caja.

por la espalda... Son las ideas, las ideas encaminadas en el conocimiento, las grandes palancas, los grandes propulsores del progreso. Basta un descubrimiento, una comprobación científica, para que el oro, el músculo, el acero, la idea, todo se ponga a su merced, como un esclavo. El raciocinio es el agente; lo demás le rinde vasallaje como brazo ejecutor".

Cada lector puede sentirse más cerca o más lejos de una u otra de estas posiciones, pero al menos reconozcamos que más nítidos no pueden aparecer expuestos los dos polos contrarios de una contienda ética o filosófica que no se diría, ciertamente, cosa del pasado. (Justo es establecer que, bastante tiempo después de esta polémica, se advirtió en Reyles un cambio de óptica que lo llevó a atenuar y matizar en buena medida la radicalidad de sus opiniones recién expuestas).

Tal fue lo ocurrido, pues, en aquel 24 de Julio recordable por tantos motivos: mientras en la calle un río de uruguayos reclamaba la recuperación de la democracia, en el mismo instante estos dos personajes de incuestionable valía intelectual, pero de sentimientos tan encontrados, se apagaban a la vez.

(No puede verse sino como una dolorosa ironía el que un hombre que había endiosado el oro y exaltado el poder del dinero, muriera pobre en un apartamentito céntrico de Montevideo...).